



# AUSTIN

SIN REGLAS NI PRINCIPIOS

ALINA COVALSCHI



Austin  
SIN REGLAS NI PRINCIPIOS



ALINA COVALSCHI

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Austin

Autora: Alina Covalschi

Primera edición: Diciembre 2018

## Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Sobre el autor

Agradecimientos

## PREÁMBULO

**A fuego lento se derriten los corazones helados. A fuego lento se quemán los recuerdos fríos. A fuego lento se enciende la pasión.**

**¿Qué sentirías si algo te obliga a firmar un contrato que cambiará tu vida para siempre?**

Austin, Colin y Jasper se verán obligados a dejar a su familia para adentrarse en un mundo de bandas callejeras, peleas e incluso asesinatos.

Tres mujeres aparecen para ayudarles a conseguir su propósito o... ¿Tal vez para complicarlo todo?

Ansían vivir una vida tranquila y sin demasiadas complicaciones. Pero el destino los obligará a tomar otro camino diferente, uno que parece no tener final.

Sin embargo, se darán cuenta de que el amor existe y su camino vuelve a cambiar de rumbo, esta vez para hacerlos enfrentarse a sus peores demonios.

**¿Pueden un chico malo y una chica buena vivir un cuento con final feliz?**

# CAPÍTULO 1

Desperté sobresaltado, los recuerdos de lo que había estado soñando aún vagaban sin rumbo por mi mente. Posiblemente tuviera algo que ver con mis padres pero ni bajo el yugo de una espada podría jurarlo. La cabeza me dolía y me daba vueltas sin parar. Debía haber dormido en muy mala postura porque un dolor punzante me recorría todo el cuello.

Tardé en volver del todo a la realidad, la misma que me llevó a darme cuenta de que no veía nada excepto negrura a mi alrededor. Tenía los ojos tapados y no tardé en darme cuenta de que tenía las manos atadas, cuando intenté llevarme la mano a mi dolorido cuello.

Todas mis terminaciones nerviosas se tensaron al darme cuenta de mi situación. Intenté recordar lo que había sucedido para poder adivinar donde me encontraba. Nada, todo en mi cabeza estaba tan confuso como lo había estado anteriormente en mis sueños.

Me quedé callado de repente, dándome cuenta de que si no estaba solo, podía haber alertado a mi secuestrador. Escuché con atención intentando reconocer algo; un golpe seco, el ruido del aire colándose por la ventana, el ruido de un cuchillo al afilarse... Nada. El silencio me hacía enloquecer aún más.

Invocé cada gramo de fuerza de lo más hondo de mi cuerpo y decidí intentar levantarme pero mis intentos fueron en vano. Solté una maldición; no entendía qué mierda estaba pasando. Y ya no me importaba si podían oírme o no, el ritmo acelerado de los latidos de mi corazón estaba empezando a torturarme.

Un seco y lacerante dolor de garganta se abría paso en cada respiración. Era insoportable. Necesitaba beber agua en aquel mismo momento.

Traté de quitarme la venda de los ojos moviendo la cabeza de un lado a

otro, pero un intenso dolor me atravesó la nuca y me dejó sin aliento.

—Por fin estás despierto.

Dejé escapar el aire y una expresión de confusión se formó en mi rostro. ¿Por qué había una mujer conmigo? ¿Era mi secuestradora? Mis pensamientos iban a toda velocidad.

—¿Quién eres y qué estoy haciendo aquí? —pregunté.

—¿Quién eres tú y por qué estás aquí? ¿Qué quieren de nosotros? —preguntó ella y sentí como se movía la superficie en la que me encontraba. Era una cama, por lo menos tenía un poco más de información.

—¿Tú también estás atada? ¿Tienes una venda en los ojos? —Tiré de las esposas y suspiré. Podía notar la confusión de mi acompañante flotando en el ambiente y mezclándose con la mía.

—No, no tengo y deja de tirar, me haces daño. Estamos esposados el uno al otro —arrastró las palabras con tono cansado. Un olor conocido para mí inundó mis fosas nasales, revelando un poco más de información: estaba secuestrado en mi propia casa.

—Maldición, ¿qué es toda esta mierda? ¿Quién eres y qué haces en mi casa? ¿Por qué estoy atado y esposado a la cama? Si es una broma pesada de Colin...

—Para de protestar. Callado estabas más guapo.

—¿Me consideras guapo? —Me sorprendí a mi mismo bromeando así en semejante situación.

—Ya no... —Resopló—. Y deja de preguntar, yo no tengo las respuestas que buscas. No sé por qué estamos así. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—Antes quítame la venda de los ojos. Me siento en inferioridad de condiciones.

—¿Y cómo quieres que lo haga si yo también estoy atada? —gritó sin levantar la voz pero dejándome claro que estaba harta.



Después de unos incómodos segundos de silencio, decidí que debía decir algo. Los dos estábamos en una situación que no parecía tener remedio, al menos en un tiempo corto. No es que a mí se me diese bien socializar y entablar conversación con otras personas pero tendría que intentarlo. Esa mujer parecía estar hartándose de mis preguntas y no me convenía ponerla en mi contra.

—Pues no sé, ¿no se te ocurre nada? Eres mujer, por Dios. ¿No se supone que vosotras ponéis el cerebro? —No había estado muy fino. No era la mejor forma de entablar conversación.

—Eres un idiota, no me extraña que te hayan hecho esto. Qué pena que se les olvidase taparte también la boca —dijo secamente.

—Te recuerdo que estamos en la misma situación. Así que tú tampoco debes de ser una santa.

—No aguanto más estar aquí contigo. Escúchame bien, te quitaré la venda de los ojos y luego tienes que ayudarme a coger mi bolso del suelo. Ahí tengo mi pistola.

—¿Pistola? ¿Qué eres, policía? —Silbé con burla.

—Quédate quieto un momento, ¿puedes o será muy complicado para ti?. Voy a intentar quitarte la venda.

Solté un largo y sonoro suspiro. Esa mujer había conseguido sacarme de mis casillas en pocos minutos, algo que no era fácil. Desde que me había ido de casa, pocas cosas me importaban y no recordaba a nadie que me hubiera enfurecido tanto en tan poco tiempo. Ni siquiera en mi trabajo, que era peligroso y me obligaba a tratar con gente de todo tipo.

Hacía ya tres años que Jasper había recibido aquella oferta de trabajo imposible de rechazar. Y no por el dinero, sino por las amenazas que había recibido, motivo más que suficiente. Si no aceptaba, matarían a su familia.

Nos había pedido ayuda a mi primo Colin y a mi, que no dudamos un solo

segundo en aceptar y formar parte de esa organización secreta. Más tarde supimos que solo reclutaban hombres solteros y en buena forma física, por eso nos habían aceptado sin problemas.

No obstante, nadie nos dijo que tendríamos que batallar con personas peligrosas, que tendríamos que emplear la violencia y si hacía falta, matar. Al menos teníamos la tranquilidad de que la organización contaba con varios contratos firmados con departamentos de policía de todo el estado de Texas, algo que era altamente secreto. En los últimos tiempos la violencia y el tráfico de drogas había incrementado peligrosamente y la seguridad de Forth Worth se estaba viendo seriamente afectada.

Nosotros representábamos la justicia oculta, éramos un tribunal invisible donde las sentencias tenían un final muy distinto al habitual.

La cama se movió y ella acortó el espacio que nos separaba. No sabía como lo había hecho para acercarse, pero tampoco quería saberlo. Estaba tan cerca que compartíamos el mismo aire y cuando inhalé, sentí un agradable olor a flores silvestres. Intenté quedarme quieto, pero fue imposible.

Sus suaves labios rozaron mi mejilla cuando intentó agarrar la venda con los dientes. Dejé de pensar y presté toda mi atención a los sonidos de esfuerzo que salían de su boca. Su respiración rozaba mi rostro, cosquilleando a través de sus mechones de pelo en mi cuello, enviándome un estremecimiento salvaje por mi columna.

Mi mente empezó a imaginarse cómo sería su rostro, su cuello, sus manos... Cuál habría sido su vida... Sus delicados movimientos me llevaron a vagar por un torrente de pensamientos inconclusos sobre ella. Incluida la facilidad de sus movimientos, como si hubiera hecho eso muchas veces, lo que me llevó a recordar que llevaba una pistola en el bolso o al menos, eso había dicho. Quizá solo quería asustarme.

—Ya está —dijo satisfecha—. Puedes abrir los ojos.

Un torrente de luz me cegó por completo. Tardé mucho en acostumbrarme a ella y en dejar de ver solo sombras a mi alrededor. Parpadeé lentamente hasta que pude vislumbrar a la chica que tenía ante mis ojos y en el momento que nuestras miradas se cruzaron, me quedé sin aire. Era más joven de lo que me esperaba y tenía el pelo rubio; muy claro, casi transparente. La camiseta blanca que llevaba puesta se pegaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel y mostraba unas buenas tetas. Sus ojos verdes de mirada penetrante brillaban como dos luciérnagas en la oscuridad. Pestañeaba con rapidez, como si de esa forma pudiera ver mejor lo que había a su alrededor. El olor de su perfume cosquilleó mi nariz y rodeó mi cuerpo de arriba abajo. Mierda, era muy bonita.

—¿No recibo ni un triste gracias? —Frunció el ceño y se apartó con agilidad.

—Lo siento... —balbuceé—. Gracias.

—Ahora cuéntame lo que recuerdas. Vamos a ver si somos capaces de entender qué mierda ha pasado.

—Lo último que recuerdo es la cara de mi jodido primo Colin. La fiesta se descontroló y vinieron más personas de las que habíamos invitado —dije mientras la ira crecía en mis entrañas a medida que iba recordando lo que había pasado durante la noche, lo que me llevó a pensar que quizá no se tratara de un secuestro. Me esforcé cuanto pude para mantener una expresión serena—. Esto puede causarnos problemas. No recuerdo haberte visto, ¿con quién viniste? Este lugar está bastante aislado, muchos se pierden por el camino. Quiero decir, que si llegaste aquí es porque alguien conocido te trajo.

—Me invitó un amigo pero me dejó tirada. No recuerdo mucho más, solo haber bebido más de la cuenta. —Su voz sonó ronca—. ¿Cuál es tu nombre?

—Austin.

—El mío es Kate.

## CAPÍTULO 2

Mis pensamientos eran confusos, en gran parte debido a la resaca y la falta de sueño. Había algo en aquella chica que tiraba de mí, como si de sus ojos saliera una cuerda que consiguiera inmovilizarme. Me instaba a tratarla de forma diferente a todas las mujeres que habían pasado por mi cama. Una sensación que me inundaba y que me hacía imposible luchar contra ella.

—Alguien nos ha gastado una broma. —Su voz era suave—. ¿Alguna idea de quién pudo ser?

—Se me ocurre un nombre: Colin.

Kate se movió y mis ojos se deslizaron por sus delgadas piernas con detenimiento. El aire se electrificó y mi corazón martilleó en mi pecho con fuerza, sacudiendo mi cuerpo entero. Mis instintos se despertaron, arrastrando en su recorrido mi apetito hambriento y voraz. Mis músculos se tensaron, ella era tentación y puro deseo, todo lo que había estado evitando durante los últimos tres años. Abrí las manos y las volví a cerrar, apretando los puños hasta que mis nudillos se tornaron blancos. Ella era demasiado bonita, pero no podía dejar que eso me afectara.

—¿Cómo se supone que vamos a salir de aquí? No se me ocurre nada. — La miré con discreción por el rabillo del ojo.

—Yo no pienso quedarme por mucho tiempo así —dijo con voz aguda—. Abre las piernas.

—¿Hum? —Me aclaré la garganta y le lancé una mirada de reojo—. ¿Estás loca? No pienso hacerlo.

—Lo harás si quieres salir de aquí. Haz lo que te digo —ordenó con tono mordaz.

—No recibo órdenes de nadie y mucho menos de una mujer. Cuida tu

boca, a mí no me hables así. — No podía entender cómo Kate conseguía crear en mí sentimientos tan encontrados. Tan pronto la deseaba como si fuera un vicio para mí, como me sacaba totalmente de mis casillas.

—Hablo como me da la gana... —Se interrumpió con una carcajada—. ¿Cuál era tu nombre? Se me ha olvidado.

—Pues si lo has olvidado, mejor. No te lo voy a repetir. —Tiré con fuerza de las esposas y su cuerpo chocó contra el mío.

—No te aguanto más.

Intentó alejarse, retorciéndose como un conejo que acaba de caer en la trampa. Dejó ver su frustración al no conseguir su propósito.

—Yo tampoco te aguanto, pero no me quejo —repuse—. Mujeres... Siempre con esa necesidad de hacerlos las víctimas.

—¡Cabrón! —escupió mientras intentaba soltarse—. Aléjate de mí y abre las malditas piernas.

—Uy, que carácter tiene la señorita. Casi me da un susto. Y creo que tienes que abrir tú las piernas, cariño... —Di una vuelta a la cadena de las esposas alrededor de mi muñeca para tenerla bien sujeta.

—¿Qué haces? —preguntó, mirando con estupor como su muñeca había quedado pegada a la mía.

—Hago lo que me da la gana —espeté sin apartar los ojos de su rostro—. ¿Quieres que abra las piernas? Lo haré, pero solo si me das un beso.

—¿Tienes quince años? —Puso los ojos en blanco. Un gesto que me enloqueció. Por un momento fue ella la que pareció que volvía a los quince años, algo enternecedor.

—Quince solo en una pierna. ¿Tienes miedo de algo? —Alcé una ceja, retándola y sorprendiéndome a mí mismo una vez más por mi comportamiento.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y lo reflexionó un largo momento antes de contestar.

—No temo a nada.

Endureció la mirada y respiró hondo. Se mordió los labios para después pasar su lengua por ellos y humedecerlos.

—Así que eres valiente. Pues demuéstalo.

—Yo no tengo que demostrarte nada ni a ti ni a nadie. Solo quiero irme de aquí y supongo que tu tampoco estás muy cómodo atado a una cama— repuso cansinamente—. Suelta la cadena y abre las piernas.

—El beso antes, bonita.

Giré la cabeza y mi boca quedó a tan solo unos pocos centímetros de la suya. Miré sus labios y mi pulso se aceleró como si hubieran pulsado un botón dentro de mi mente o como si me hubiera electrocutado al meter los dedos en un enchufe. Noté un revuelo en el estómago debido a la excitación y al deseo, que se dispararon cuando sentí el cosquilleo de su respiración en mi cuello.

—Lo siento pero yo no me beso con cualquiera. Abre las piernas — ordenó con seriedad.

—Yo tampoco, pero vamos a hacer una excepción —susurré.

—Solo uno corto, y luego obedeces, ¿verdad? —Al fin había conseguido mi propósito y al contrario de lo que esperaba me puse nervioso.

—Lo que tú quieras, sólo bésame y...

No pude terminar la frase. Presionó su boca contra la mía, silenciándome y dejándome sin aliento. Sus labios suaves y calientes derritieron mi cuerpo, robando mi capacidad de pensar y de razonar.

Me deleité con el calor de su boca, llena por la mía y le devolví el beso con ternura.

Un dulce intercambio de suspiros, un suave roce de lenguas, la entrega total de mis sentidos a esa hermosa mujer que me fascinaba. Cuando finalmente rompió el beso, sus ojos aún estaban cerrados. La visión de ella me hizo reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? —Apretó los labios y se alejó, con su ego gravemente herido. Yo no pretendía eso pero su reacción me divirtió aún más.

—Mmm... Porque a pesar de lo que te has hecho de rogar, disfrutaste de este beso tanto o más que yo —dije en un tono seductor.

—No ha estado mal —dijo encogiéndose de hombros, quitando importancia a lo que acababa de pasar. —Pero no es el mejor beso que me han dado.

—En esto estamos de acuerdo.

Ladeé la cabeza para no mirarla. Mentir se me daba fatal y no quería reconocer que era la primera mujer que había besado así en años y que había sido jodidamente maravilloso.

Necesitaba recomponerme, no podía permitir que ella encontrara mi punto débil. Ninguna mujer lo haría, me lo había prometido a mí mismo cuando Annie me había dejado.

—Ahora abre las piernas y déjame desatarte — El tono que usó había sido bastante brusco pero no me importó. Ya solo podía sentir su aliento rebotando en mi cuello.

## CAPÍTULO 3

Me removí en la cama. Las horas pasadas en mala postura y con una movilidad reducida estaban pasándome factura. Pagaría todo lo que poseía por un buen baño caliente y una buena comida, lo que me recordó el hambre que tenía. Mis movimientos lentos y pesados no pasaron desapercibidos para Kate que dedicó su atención a lo que yo hacía y por un momento sus ojos encontraron a los míos y me quedé inmóvil. Tenía unas ganas insoportables de volver a besarla, de sellar mis labios con los de ella y volver a sentir como el mundo se desvanecía.

—Quédate quieto —dijo con algo de nerviosismo. Toda la seguridad que había mostrado momentos antes, parecía haberse desvanecido.

—A tus órdenes, pero apúrate. Me duele todo el cuerpo y tengo mucha sed... —Las palabras murieron entre mis labios cuando su rodilla se colocó entre mis piernas.

Su respiración me hacía cosquillas en el cuello y sentí un ligero mareo. El calor se abrió paso hasta mi cara y el nudo en mi garganta fue aún más difícil de tragar. Me preguntaba en qué mierda estaba pensando cuando acepté su demanda. Cerré los ojos intentando extinguir la excitación que recorría mis venas pero fue en vano. Cuanto más se acercaba a mi, menos podía confiar en mí mismo.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté con voz ronca, intentando distraer mis pensamientos.

—Desatar tu pierna izquierda...

—Ya que estamos tan cerca uno del otro podríamos aprovechar el momento para disfrutar un poco y...

—Ni en tus mejores sueños, y no te muevas o te dejaré sin lo que consideras tu tesoro máspreciado —dijo mirando directamente a mi



entrepierna. Después nuestras miradas se encontraron y no pude evitar preguntarme cuánto hacía de la última vez que me había despertado al lado de una mujer. En ninguna de las ocasiones que eso había sucedido me había planteado tener una relación seria con nadie y mucho menos, un para siempre. No desde mi relación con Annie.

Sin embargo, después de haberla besado, estaba empezando a reconsiderar mi opinión sobre las cosas. La variedad de sentimientos que estaba experimentando me tenían más que sorprendido y ya no sabía ni lo que pensaba realmente. Y a eso había que añadirle que no podía despegar mis ojos de su boca.

Ella gruñó y echó la cabeza hacia atrás. Sus pechos rozaban mi hombro mientras intentaba aflojar la cuerda que tenía alrededor de mis tobillos y su respiración entrecortada se deslizaba por encima de mi piel. Nunca había sentido nada igual, y eso resultaba irritante y confuso.

—Estoy a punto... Casi lo tengo —balbuceó.

Sus labios rozaron mi cuello y un escalofrío me recorrió la espalda de arriba a abajo, estremeciéndome todo el cuerpo. Tuve que reprimir la tentación de girar la cabeza y besarla.

—Ya casi está.

Durante un instante no respondí, solo me limité a contemplarla. Su respiración era profunda y acelerada, lo que dejaba ver que estaba inquieta.

Su cuerpo pequeño y perfecto rozaba el mío en movimientos firmes y con un claro propósito. Era imposible no excitarse, y por la forma en que evitaba mirarme a los ojos me hizo saber que ella estaba nerviosa.

Subió la mano esposada hasta mi pecho y la presionó mientras se esforzaba en aflojar la cuerda que mantenía mi tobillo izquierdo atado a los dedos de sus pies.

Sin pensarlo agarré su mano y la acerqué para darle un suave beso en los

nudillos.

Me miró a los ojos, y a pesar de la situación, se me dispararon las pulsaciones. Su mirada era sombría y por un momento no estuve seguro de si estaba molesta o le había gustado. Pensé en decir algo, aunque no sabía qué.

—Te dije que te quedaras quieto. No te muevas. —Sacudió la cabeza y retiró la mano con brusquedad.

—No puedo, tu cuerpo no para de provocar al mío y mi mente no para de verte desnuda.

Un rubor asomó en sus mejillas y me miró con timidez; sus pupilas estaban dilatadas por lo que parecía una mezcla de inseguridad y miedo. Pero podía sentir su emoción y no pasó desapercibido para mí el destello que cruzó por delante de sus ojos, aquellos en los que se escondía algo muy profundo y hermoso.

—Aléjate de mí —dijo con un tono que no desvelaba nada acerca de cómo se sentía.

—No puedo, estoy atado por si no lo recuerdas.

Me dio un golpe con el codo en el estómago y se dejó caer a mi lado con un gruñido de desesperación y mientras rodaba los ojos.

—No puedo hacer esto si no te callas. Me importa una mierda lo que pienses, solo quiero irme de aquí. Todo es muy confuso, no recuerdo absolutamente nada y eso me tiene muy preocupada. Te juro que si sigues molestándome, no dejaré nunca de pegarte en cuánto me libere de estas ataduras.

—Escucha, bonita... No me provoques, no sabes de lo que soy capaz. Lo digo por tu propio bien, así que guarda tu arrogancia porque no me impresionas —le dije examinando su reacción.

—Tú tampoco sabes lo que yo puedo hacerte a ti.

—Dispara, estoy seguro que no es ni la mitad de lo que tengo preparado

para ti. —Me gustaba ver como me retaba.

—Lo dudo porque tú tienes una mente muy sucia.

—¿Y tú la tienes muy limpia? No me hagas reír, por favor. He visto como me miras.

Entornó los ojos y me enseñó el dedo corazón. Haciendo el típico gesto que cualquier madre reprocharía a sus hijos.

—No me impresionas para nada, no eres tan guapo como crees.

—Opino lo mismo, sin embargo, tengo que admitir que tienes unos labios muy sensuales, carnosos, rosados y bonitos. Si cierro los ojos puedo sentirlos de nuevo, puedo verte desnuda, tocar tu piel sedosa y...

—Eres un perverso. —Me miró de reojo—. Y yo aquí, atrapada contigo y sin poder evitar tus estupideces.

—Soy sincero. Pocos hombres hoy en día son... —murmuré—. Mejor me callo, sigue con tu rescate.

Ella dio un suspiro dramático y se inclinó hacia mí un poco.

—Deberías de estar agradecido. Yo por lo menos estoy haciendo algo.

—Créeme que me gustaría ayudar, pero no tengo tu agilidad y tampoco tu determinación.

—Eres un vago... —atacó de nuevo. Me resultaba gracioso ver su comportamiento.

Levanté la mano y agarré la cadena de las esposas con los dedos. Tiré con fuerza y su hombro chocó contra el mío. Me miró boquiabierta y soltó un gruñido. Dejé caer mi cabeza hacia abajo y le susurré al oído:

—No soy un vago, bonita. Tengo el pie atado y no puedo hacer mucho para ayudarte. Quién nos metió en este embrollo, lo hizo a propósito. Pero te aseguro que no me quedaré quieto en cuanto me desates. Te ayudaré, porque la verdad es que no aguanto ni un minuto más aquí contigo. Odio a las mujeres obstinadas, mandonas y superficiales.

—No soy superficial, no lo soy... —repuso con voz queda—. No soy como... —Le tembló la comisura de los labios—. Da igual lo que pienses, suelta la cadena y quita tus labios de mi cuello.

Giró la cabeza y presionó su mano en mi pecho para alejarse.

Su mirada volvió a caer de nuevo sobre la mía. Algo en sus ojos brilló, fue rápido pero hizo que mi boca se secara. Se dejó caer lentamente hasta que sentí una fuerte presión al lado de mi entrepierna.

—Pero... ¿qué demonios? —El tono de mi voz salió como un látigo de mi garganta, Me esperaba cualquier cosa menos esa—. Quita tu rodilla de allí.

—Solo si te quedas callado.

Alzó la mirada y sin darme tiempo a responderle bajó la mano y me agarró el miembro por encima de mis pantalones, mientras su rodilla presionaba mi muslo.

—Mmm, eso es... —Cerré los ojos—. Ahora mueve tu mano suave arriba y abajo. Puedes bajar la cremallera y meter la mano dentro para hacerlo mejor.

Su enfado aumentó y se impulsó hacia mí, apretando con fuerza mi miembro y haciendo que me retorciera de dolor.

—Para —protesté con voz ahogada.

—Mantén la boca cerrada y quédate quieto. No te pido mucho, joder —murmuró sin ninguna emoción —Era ahora cuando empezaba a creerme eso de que llevaba una pistola en su bolso cuando iba de fiesta.

Cerré los ojos y obedecí sin rechistar. No me gustaba para nada esa orden pero no me encontraba en situación de elegir.

—Ya está —refunfuñó—. Ahora quiero que bajes los pies al suelo y que arrastres mi bolso hasta la cama.

## CAPÍTULO 4

Sacudí mi cabeza y cerré los ojos con fuerza. Conté hasta diez antes de abrirlos de nuevo y meforcé a enfrentar su mirada.

—No consigo llegar. El bolso está muy lejos —casi escupí mis palabras, frustrado. Todo aquello me estaba sobrepasando.

—Tienes que hacerlo. Es la única forma que tenemos de salir de aquí — También ella se estaba frustrando y la verdad era que no podía culparla. Puso los ojos en blanco, repitiendo ese gesto que tanto me gustaba ver en su rostro —. Estira más la pierna.

—Es fácil decirlo —resoplé.

Me moví un poco y estiré la pierna hasta que la punta de mi zapato tocó el bolso.

—Eso es... Sigue así —susurró. La oí soltar una profunda respiración.

Arrastré el bolso hasta las patas de la cama y estiré la mano esposada hasta que conseguí agarrarlo con los dedos.

—Ya tienes tu bolso —le dije entre dientes y se lo tiré.

Ella lo atrapó y lo abrió de inmediato. Sacó una pistola y reprimí un temblor. Creía que no lo había dicho en serio. ¿Qué clase de chica llevaba un arma en su bolso de fiesta? Quizá había estado subestimándola todo el tiempo. Odiaba las armas solo por el hecho de saber que podían matar a una persona. Un arma en manos de alguien con miedo, enferma de odio, celosa o incluso sedienta de venganza, era letal.

Yo tenía dos pistolas y las había usado. Había disparado en alguna ocasión pero nunca había matado a nadie. Sin embargo, mi primo Colin lo había hecho. Una noche, en plena misión, había terminado con la vida de dos narcotraficantes sin que le temblara la mano. A los otros tres los había herido de gravedad. Era un chalado sin sentimientos, frío y ambicioso. Vivía su vida

al límite y gastaba su dinero en fiestas, coches caros y mujeres.

Jasper, por su parte, era todo lo contrario. Inteligente, guapo como un modelo y bueno con todo el mundo. En más de una ocasión, habíamos tenido que salvarle el culo por haber dejado libres a delincuentes que debía apresar. Tenía demasiada fe en las personas y era muy ingenuo. Sus enemigos no tardaban en darse cuenta de su debilidad y lo usaban a su favor, convenciéndolo para hacer lo que ellos deseaban.

—Mantén esa pistola lejos de mí. Seguro que no sabes usarla —espeté, desconfiado.

—Sé usarla, lo vas a ver enseguida. —Quitó el seguro y deslizó un dedo por el frío metal con lentitud mientras me miraba de reojo—. ¿Tienes miedo a las armas?

—Tengo miedo de acabar con una de sus balas en mi cuerpo.

—Hombres... Siempre pensando que las mujeres no valemos para esto.

Se puso de rodillas y tiró de la mano esposada hasta que la cadena quedó recta, luego apuntó y esbozó una sonrisa traviesa.

—Tápate los oídos. Si no tengo buena puntería... Por lo menos lograré escapar. —Se echó a reír.

—Dispara de una puta vez. —Rechiné los dientes—. No me hagas quitártela.

—No hace falta.

Cerró un ojo y después de unos segundos, disparó. El sonido, fuerte como un trueno, cayó con furia hacia mis oídos y mi cuerpo entero se sobresaltó al escucharlo, a pesar de que lo estaba esperando. La última vez que me habían disparado, fue cuando Narcis me disparó en el hombro izquierdo. Tomé una profunda respiración y miré hacia abajo. La cadena estaba rota y había un agujero en el colchón justo al lado de mi cadera.

—Por lo que veo, tu puntería apesta. Casi me das. —Levanté las manos y

me di cuenta de que mi otra muñeca seguía esposada—. Ahora, si eres tan amable, libérame la otra mano.

—De eso nada, bonito.

Apuntó de nuevo y disparó. Su otra mano quedó libre; ella había conseguido liberarse, pero no tenía ninguna intención de hacer lo mismo conmigo. Se bajó de la cama y guardó la pistola en su bolso. Me dedicó una sonrisa triunfante y se apresuró a salir por la puerta.

—¿Qué mierda haces? Vuelve aquí, ni se te ocurra dejarme así —grité.

Intenté liberar la mano tirando con toda la fuerza que pude reunir, pero no lo conseguí, solo me hice daño en la muñeca. No podía creer que me hubiera dejado atado. Había pensado que ella era diferente, que era una chica leal y fiel a su palabra, pero solo me confirmó que todas las mujeres eran iguales; mentirosas y superficiales.

El día que tomé la decisión de irme de mi casa para ingresar en la agencia y ayudar a mi amigo, Annie me había dejado. Ella me puso entre la espada y la pared, obligándome a escoger entre ella y mis amigos. Una difícil elección para mí, mis amigos eran sagrados y un tiempo atrás no habría dudado en elegirlos pero estaba empezando a tener sentimientos importantes hacia ella.

Fue en ese momento cuando supe que nuestra relación no había sido más que una mentira. Ella nunca había estado enamorada de mí y lo admitió cuando le dije que Jasper me necesitaba e intenté explicarle que no podía dejarlo tirado. Él era el único que me entendía, el único que estuvo a mi lado cuando volví de Afganistán.

La agencia había amenazado a su familia, la vida de su hermana pequeña Amelie y sus padres corría peligro. Todo empezó tres años atrás, cuando Jasper se metió con dos matones de la agencia. En aquel tiempo, no sabía nada de la existencia de esa organización secreta. Jasper era bastante impulsivo y

odiaba cuando alguien lo miraba a los ojos. La pelea fue inevitable y uno de esos dos hombres terminó con una conmoción cerebral. Ese suceso enfureció a Damien, el jefe de la agencia.

Los policías miraron hacia otro lado, haciendo caso omiso a lo que había pasado y Jasper quedó atrapado en una verdadera pesadilla. Una vez que la agencia te reclutaba, tenías que olvidar tu identidad y olvidar que tenías familia. Para mi no fue difícil porque mis padres habían fallecido, pero para Jasper fue terrible. Su madre estaba enferma de cáncer y su hermana Amelie tenía problemas en el colegio. Dos chicos la estaban acosando y mi amigo no podía estar allí para ayudarla. Eso lo mataba por dentro. Había dejado a su familia cuando más lo necesitaba.

Miré la mano esposada y solté una maldición. Odiaba sentirme indefenso, me recordaba a los días que había pasado capturado durante una misión de rescate en Afganistán. No me torturaron, pero me habían dejado encerrado durante días, sin comida y sin luz. La oscuridad y la soledad podrían terminar por volverse en tu contra y en esos momentos en lugar de pensar en cosas agradables, pasé el tiempo pensando en todo lo malo que hice a lo largo de mi vida. Mi mente resultó mi peor enemigo, me debilitó y me hundió poco a poco hasta que consiguió que mi único deseo fuera morir.

Bajé los pies al suelo y estiré la mano libre hasta la mesa, donde estaba mi móvil. Lo tomé y al primero que se me ocurrió llamar fue a Colin. Si alguno de los dos estaba detrás de esto, tenía que ser él.

—¿Qué pasa? —contestó a la primera—. ¿Estás libre o sigues esposado a la cama?

Se echó a reír.

—¡Maldito cabrón! ¿Cómo se te ocurrió atarme a una cama? ¿Estabas borracho? ¿Has perdido tu jodida cabeza o mejor dicho, lo que te quedaba de ella?



—No entiendo por qué estás tan enfadado, la chica estaba caliente. Simplemente le di la oportunidad que estaba buscando.

—¿De qué va esto Colin? No niego que era muy atractiva, pero...

—Anoche estabas tan ausente que ni siquiera te diste cuenta de que la chica te ponía ojitos.

—¿A mí? ¿Estás de guasa?

—Estuvo preguntando a todos por ti. Quería saber si estás soltero o tienes novia...

—Mientes.

—Pero esto no es todo. ¿Sabes quién es?

—¿Como voy a saberlo? Solo me dijo su nombre de pila.

—Es Katherine West, la detective que lleva nuestros casos. La que nos quiere encerrar.

—¿Te refieres a esas absurdas acusaciones? No somos culpables, joder. A ese maldito bastardo lo mataron por venganza.

—Ya lo sé, pero Jasper me dijo que sospechan que estamos detrás de los últimos asesinatos. Dice que tienen pruebas y cuando vi como te miraba, pensé que podrías hacer un poco de magia con tu encanto y engatusarla.

—No necesito hacer esto para demostrar que soy inocente, joder. Ella sabe lo que todo el mundo sabe. Que somos una banda de motoristas conflictiva. Nadie tiene que saber que trabajamos para la agencia y que somos la justicia que actúa en la sombra.

—Lo sé. ¿Qué te dijo? ¿De qué hablasteis? —preguntó con sorna. Me había utilizado y encima le parecía graciosa mi situación.

—Piensa que soy un idiota, así que déjalo.

—Si es que últimamente lo eres. Asustas a todas la mujeres que se te acercan. No me extraña que te haya dejado atado a la cama.

—Cállate y ven a quitarme las esposas. Esta noche tenemos que ir a ver a

tu hermana. Sabes que no le gusta que lleguemos tarde.

—Tranquilo, ya le he explicado que no podemos aparecer por allí cada vez que se le antoje.

—Sabes que no estoy de acuerdo con esto. No tenías que haberle dicho nada. Si Damien se entera...

—No lo hará y si eso pasa, me aseguraré de enviarla lejos. Ella me necesita y yo a ella. Es la única que puede calmarme y lo sabes. Es la única conexión que tengo con la realidad, con el cariño y el amor. Si no la veo, me vuelvo loco.

—Y nadie quiere verte loco. —Olvidé que estaba atado, tropecé al intentar caminar y me caí al suelo de rodillas—. ¡Joder! Ven y sácame de una puta de vez de aquí.

—Ya voy de camino —aseguró. Esperaba que eso fuera cierto porque necesitaba terminar con esa situación. Por otra parte agradecí que Colin no me hubiera preguntado la forma en la que Kate había conseguido escaparse, habría sido vergonzoso de explicar.

# CAPÍTULO 5

## Kate

Cerré la puerta de aquella habitación tras de mí, dando un fuerte golpe. No podía darme el lujo de que alguien me viera salir de aquella casa y menos, una mañana después de una fiesta así que abrí la puerta del pasillo y con cuidado me dejé caer por la pared hasta tocar en el suelo. No recordaba nada de la noche anterior y seguramente era porque alguien me había drogado. Se suponía que tenía que vigilar a los *Free Souls* y averiguar algo que pudiera ayudarme a contactar con los familiares de esos tres hombres, no acabar esposada a una cama con uno de ellos.

¿Y tuvo que ser Austin? ¿El hombre más impresionante que había visto? No cabía duda de que me había puesto nerviosa cuando me desperté a su lado, ni siquiera el hecho de verlo dormido me calmaba. Era impresionantemente guapo. El pelo, espeso y oscuro, caía sobre una frente amplia. La mandíbula era angulosa y la boca ancha, con unos labios carnosos que llegué a probar. Anchos hombros, firme pecho que había tocado con mis manos más de una vez y brazos marcados. Y tenía los ojos más bonitos que había visto; tan expresivos que rápidamente hacían que una persona se diera cuenta que era sincero cuando hablaba.

Tal vez me hubiera propuesto seducirlo cuando lo vi para averiguar más cosas sobre él y su familia, pero no podía negar que me atraía demasiado y era muy fácil que me olvidara de mi verdadero propósito. Sabía a la perfección que Austin era un delincuente, que se burlaba de la ley y del sistema que yo había jurado proteger. Sin embargo, era imposible no quedarse prendada por su belleza. Una belleza que contrastaba con su personalidad. No era para nada encantador, afable o simpático. Tan solo otro idiota con cara bonita.

Saqué el móvil de mi bolso y llamé a mi compañero de trabajo, Ford. Él sabía que había salido a cazar delincuentes y seguramente estaría preocupado.

Ford era mi mejor amigo, mi hermano mayor. Siempre estuvo a mi lado y cuidó de mí, desde que me fui de casa, él había sido mi ángel de la guarda. Nadie de mi familia mostró compasión hacia mí y nadie se interesó por mí. Detestaban que fuera policía, para ellos era un trabajo de hombres. En mi familia las mujeres no trabajaban, se casaban con hombres ricos para tener una vida cómoda y libre de preocupaciones.

Me fui de casa cuando terminé la Universidad y conocí a Ford cuando alquilé una habitación de su apartamento. Me fascinó su trabajo y cada noche, nos sentábamos juntos alrededor de una mesa para intentar resolver los casos que llevaban años olvidados.

Gracias a su insistencia, empecé a estudiar para entrar en la academia de policía. Sigo recordando con ilusión mis primeros casos resueltos y los halagos del capitán Henry. Él me decía que tenía una inteligencia poco común y que nadie era capaz de pensar con tanta frialdad como lo hacía yo. Después de dos años, me nombraron detective y terminé trabajando para el FBI en casos de corrupción, delitos y bandas peligrosas.

—¿Kate? ¿Donde coño te metiste? Estuve buscándote como un loco por la Sede toda la mañana. Anoche no viniste a casa, estoy preocupado. Podrías haber llamado...

—Ey, lo siento, ¿vale? —suspiré—. Deja de gritar, me duele la cabeza.

—¿Qué pasó? Cuéntame todo.

—Ahora no tengo tiempo, tengo que salir de aquí cuanto antes. Lo único que puedo decir es que tenías razón. No son más que unos delincuentes. No entiendo porque la policía estatal se empeña en defenderlos. Hay algo que no encaja.

Me puse de pie y empecé a caminar.

—Luego hablamos. Ve a casa y descansa.

—Gracias.

Apagué el móvil y lo guardé en mi bolso. Cuando alcé la mirada, mis ojos se toparon con un enorme cuadro pintado a mano. Era el escudo de la banda Free Souls; una calavera protegida a ambos lados por alas de ángel. Me acerqué despacio y vi que en la parte de abajo había una firma. Tres iniciales: A, C y J. Eran los nombres de esos tres idiotas. No pude evitar hacer un gesto de desagrado, era típico de las bandas de moteros marcar el territorio. Al fin y al cabo eran hombres.

No era la primera vez que intentaba cazar a tipos rudos y con pocos modales. Recordaba especialmente un caso que me habían asignado hacía tres años, la banda de los *Mirrors*, un grupo de cinco hombres que suponían una gran amenaza. Ese tipo de bandas representaba una gran parte de la preocupación y el miedo de los habitantes de Texas. Eran agresivos y se enfrentaban constantemente con los demás grupos para ganar territorio. Era una idiotez, pero por desgracia, empleaban la violencia y muchas personas terminaban heridas o muertas.

Me hice amiga de uno de los miembros, algo que no me resultó difícil ya que fue él quien se acercó para ligar conmigo. *Los Mirrors* frecuentaban el bar Hannibal y tuve suerte de que Beka trabajase allí por aquel entonces. Era una de nuestros informantes. Durante unas semanas trabajé allí con ella y nadie sospechó que yo era policía.

En una de esas noches, Evan se acercó a mí. Me dijo que era bonita y que llevaba días deseando hablar conmigo. La conversación fluyó con normalidad y se creyó todo lo que le iba contando. No era un hombre feo, y cualquier otra mujer podría haber caído rendida a sus pies, pero su inteligencia no superaba a la de un niño de diez años. Confió en mí enseguida y me contó todo lo que planeaban hacer para ganar territorio. Gracias a esas informaciones, les

detuvimos antes de cometer cualquier otra locura más.

Bajé las escaleras y salí corriendo de aquel lugar. Me había metido en la boca del lobo por haber intentado conseguir información. Fue una sorpresa descubrir que ninguno de los *Free Souls* era tonto. Me la habían jugado y yo ni siquiera me había dado cuenta.

## CAPÍTULO 6

Era un poco después de las seis de la tarde y el sol pegaba fuerte. El viento traía olor a hierba seca y te invitaba a tirarte de cabeza en las entrañas del río más cercano. Las suelas de goma de mis botas de piel parecían pegarse al asfalto a cada paso de que daba en dirección a la hermana de Colin. Hacía un calor insoportable y mi ropa negra no ayudaba a cubrirme de los rayos infernales que el sol hacía caer sobre mi cuerpo. El sudor se acumulaba en mi cuello y bajaba por mi pecho hasta hacer una marca en mi camiseta. Tragué saliva y humedecí mis labios secos. Odiaba el verano de Texas. Las temperaturas eran abrasadoras y los mosquitos picaban con crueldad.

Sin embargo, los habitantes habían aprendido a vivir con ese calor y tenían diferentes trucos para refrescarse. Acudían a las playas, a los ríos y a mi bar. Dentro había instalado un sistema de aire acondicionado que lo mantenía tan helado como un iglú.

—Estás muy callado —dijo Jasper—. Le diré a Colin que siga así. No te estás quejando por este calor satánico.

—Estoy molesto con él. Es un capullo. Me drogó y me ató a una cama.

—Entiendo por qué lo hizo...

—¿Estás de su parte? —solté—. No me jodas. Vino a liberarme y ni siquiera me pidió disculpas.

—Tuvo que ir a buscar a Sarah. —Se quedó mirando a la nada y suspiró.

—Ya que mencionas a mi prima, ¿cuando le vas a decir que te gusta?

Su expresión cambió, no podía estar seguro pero me pareció ver que mis palabras lo habían sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé? Hay que estar ciego para no ver como babeas cada vez que la miras. Creo que también le gustas.

—¿Estás loco? ¿Olvidas que es la hermana de Colin? ¿De ese loco?

—De los tres, eres el único cuerdo. Sigues estudiando y no has matado una mosca en tu vida. Ni siquiera te interesan las mujeres.

—Colin es mi amigo —suspiró—. No quiero perder lo que tenemos. Y además, no sé si ella siente lo mismo por mí.

—Encontraré otro hombre y te arrepentirás de no habérselo dicho. No pierdes nada por intentarlo. Estoy seguro de que Colin terminaría por aprobar la relación. Yo desde luego, lo haría.

—Déjalo, no voy a intentar nada. Es más complicado de lo que parece.

Él me dedicó una mirada dura y supe que debería parar de insistir. Lo conocía muy bien y no quería verlo enfadado. Jasper tenía un problema. En realidad, tenía varios, pero el que más resaltaba era su mal genio. Sin embargo, era un buen hombre. El mejor que había conocido y se había ganado el respeto de muchos clientes.

—Dime otra vez porque tenemos que encontrarnos en un cementerio. —  
Lo miré de reojo.

—Porque la entrada principal del apartamento tiene cámaras de vigilancia y Damien tiene acceso a las grabaciones. Tenemos que mantener nuestras reuniones en secreto. Él no puede enterarse de que Sarah sabe lo nuestro.

La entrada del cementerio Estatal de Texas era un famélico arco de cemento con la inscripción <<*Texas State Cemetery*>>. Se dividía en dos secciones, una más pequeña con las tumbas de los políticos de Texas y otra más grande con las tumbas de los soldados confederados y sus esposas.

Jasper se acercó al portón de rejas y quitó el pasador. El silencio resultaba ensordecedor, no soplaba ni la más leve brisa.

—Esto es escalofriante —murmuró Jasper.

—Es porque está cerrado al público hoy. Hay un servicio funerario.



—Es la primera vez que vengo aquí —admitió.

—Odio los cementerios. Me recuerdan a Afganistán y a los compañeros que tuve que enterrar.

—Nunca hablas de aquello —murmuró.

—No me encuentro con fuerzas para enfrentarme a los recuerdos y me es imposible expresar con palabras lo que viví. Pensar en aquello me hace revivirlo de alguna manera y no quiero que vuelvan los ataques de ansiedad.

—Entiendo... Recuerdo que acudiste a una asociación que organizaba actividades de convivencia para militares.

—No sirvió de nada. Las pesadillas no han desaparecido.

—Mi padre estuvo en Afganistán. Recuerdo que después de muchos años, me contó alguna pequeña anécdota, pero nada más. Creo que todo lo que vivió allí, lo va a acompañar hasta la tumba—meneó la cabeza intentando apartar esos recuerdos.

—Créeme que nadie quiere contar lo que se vive allí, Jasper.

Me di cuenta de que había hablado demasiado. Sin embargo, se sintió bien y el deseo de seguir me arrastraba como un torrente. Sabía que Jasper me iba a permitir desahogarme, pero eso atormentaría sus noches y no podría volver a dormir tranquilo.

—Mmm, ¿no deberían de haber llegado ya?

Miró la hora en su reloj de pulsera y se quitó las gafas de sol. Se pasó una mano por el pelo y suspiró.

Jasper siempre llevaba la ropa ajustada, y me extrañaba verlo en pantalones cortos y una camisa ancha de manga corta. Para montar en moto tanto él como yo, usábamos camisetas negras con el logo del bar y pantalones con protecciones especiales.

Pero antes de que pudiera contestarle, el silencio fue interrumpido por voces y pasos acercándose. Me volví y vi a Colin y a su hermana de pie frente

a nosotros.

—Ya estamos aquí —dijo Colin, mirándome directamente.

—Hola. —Sarah se mordió el labio y se removió incómoda sobre sus pies—. Siento haceros pasar por esto, pero quiero pasar todo el tiempo posible con mi hermano.

—Tranquila —murmuró Jasper mientras le dedicaba una mirada rápida, como si mirarla directamente le quemara las retinas.

Se veían incómodos los dos y me preguntaba si no habría pasado algo entre ellos. Nos conocíamos de toda la vida, y a pesar de que llevaban tiempo enamorados el uno del otro, nunca los había visto tan tímidos y distantes.

Sarah era como un soplo de aire fresco en nuestras vidas, era el faro que nos había guiado en la oscuridad durante años. Su figura era magnífica, tenía un rostro elegante que dejaba ver toda la inteligencia que se escondía detrás de él. Contaba con una nariz recta, labios carnosos y unos ojos verdes que resaltaban bajo unas cejas perfectamente depiladas. Su pelo, negro y ondulado, descansaba sobre sus hombros resaltando su tez bronceada.

Para mí, era como una hermana. Ella y Colin pasaban mucho tiempo en mi casa cuando éramos pequeños. Nuestros padres se llevaban muy bien y aprovechaban cada oportunidad para juntarse y pasarlo bien. Salíamos todos juntos cada vez que teníamos vacaciones.

—He traído comida para hacer un picnic.

Ella levantó en el aire una pequeña cesta de mimbre y mis ojos se abrieron de par en par, haciéndome aparcas los recuerdos.

—Dime que dentro están mis sándwiches favoritos. —Me acerqué y abrí la tapa.

—Sí, y también hay un tupper con espaguetis para Jasper.

—Que bien. Desde que nos fuimos de casa, solo comemos pizza y hamburguesas —dijo él con poco entusiasmo.

—He traído cerveza fría. —Colin dejó una nevera de plástico en el suelo —. Pero antes, quiero hablar contigo Austin.

—Está bien.

Vi que retrocedía sobre sus pasos y decidí seguirlo en silencio.

—¿Qué pasa? ¿Quieres disculparte y no quieres hacerlo delante de ellos?

—Eso también, pero necesito un favor. —Su tono sonaba grave.

—Dime —suspiré, dando por perdida la disculpa.

—Ayer, uno de los hombres de Damien siguió a Sarah hasta su trabajo. Creo que sospecha algo. No quiero que le pase nada, pero tampoco quiero dejar de verla.

—Algo se me ocurrirá, seguro. Dame tiempo para pensar pero creo que deberíamos de parar esto por un tiempo.

—El sábado es su cumpleaños, no puedo hacerle esto. Sabes que lo organiza todo con mucha ilusión.

—Lo sé. —Me pasé una mano por el pelo sudado y la miré de reojo.

Se veía tranquila y a pesar de la situación, sonreía. Amaba esa sonrisa sincera y tímida. Me recordaba a mi madre. Cuando entré en la agencia juré protegerla y mantenerla a salvo, lejos de la maldad que nos rodeaba. Y ahora estaba en peligro.

—Sabes que no te lo diría si no fuera realmente preocupante. No puedo decirle nada a Jasper. Está loco por ella y podría cometer un error.

—¿Tú también te diste cuenta?

—Hay que estar ciego para no verlo. Es mi mejor amigo, pero no lo quiero cerca de ella. Es un buen chico y sé que nunca le haría daño. Sin embargo, hay algo que nadie sabe. Algo que Sarah me contó y me hizo jurar que no se lo diría nunca a nadie.

—Me asustas...

—Deberíamos volver con ellos. No podemos dejar el bar tanto tiempo

cerrado. Y lo siento, primo. Estaba borracho cuando os até a la cama.

—Solo te perdono porque eres mi primo.

—Y porque la detective era guapa. —Me guiñó un ojo—. ¿Pasó algo entre vosotros?

—Estábamos atados, ¿lo recuerdas?

—Bueno, lo intenté... —Se encogió de hombros.

—No quiero que me vuelvas a hacer eso. Yo no me meto en tus asuntos. Y sabes que no estoy de acuerdo con lo que haces con Freya. Es una buena chica.

—Lo sé, por eso intento mantenerla al margen.

—La traes contigo al bar. Los clientes la miran con deseo y...

—Y es la hija de Damien. Nadie quiere acercarse a ella, nadie quiere ser su amigo. Nos tiene solo a nosotros, pero entiendo que esto no es bueno para ella. Es solo una niña.

—Es una jovencita que pasa demasiado tiempo encerrada en la oficina de su papi. El accidente de moto que tuvo el año pasado nos asustó a todos.

—Una moto que se la compré yo por su dieciocho cumpleaños. Todo pasó por mi culpa.

—Fue un accidente, deja de culparte. Tienes suerte de que Damien no se haya enterado. El todavía piensa que la moto se la compró ella con dinero robado.

—Es mejor así. Ya se encargó de asegurarme que si algo llega a pasar entre nosotros, será mi hermana quien lo pague. Freya me mira con ojos buenos y no me lo merezco. Estoy jodido y lo sabes. No la quiero cerca, pero tampoco lejos. Siento que es mi deber protegerla y liberarla de su padre.

—Damien nos tiene con las manos atadas.

—Deberíamos encontrar una solución. Ayer Hansen me dijo que conoce a un agente del FBI que le debe un favor.

—No podemos confiar en nadie. Damien tiene informadores en todas

partes.

Escuché pasos acercándose y giré la cabeza.

—¿Habéis hecho las paces? —Jasper nos miraba con atención—. Sarah está preocupada.

—Sí, estamos bien.

Colin palmeó mi hombro y se alejó.

—Vamos a comer —dije—. Tengo que contarte algo.

## CAPÍTULO 7

El sonido del teléfono me sacó de mi sesión de aislamiento en la oficina oculta de mi bar, *Tormented Soul*.

—Necesito tu ayuda. Sal fuera ahora mismo —gruñó Jasper—. Me dejaste solo para lidiar con estos capullos.

—No seas llorica, son inofensivos.

—Me miran mal y me ha parecido ver a uno de ellos guiñarme un ojo.

—Oh, por Dios. No se te puede dejar solo ni un minuto. No soy tu niñera, llama a Colin.

—Se fue a comprar un regalo para su hermana. Por favor, tío. Sabes que odio las peleas.

—Voy. No hagas ninguna tontería y mantén esa boca cerrada.

Cerré el portátil y me puse de pie. El bar se había convertido en el dueño de nuestro tiempo y era como un imán para los problemas. Sin embargo, lo necesitábamos para ocultar lo que hacíamos en realidad. La clientela hablaba y la fama del bar llegaba hasta los oídos de los más buscados traficantes de drogas y criminales. Empujé la pesada puerta de madera y salí al pasillo.

El olor a humo de cigarrillos viejos y la música heavy, complementaban aquel lugar tan importante para mí. Los fines de semana venía una banda para tocar en el pequeño escenario que había al lado de la puerta principal. No eran muy conocidos pero a los clientes les encantaban.

En la parte de atrás, alrededor de dos mesas de billar, había una pared con fotografías de las bandas más temibles de Texas. Los veteranos que pasaban por allí, dejaban sus autógrafos e incluso parches con el logo del motoclub. También algunos lobos solitarios se animaron a dejar sus chalecos moteros. El bar era mi pasatiempo favorito, me recordaba en cierto modo a mi

padre y a los viejos tiempos.

Me sentía cansado, no había dejado de pensar en esa mujercita. Desde que me enteré de que era la detective que nos quería encerrar, investigué todos los casos que llevaban su firma. Como la agencia trabajaba con la policía, teníamos acceso a todos los ficheros secretos. Me preocupaba el hecho de que fuera tan buena en su trabajo y que incluso, llegar a ser premiada con la medalla al mérito policial.

Me apoyé contra el final de la barra y miré con diversión a Jasper. Estaba rodeado por los miembros de *Black Crowes*. La mayoría de ellos eran rockeros y tenían una pinta espantosa. Eran problemáticas y suponían una gran amenaza para el condado de Texas.

Sin embargo, habíamos llegado a un trato con ellos. Dejarían de cruzar el estado por la carretera trescientos setenta y siete si los dejábamos pasar el tiempo en nuestro bar. Así los teníamos controlados y sabíamos si planeaban algún robo o asesinato.

Jasper giró la cabeza y se puso de pie. Justo en ese momento, Shade lo agarró por el hombro.

—Ni se te ocurra. Tú te quedas aquí.

—Suéltalo. —Caminé hasta allí y aparté su mano—. No es más que un crío.

—¿En serio? ¿Y tú eres su padre, Austin? No recuerdo haberte visto con una mujer desde... Mmm, ¿cómo se llamaba? Annie, ¿verdad?

—No la menciones —gruñí—. Que fuéramos amigos hace años, no te da la libertad de hablarme con tanta prepotencia.

—Entonces, siéntate. Tenemos que hablar de los *Skulls*. Han vuelto a matar en mi territorio.

—¿Qué mierda os pasa con el territorio? No es ni tuyo ni de nadie. Todo el mundo tiene derecho a estar donde le dé la gana.

Me callé al darme cuenta de que todas las miradas habían recaído sobre mí. Y no eran miradas de amor precisamente.

—Escucha, eso no es asunto tuyo. Y creo que los dos queremos lo mismo. Yo no os quiero ver merodeando por mis calles o robando a la gente, y supongo que tú no nos quieres cruzando el condado por tu carretera.

—No es mi carretera.

—Todos saben que está vigilada por los *Free Souls*, además los rumores me dan la razón.

—¿Rumores?

—No sé qué trato habéis hecho con los policías y no quiero problemas con vosotros. Me gusta pasar el rato en este bar.

—Tengo que reconocer que hasta ahora no hubo ningún problema. —Los miré con detenimiento—. Los únicos que molestan a los ciudadanos de Forth Worth son los *Skulls*.

La puerta del bar se abrió de golpe y giré la cabeza. Apreté los puños cuando vi a Roy, el cabecilla de los *Skulls*. Tenían prohibido entrar en mi bar, sin embargo, eso no les importaba. Me puse de pie y él sonrió.

—Austin... —Se quitó los guantes de piel—. Que placer estar aquí.

—¿Qué mierda haces? Sabes que no quiero verte en mi bar. Molestas a los clientes.

—¿A esos los llamas clientes? —Miró en dirección a los *Black Crows*.

Shade se puso de pie y apretó los puños. Lo miró como si fuera a matarlo, y conocía muy bien esa mirada. Era la de un asesino a sangre fría que te estaba advirtiéndote que no deberías de meterte con él. Fuimos compañeros en Afganistán durante un año y más de una vez lo vi matando. Tuvo una reputación impecable y obedeció los órdenes sin rechistar. Sin embargo, mataba con crueldad.

—Chicos. —Los miré con detenimiento—. Tranquilos. No quiero peleas.



—Yo tampoco quiero —dijo Roy. Se acercó a la barra y señaló una botella de whisky escocés—. Quiero tomar una copa contigo. Tenemos que hablar y llevarnos bien. Tu jefe y yo hemos hecho un trato.

—¿Qué trato? Te recuerdo que nosotros tenemos uno y no lo cumples.

Le hice señas a Jasper para que llenara dos vasos con whisky.

—No lo hago porque no puedes prohibirme cruzar por aquí. No es tu territorio —bramó.

Jasper empujó los vasos y se quedó mirándonos con atención.

—No es mío, pero este bar lo es, y no te quiero aquí. —Golpeé la barra con el puño.

—Tranquilo, joder. Solo quiero recuperar lo que es mío. Desde que aparecisteis vosotros por aquí y montasteis este maldito bar, he perdido territorio.

Sus ojos eran tan oscuros que parecían negros y sus labios estaban apretados en una fina línea.

—Esta carretera no es de nadie, ¿cuántas veces tengo que repetirlo?

—Austin... —chasqueó la lengua—. Tienes un jefe que no piensa lo mismo.

—Me importa una mierda lo que hayas hablado con Damien. Aquí mando yo y quiero que te largues.

Vi por el rabillo del ojo como Shade se ponía de pie. Los demás también nos miraban y sabía que si seguía levantando el tono, podría desatarse una pelea. Y estaba más que seguro de que ninguno de los que estaban allí querrían perdérsela.

—Tranquilo que ya me voy. —Se tomó el chupito de un trago y se inclinó hacia delante—. Acabaré contigo, Austin. Solo debo tener un poco de paciencia.

Se dio la vuelta y abandonó el bar, sonriendo como el engreído que era.

—¿Qué mierda pasa, Austin? —Shade se acercó y me miró fijamente—. Pensé que tenías un trato con ese tipo. Voy a dejar de venir por aquí.

—Y así es, por lo menos hasta donde yo sé. Roy hizo un trato con Damien, pero está claro que algo ha cambiado. Tendré que hablar con él. —Apreté los puños.

—Arregla esta mierda si no quieres guerra.

Se acercó a la barra y pagó la consumición. Luego hizo señas a sus compañeros y abandonaron el bar.

Shade tenía razón. Si las cosas no volvían a su cauce, empezaría una guerra, o más bien, volvería a empezar esa guerra que parecía no tener fin. Si tomé la decisión de abrir el bar, no fue por necesidad ni obligación, sino porque quería tener aquella situación controlada y evitar que Foth Worth viviera con miedo. Cuando había empezado a trabajar con Damien, las calles estaban desiertas. Todos temían a los motoristas, pero yo había conseguido cambiar todo eso. Si algo respetaban esos hombres era cumplir con su palabra, algo de lo que yo me había aprovechado: Sabía que si hacía un trato con ellos, jamás lo incumplirían y eso, unido a las redadas por las noches, habían traído un poco de la paz que tanto buscaban los habitantes de Forth Worth. No obstante, los *Skulls* seguían aterrorizando el condado entero de Texas. Y no quería ni pensar en el motivo por el que habían llegado a romper el trato que tanto respetaban.

—Esto complica las cosas.

Jasper tiró el trapo encima de la barra y limpió el sudor de su frente con el dorso de su mano.

—Tengo que hablar con Damien. Ese hijo de puta no controla mi bar —gruñí.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Esto es entre él y yo. No quiero causarte problemas.

Él parpadeó ante mí por un segundo y se limpió las manos en el paño para limpiar la barra.

—Entendido. Cuidaré del bar por ti.

Asentí con la cabeza y miré a mi alrededor. Era un viernes por la noche y el bar estaba bastante lleno. Lo bueno que tenía, era que las mujeres no se atrevían a entrar, solo venía la novia de Shade y alguna de las chicas que salían con mi primo.

No tenía nada en contra de las mujeres, pero prefería que no estuvieran en mi bar. Solo traían problemas y conflictos entre bandas. La vida era menos complicada sin ellas, conclusión a la que me había costado llegar.

## CAPÍTULO 8

Entré en la oficina de Damien y pateé la silla que había delante de su escritorio sin temer a las consecuencias que eso podía traerme.

—¿Me quieres explicar por qué tengo que lidiar con los Skulls? Roy me aseguró que habéis hecho un nuevo trato.

—Veamos... —Se puso de pie y se acercó a mí. Me miró a los ojos y sacó su pistola—. ¿Dónde están tus modales, Austin?

—Estoy enfadado y no tengo tiempo para tonterías. Guarda el arma y dame las respuestas que necesito.

—Muy bien. Siéntate. —Señaló la silla con la pistola—. Lo que tengo que decirte no te va a gustar, pero me importa una mierda. Trabajas para mí, no lo olvides.

—¿De qué coño estás hablando?

Arrastré la silla y me senté de mala gana.

—Ayer estuvo aquí alguien del FBI y siento comunicarte que estamos obligados a colaborar con ellos en el caso de los *Skulls*. Tu bar puede ser la clave para averiguar lo que están tramando. No dudaron en matar en el territorio de los Crows para empezar una guerra. Creemos que quieren acabar con todas las bandas de motoristas para hacerse con el control de las carreteras y para ellos, acabar, significa matar.

—Esto es de locos. No voy a permitirlo.

—Sabía que dirías eso y por ese motivo, he pensado que lo mejor es tener un detective como infiltrado. Tú te encargarás de que pase desapercibido.

—No lo quiero en mi bar, puede llamar la atención y si eso pasa, seré yo quién tenga serios problemas —carraspeé—. Esto es peligroso y puede acabar

muy mal.

—Lo siento, pero no tienes elección. Ni tú ni yo. A pesar de los últimos casos que resolvimos para la policía, no podemos tapar lo que pasó hace dos años.

—Te dije que no fuimos nosotros.

—Colin mató a dos hombres. —Golpeó el escritorio con la pistola—. La policía ocultó las pruebas, pero hay testigos.

—Fue en defensa propia. Esos dos hombres se abalanzaron sobre él y...

—Escucha, sé que es tu primo. Pero tienes que reconocer que a veces pierde los papeles y se vuelve loco. —Realmente tenía razón pero como bien acababa de decir, era mi primo, y no pensaba reconocer su error frente a él.

—Todo esto es culpa de la agencia, tu culpa. Nos amenazaste con matar a nuestras familias si no aceptábamos este trabajo.

—Nadie quiere trabajar para la agencia y lo sabes. De alguna manera hay reclutar buenos trabajadores como tú. Mañana vendrá el detective y no quiero problemas, o me veré obligado a cerrar el bar.

Odiaba sentirme atado de pies y manos. Damien era la única persona que lo conseguía y por eso le odiaba cada vez que me imponía sus órdenes. Si yo fuera él jefe de una agencia como esa haría las cosas de una forma muy diferente, sin amenazar a nadie y sin poner vidas de por medio.

—El bar es mío. Lo he comprado con mi dinero. —Apreté los puños, intentando disimular lo irritado que estaba. Ejercía un control total sobre mi vida y yo lo sabía.

—Sabes que puedo hacerlo, deja de protestar y haz tu trabajo. Sé que piensas que puedes retarme porque no tienes familia a la que pueda matar, pero no te equivoques. Quieres mucho a tus amigos y a tu primo... No querrás que nada malo les pase, ¿verdad?

—¡Maldito hijo de puta! ¿No tienes suficiente con retenernos aquí? ¿Qué

más quieres?

—Quiero que hagas tu trabajo y quiero quitarme al F.B.I. de encima.

—Voy a encontrar la forma de salir de esto y no dudes que me llevaré a mis amigos conmigo. No entiendo como todos sus empleados te soportan durante tanto tiempo.

—Porque no tienen elección, Austin. Igual que tú. Si intentas cumplir con tu amenaza acabaré contigo pero antes verás morir a todas las personas que quieres. Ten cuidado.

—Maldito... —gruñí. Me prometí a mi mismo encontrar una escapatoria y mantenernos a todos a salvo.

—Mañana vendrá el detective y quiero que os llevéis bien. Lo llevarás contigo a las redadas. Por lo que tengo entendido, no sabe montar en moto.

—¿Algo más? Además de todo, ¿ahora tengo que trabajar de niñera? Ni lo sueñes.

—Si algo le pasa, te vas a arrepentir.

—Tranquilo, lo vigilaré. Y otra cosa, no quiero que metas tus narices en los asuntos de mi bar. Hago todo tu trabajo sucio, pero el bar es mío. ¿Entendido?

—Perfectamente. —Levantó las manos en el aire—. No quiero perderte. Eres el mejor de todos. Ninguno de mis hombres piensa antes de actuar, son todos idiotas. Y qué decir de tus amigos, que siempre me traen problemas. Todos sabemos que Jasper se fía de todo el mundo y Colin, ¿qué decir de él? Es un loco sin remedio.

Odiaba que nos conociera de esa manera. Nos tenía atados de pies y manos.

—Entonces mantente lejos de nosotros —advertí.

—Puedes irte, y llévate ese monstruo que tienes por moto de aquí. Sabes que a mi hija le gusta y no quiero más problemas. No quiero pasar otra vez por

lo mismo. Estuvo a punto de morir.

—Freya quiere una igual y deberías comprársela. Sacrifica su tiempo para mantener tus cuentas al día. El accidente lo tiene más que superado.

—No te metas en mi vida, Austin. Sé perfectamente cómo tratar a mi hija. No obstante, quiero que le prohíbas la entrada en tu bar. Se junta con gente que no le conviene.

—Tu hija sale con Colin. Deberías de hablar con él. —Ese comentario era mi pequeña venganza personal después de toda aquella conversación en la que el claro perdedor había sido yo. El hecho de que alguno de nosotros estuviera cerca de Freya le alteraba y le ponía nervioso. De hecho, creía que era el único tema que conseguía sacarle de sus casillas.

—Me prometió que no la iba a tocar. Si le pone un dedo encima, me cargaré a su hermana. Ya la tengo vigilada.

—¡Eres un hijo de puta! —Golpeé el escritorio con mi puño.

—¡Fuera de aquí! No vengas más si no te llamo.

Avancé hacia la puerta y cerré dando un portazo. El ruido se clavó como un cuchillo en mi cabeza, pero no me importó. El intenso odio que sentía por Damien era como el veneno, se me colaba por las venas y recorría todo mi cuerpo, consiguiendo revolverme el estómago.

Salí al estacionamiento y me encontré a Freya sentada en mi moto. Tenía los ojos cerrados y tarareaba una canción.

—Freya...

Ella abrió los ojos y me sonrió con dulzura. Sacudió la cabeza y sus rizos rubios bailaron encima de sus hombros desnudos. Me dedicó una mirada rápida y se bajó con cuidado. Acarició el cuero del asiento con sus largos dedos y suspiró.

—Me encanta esta Harley. Tiene el frontal de una springer y algunos detalles de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no es un clásico, tiene el

chasis camuflado y uno de los últimos motores twin cam con caja de seis marchas.

—Que sepas tanto sobre esto resulta muy sexy, pequeña. Si sigues hablando así, me enamoraré.

—Ay, calla. Nada de amor. —Se echó a reír—. Tengo solo dieciocho años.

—Sabes que si fuera por mí, te compraría otra igual.

—Gracias. —Se aferró a mi brazo—. Me quieres mucho... —suspiró dolorosamente—. Y no me lo merezco. Mi padre te hizo mucho daño, y no solo a ti.

—Me importa una mierda lo que haya hecho tu padre. No deberían precederte sus actos —Levanté su mentón—. Eres la chica más dulce y más tierna que conozco. Estoy seguro de que te pareces a tu madre.

—Colin piensa lo mismo. Por cierto, ¿sabes algo de él?

—No, ¿por qué?

—Llevo días sin verlo. Está molesto conmigo y no sé por qué.

—Colin es así. Vendrá por aquí cuando menos te lo esperes.

—¿Puedo irme contigo? —Me miró esperanzada.

—Lo siento pequeña. Pero sin Colin tú no puedes entrar en mi bar. La última vez que te permití la entrada, la noche terminó con una brutal pelea.

—Quiero ir... Por favor... —casi suplicaba. Yo no era él único que quería librarme de su padre. Ni su propia familia podía soportarlo.

—Freya. Eres una chica muy guapa y llamativa. Ya sabes que mi bar solo lo frecuentan hombres rudos, bastante verdes y malos. Allí no estás segura.

—Jasper cuidará de mí, estoy segura de que no le importará. Por favor, aquí me aburro. Mi padre no me deja salir.

—Lo siento, pero no quiero problemas con tu padre.

—¡Lo odio! —Se soltó y se llevó las manos al pecho—. Quiero irme de



aquí, quiero irme lejos.

Empezó a llorar y mi garganta se secó al instante. Odiaba verla así, y odiaba sentirme con las manos atadas. Quería ayudarla, pero no podía. Damien nos tenía a los tres amenazados de muerte.

Me acerqué despacio y la abracé, sintiendo que era el único consuelo que podía darme por el momento.

—Gracias —dijo ella. Me sorprendió su voz, siempre fuerte y tentadora a pesar de todo. Ahora era un susurro apenas audible.

Temblaba y me apretaba con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca. Un sentimiento desconocido inundó mi corazón y juré en silencio que la protegería mientras estuviera vivo.

—Hablaré con Colin. —La miré a los ojos y le sonreí. Sabía que no debía contarle nada pero necesitaba calmar su angustia—. Tenemos una sorpresa para ti. Vamos a llevarte a una fiesta.

—¿De verdad? —Abrió los ojos de par en par por la alegría.

—Ni una palabra a tu padre. Es el cumpleaños de Sarah.

—Quiero ir. La echo mucho de menos.

—Colin vendrá a por ti. A la misma hora. —La miré directamente a los ojos procurando sonreír.

—¿Qué haría yo sin vosotros?

—Estás metida en esta situación sin salida igual que nosotros. Pronto terminará todo y te llevaremos lejos de tu padre.

—Gracias, Austin. Eres el mejor.

—Colin también lo es, solo hay que tener un poco de paciencia con él. Se culpa por el accidente y por tratarte mal cuando todo empezó.

—No fue su culpa, debí hacerle caso. Pero estaba tan ilusionada con la moto...

—Pequeña, lo entiendo. Solo que es muy impulsivo y difícil de controlar.

Sin embargo, parece que su hermana y tú tenéis la capacidad de hacerlo. Cuando está contigo, sonrío y cuando está con Sarah, se comporta bien.

—No quiero dejarlo solo, lo quiero mucho. Algún día le pasará algo, hará alguna tontería y...

—Ey, ven aquí. —La abracé de nuevo y besé su frente—. Cuando no está contigo, está con nosotros. Es mi primo y debo cuidar de él.



Salió el último cliente del club y miré la hora en mi reloj de pulsera. Era muy tarde y el cansancio ya se estaba apoderando de mí.

—Vete al apartamento, Austin —murmuró Colin mientras limpiaba una de las mesas—. No quiero que te quedes a dormir aquí otra vez. No es vida para tí.

—¿Y cómo debería ser mi vida? Si ni siquiera tengo en control sobre ella, Damien...

—Primo... —Se acercó y apoyó sus brazos en la barra—. Los tres estamos en una situación sin salida, pero la vida sigue adelante.

—No me des lecciones de vida —gruñí.

—Está bien.

—Hay algo que deberías saber —relajé mi tono de voz. Él no tenía la culpa.

—Dime.

—Vamos a tener a un detective como infiltrado en el bar. El FBI está investigando a los *Skulls* y al parecer, Damien está obligado a colaborar.

Entrecerró los ojos pensativo, antes de hablar.

—Y por lo que veo, nosotros también lo estamos. ¿Olvidas que tienen

pruebas contra mí? Esto me huele mal. —Se apartó de mí, pasando sus dedos por el cabello.

—Tranquilo, no creo que se trate de ti. Aún así, debemos permanecer con los ojos bien abiertos.

—Tenemos que avisar a Jasper. Sabes que no deja a nadie entrar detrás de la barra.

—Hablaré con él esta noche.

—¿Cuándo viene el detective?

—Mañana. Y por si fuera poco, Damien quiere que lo llevemos a todas partes.

—¿Y qué hacemos con el cumpleaños de mi hermana?

Su mandíbula estaba cerrada y sus músculos tensos.

—Pues, llevaremos a ese detective con nosotros. Pero no le diremos que es el cumpleaños de tu hermana, sino el de una buena amiga.

—No lo sé, también estará Freya.

—Sabes que ella nunca le diría nada a su padre. Por cierto, preguntó por ti.

—Amo a esa chiquilla, pero debo mantenerla al margen de todo esto. Es muy joven y tiene toda una vida por delante. Nosotros somos una mala influencia para ella.

—Eres su alegría. Sabes que Damien la tiene prácticamente encerrada en esa oficina.

—Lo sé, pero es mejor así. Al menos allí está segura. —Su rostro recuperó su dureza.

—Solo te pido que no le hagas daño. Está muy ilusionada contigo.

—Por eso no la quiero cerca. Podría acabar en prisión por lo que pasó, por lo que hice y no quiero hacerla sufrir. Me confesó que está enamorada de mí y esto no puede pasar. Tiene tan solo dieciocho años.

—Y tú veintitrés. No veo el problema.

—Que tu no lo veas, no significa que no lo haya. Su padre me odia y yo a él. Créeme que si tengo la oportunidad de acabar con su vida, lo haré. Y no creo que a Freya le haga mucha ilusión salir con el asesino de su padre.

—Tu rencor hacia Damien está justificado, yo también lo odio. Pero no puedes matarlo, esa no es la solución. Si hiciéramos eso, nos convertiríamos en alguien como él. Hay que pensar en otra forma de librarnos de él.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas?

Jasper se paró detrás de nosotros. Colocó una mano en mi hombro y apretó ligeramente.

—Estoy intentando convencer a Austin para que se vaya al apartamento, necesita descansar.

—Yo creo que no quiere ir porque le ha quedado un trauma, tiene miedo a levantarse mañana atado a la cama —.Ambos se rieron de la broma—. Por cierto, he cambiado el colchón agujereado. Menos mal que la chica no tenía mala puntería. Ahora estarías ingresado en el hospital. —Se echó a reír de nuevo.

—Deja de hacer bromas —gruñí—. No quiero recordar a esa mujercita. Aunque nunca lo admitiría, en lo más profundo de mi mente se revivía la imagen de sus piernas.

—Está bien, pero ven al apartamento con nosotros.

Después de varios segundos, negué con la cabeza.

—Esta noche no. Necesito estar solo.

## CAPÍTULO 9

Me levanté de la cama abriendo de par en par la boca y dejando salir un sonoro bostezo. Tal vez no había descansado lo suficiente, pero las horas de sueño me habían dado fuerzas. Eché un vistazo al reloj despertador y maldije en voz alta. Eran más de las diez de la mañana y a esa hora ya debería haber abierto el bar. Me arrepentía de haberme quedado hasta tan tarde la noche anterior, Colin había insistido en tomar unas cervezas y creí que me vendría bien.

Las voces y la música provenientes de la sala contigua, me hicieron volver a la realidad. Sin molestarme en ponerme una camisa, abandoné la habitación para comprobar que nadie había entrado sin mi permiso. Cuando llegué al final del pasillo, empujé la pesada puerta de madera y pasé en al interior. Una bocanada de humo se introdujo en mi garganta, provocándome un ataque de tos y consiguiendo que mis ojos se llenaran de lágrimas. Y todo a causa del humo del tabaco que invadía el local, en ese momento, con él aforo completo.

Supuse que Jasper, al darse cuenta de que me había quedado dormido, había decidido abrir el bar por mí. La noche anterior se había quedado preocupado por mi cansancio y no habría querido despertarme.

De pie, junto a la barra, examiné la estancia intentando encontrarlo entre las mesas. Miré con más detenimiento a los clientes hasta que de pronto mi vista se detuvo en la puerta de la entrada. Me pregunté quién sería esa mujer que se había atrevido a visitar mi bar. La presencia de aquella desconocida le había causado a todos mis clientes una fuerte impresión. Estaba de espaldas y hablaba con Jasper. Llevaba una camisa rosa de seda y una falda blanca que hacía resaltar sus piernas bronceadas.

Todos la miraban embelesados y no podía culparlos; era muy bonita.

Y ese era justo el motivo por el que esa mujer no debía estar allí. Ya había presenciado muchas peleas en mi bar a causa de una mujer. Me encaminé hacia allí dando grandes zancadas y esquivando las mesas que se interponían en mi camino. Me paré detrás de Jasper y me crucé de brazos.

—¿Se puede saber qué mierda hace esta mujer en mi bar?

Él giró la cabeza y me miró con asombro. Abrió la boca para contestar, pero la mujer colocó una mano en su brazo y apretó con fuerza.

—¿Qué haces? —graznó Jasper y la miró con el ceño fruncido.

—Déjanos solos —dijo ella con firmeza.

—No pienso hacerlo, no quiero problemas.

—¡Ahora!

Tragué saliva y dejé caer mis brazos hacia abajo. Esa mujer se había atrevido a levantar el tono dentro de un bar lleno de hombres malhumorados y con pocos modales. Solo había dos opciones: O era muy valiente, o buscaba problemas por algún motivo que no lograría entender.

—Hazle caso a la dama, Jasper —dije intentando demostrar una tranquilidad que no sentía—. Me encargo yo de sacarla fuera.

—Pero... —Apretó los labios.

—Jasper —gruñí—. Atiende a los clientes.

Él asintió con la cabeza y nos dejó solos, no sin esfuerzo.

Tomé una bocanada de aire y el perfume de esa mujer se coló en mis pulmones. Por un instante, el rostro de aquella detective que me había dejado atado a la cama apareció delante de mis ojos. Ella usaba la misma fragancia y el hecho de haberla recordado, me retorció el estómago.

De pronto, reconocí algo familiar en la mujer que estaba de espaldas delante de mí, aunque no supe señalar qué. Aquel olor y aquel cuerpo tan tentador me impedían concentrarme.

Con la barbilla alzada en un gesto de firme decisión, agarré el brazo de la mujer y la hice girar sobre sí misma, de forma que quedamos el uno enfrente del otro.

—¿Tú? ¿Cómo te atreves? Eres una sinvergüenza...

—¿Quieres tranquilizarte? No es lo que tú crees.

—¿No estás aquí para detenerme? Vaya, ¿por qué no me lo creo?

—Baja la voz, Austin. O te arrepentirás —pronunció sus palabras con tranquilidad, como si no acabara de amenazarme.

—No me digas, Kate. ¿O debería llamarte Katherine? Te recuerdo que fuiste tú quien me dejó atado a la cama y...

—¿Podemos hablar en privado? —Miró por encima de mi hombro—. Todos me miran raro.

—Es porque en este bar no entran mujeres. Solo las que están acompañadas por hombres.

—Pues estoy contigo ahora.

—¿Por qué no te largas? No quiero problemas y además... No tienes pruebas para detenernos. No pintas nada aquí. ¿O viniste a pedirme perdón?

—Sabía que esto era una mala idea. Pero no estaría aquí si no fuera importante.

Ella me miró con dureza pero ruborizada. Me di cuenta de que no llevaba camiseta y supuse que mi desnudez la incomodaba.

—Mejor nos vamos a mi oficina. No quiero que mis clientes se enteren de que eres una maldita poli.

Ella asintió con la cabeza y bajó la mirada.

Le señalé el camino y ella se alejó de mí como si mi presencia le quemase. Mis ojos bajaron a su trasero y se quedaron allí hasta que alguien se colocó delante de mí.

—Tu mujer está cañón, Austin —dijo Roy, el cabecilla de los *Skulls*—.

¿Dónde la encontraste?

—A ti no te incumbe y no es mi mujer.

Kate se había parado en el medio del camino y nos miraba con atención.

—Estás con ella y en este bar solo pueden entrar mujeres acompañadas, ¿o me equivoco? —Le guiñó un ojo a Kate.

—No, no te equivocas —admití de mala gana.

—Pues deberías presentarla, ¿dónde están tus modales?

—No tengo tiempo para escuchar tus tonterías, ¿quieres algo? Si no, quítate de mi vista. —Apreté los puños y rechiné los dientes, intentando calmar mi frustración.

—Nada, era solo esto.

Apreté la mandíbula con fuerza y pasé por su lado, golpeándole el hombro. Llegué al lado de Kate y la agarré por el brazo. Ella me miró con los ojos muy abiertos y dejó escapar un pesado suspiro.

—Hombres...

Tiré de su brazo y me la llevé conmigo a mi oficina. En cuanto cerré la puerta, me di cuenta de que la estancia estaba hecha un desastre. Las sábanas tiradas por el suelo, botellas vacías al lado de la cama que hacían que un olor a alcohol bailase en el aire.

—Suelta mi brazo ahora mismo.

El tono arrogante y autoritario con el que habló, me irritó.

—No voy a soltarte. Hazte a la idea.

—Estás loco si piensas que voy a tolerar tu mal comportamiento. — Entrecerró los ojos y miró a su alrededor—. ¿Qué es este olor?

—¿Qué mierda haces aquí?

Tiré con fuerza de su brazo y la arrastré conmigo hasta la cama. Abrí el primer cajón y tomé un par de esposas. Con movimientos ágiles, la esposé al cabecero de la cama.



—¡Idiota! Suéltame ahora mismo o voy a empezar a chillar. —Su voz sonaba amenazante, estaba claro que no la gustaba que la llevaran la contraria.

Me quedé de piedra pero solo por un momento. Ella parecía una persona muy obstinada y dispuesta a pelear. Se veía malditamente bonita y eso me molestaba. No me había sentido así desde hacía mucho tiempo.

—Hazlo, nadie vendrá a socorrerte.

—¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Me vas a dejar así? —Me sostuvo la mirada.

—Sí, a ver como te apañas para salir de aquí.

Hice un esfuerzo para apartar la mirada de sus labios apretados y me encontré con sus ojos; me enfureció que tuvieran ese efecto en mí.

Me alejé y me agaché para coger mi camiseta del suelo. Estaba arrugada y olía a tabaco, pero me la puse igual.

—¡Serás idiota! —Tiró con fuerza de las muñecas atadas.

—Si escucho esa palabra una vez más, te dejaré encerrada aquí todo el día.

Mis palabras la hicieron reaccionar y torció los labios con disgusto.

—Esto es secuestro.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Detenerme? Hazlo, estaré en la calle al día siguiente y vendré a por ti.

Cerré el puño de la mano derecha y volví a levantar la vista hacia ella.

—¿A ti qué te pasa? ¿Odias a las mujeres?

La fulminé con la mirada y hablé sin pensar.

—Te odio a ti. Eres la mujer más superficial que he visto en mi vida. Me extraña que seas policía.

Parpadeó varias veces y retrocedió. Se sentó en el borde de la cama y desvió la mirada. Dudó un instante antes de responder y algo en su reacción me hizo arrepentirme de haberle hablado de tan malas formas.

—Te he dicho que no soy... Yo... Déjame sola —susurró.

—Cómo deseas. Tengo asuntos que atender. Vendré a liberarte cuando tenga un hueco.

Ella no dijo nada, solo miraba al suelo fijamente; como si intentara hacer un agujero con los ojos y esconderse debajo de las baldosas para siempre.

Nunca pensé que iba a volver a verla y nunca imaginé que alguna vez tendría la oportunidad de castigarla por haberme dejado atado a la cama. Se lo merecía.

Me di la vuelta y salí de la habitación.

Caminé por el pasillo apurado, como si quisiera huir de allí. Parte de mí quería dar la vuelta y desatarla. No acostumbraba a tratar mal a las mujeres pero necesitaba hacerla pagar por lo que me había hecho.

Empujé la pesada puerta de madera y me topé con Jasper.

—¿Dónde está? —Miró por encima de mi hombro.

—¿Quién?

Pasé por su lado y él me agarró por el brazo.

—Mira, sé que ella no te cae bien.

—Me cae fatal. Me dejó tirado y todo porque está empeñada en detenernos. No somos culpables de nada. Y lo de Colin fue en defensa propia.

—Entiendo, pero ella es una Oficial. No puedes tratarla así —espetó.

—¿Así cómo? Está recibiendo su propia medicina. —Le sostuve la mirada.

—Pareces un niño. Para esto, por favor. Hay algo que deberías saber. —Habló con lentitud, midiendo sus palabras.

—No te metas en mis asuntos.

—Esto nos afecta a los tres.

—Hey, ¿qué pasa aquí? —Colin se cruzó de brazos y nos miró con atención—. Hay clientes esperando a ser atendidos.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Jasper—. Vino el detective y Austin lo tiene encerrado en su oficina.

—Espera, ¿qué? —Me quedé inmóvil, totalmente estupefacto—. Querrás decir la detective.

—El detective es ella. La enviaron a ella —respondió dejándome las cosas claras. Relajó sus hombros de inmediato, como si soltar esas palabras le hubiese quitado un gran peso de encima.

—No me jodas. ¿Y me lo dices ahora?

Gruñí molesto. Eso significaba problemas, pero no estaba dispuesto a rendirme. La venganza tenía un sabor muy dulce y la necesitaba para quitarme yo también un peso de encima.

—Es que no me dejas hablar.

—¿Alguien me quiere explicar qué pasa aquí? —preguntó Colin. Sus ojos se entrecerraron, esperando una respuesta.

—El detective infiltrado es Katherine West.

—¡Joder! ¿Y dónde está? —preguntó, un poco aterrorizado—. ¿Y si quiere detenerme por haberla atado?

—Recibiendo una lección. No quiero que os acerquéis a mi oficina. Ella se quedará allí —ordené.

—Austin, esto no me gusta. Es una mujer...

—Sé que tienes debilidad por las mujeres, Jasper —gruñí—. Pero no vas a meterte en mis asuntos.

—Y más sin son guapas. —Me guiñó un ojo.

—Sí que es guapa. —Colin lo miró de reojo.

—Es preciosa y tiene unas piernas de infarto.

—¡Suficiente! A trabajar.

La única forma de controlar la situación era fingiendo indiferencia y frialdad. No podía reconocer frente a ellos ni frente a nadie, que yo también

me había fijado en su belleza.

## CAPÍTULO 10

Me alejé de la barra, caminé alrededor del extremo opuesto, abierto por la parte delantera y me paré al lado de Jasper.

—¿Qué mierda haces? —En ese momento no podía ver mi expresión, pero estaba seguro de que si me ponía frente a un espejo, estaría expresando escepticismo—. ¿Para quién es la botella de agua y el sándwich? Si es para esa mujercita, olvídale.

—Mira, estoy harto de tus berrinches. Kate lleva cuatro horas encerrada en tu oficina.

—¿Y a ti qué te importa? Se lo merece.

—Estás siendo injusto. Te recuerdo que fue Colin quien os dejó atados a la cama.

—Jasper...

—¿Dónde está?

Damien cruzó el pasillo y se paró delante de mí.

—¿Qué haces aquí? —gruñí molesto—. Parece que hoy todos están dispuestos a darme órdenes

—Quiero hablar con el detective. Me llamaron del FBI y quieren saber si todo está bien. Por lo visto la persona que enviaron no responde a sus llamadas.

—Ahora mismo la traigo —dijo Jasper y se acercó a mí—. Necesito las llaves para liberarla —susurró y estiró la mano, esperando que se las entregase.

Metí la mano dentro del bolsillo de mi pantalón y se las di.

—¿Es una mujer? No me jodas. —Damien se echó a reír—. Esto va a ser divertido.

—Mira, hablas con ella y luego te largas. No quiero que mis clientes empiecen a atar cabos.

—Hecho.

Dio la vuelta y se acercó a la barra. Se sentó en uno de los taburetes libres y sacó un paquete de cigarrillos.

Una idea fugaz se asomó por mi mente: agarrarlo por el cuello y apretar con fuerza para asustarlo; pero de inmediato deseché la idea por una simple razón. No estábamos solos.

La puerta trasera se abrió y la vi. Avanzaba hacia nosotros dando pequeños pasos pero con una gran sonrisa en su rostro. Una sola mirada y haberlos visto hablando hacía unas horas, eran pruebas irrefutables de que había hecho buenas migas con Jasper. Estaba celoso, pero no quería reconocerlo. Nadie podía darse cuenta de que había fantaseado con ella. Me gustaba, pero al mismo tiempo le guardaba rencor.

Odiaba a la detective, pero no a la mujer.

Me fascinaba recordarla contrariada como esa noche en mi cuarto, negándose a sí misma que le agradaba flirtear conmigo. Tal vez me estaba haciendo una idea errada, tal vez ella tenía razón cuando decía que yo era un idiota; sin embargo, mi intuición me decía que en el fondo Kate también estaba pensando en mí.

Llegó a mi lado y dejó de sonreír. Tomó mi mano izquierda y depositó las llaves en mi palma. Cerró mi puño y sus uñas se clavaron en mi carne.

Damien se bajó de la silla y se acercó. Le dirigió una mirada fugaz de arriba abajo y dibujó una sonrisa de puro desafío.

—Es usted una mujer interesante. Admiro su belleza pero necesito profesionalidad. —Su voz sonó grave.

—Damien Moore, el hombre de negocios con más incógnitas que nadie. La policía estatal y el FBI lo están protegiendo y me pregunto por qué será. Si

fuera por mí, estarías entre rejas.

—Esto no es asunto tuyo, detective. Estás aquí para cumplir con tu trabajo no para cuestionarme a mí. Tenemos los mismos intereses. Desmantelar a los Skulls.

—Puedo hacerlo sin la ayuda de nadie y no necesito a estos tres idiotas.

—Cuida esa boca, Kate o...

—¿O qué? —Se acercó a mí y se puso de puntillas. Su nariz quedó a escasos centímetros de la mía y su respiración me hacía cosquillas en los labios. Era extraño, pero eso me excitaba.

—Nada de idiota. Esta palabra queda prohibida y si la escucho una vez más, te quedarás encerrada un día entero —bramé molesto.

—Soy policía. No te conviene amenazarme.

—Una cosa es decir que eres detective, y que tienes una placa, y otra cosa es que sepas hacer bien tu trabajo.

—Hey... —Jasper tiró de mi brazo—. Estáis montando una escena.

—Problemas de pareja. —Damien se echó a reír—. He visto suficiente. Encantado de conocerte detective. Y céntrate en tu misión, no en mis hombres.

—Eso lo decido yo. No tengo porqué obedecer tus órdenes.

Con una mirada desafiante en sus ojos, ella estiró la mano.

Damien ladeó la cabeza. Le dio un fuerte apretón y aclaró su garganta.

—Nos veremos por aquí, supongo —dijo él y se dio la vuelta para irse.

—Si vuelvas a hablarme así, te daré una patada en donde más te duela —amenazó—. Dime que tengo que hacer y te dejaré tranquilo.

—Lo que tienes que hacer es besarme... —Tragué saliva, sorprendido por mi respuesta. Mi mente se había quedado en blanco y no podía pensar, no con ella mirándome con una mueca de disgusto. Mis palabras salieron a trompicones—. Para hacer las paces.

Me alejé y ella miró a su alrededor. Escaneó la estancia con detenimiento

y encogió los hombros.

—Kate... —dijo Jasper mientras la agarraba por el brazo—. Ven conmigo. Necesitas comer algo.

—Gracias. —Esbozó una sonrisa. Sus ojos brillantes se enfrentaron a los míos, y a pesar de su mal talante, la encontraba atractiva.

Temblé cuando sentí su mirada fría recorriéndome de arriba abajo, pero no dije nada.

—He pensado que podrías trabajar como camarera —dijo Jasper—. Yo te enseñaré lo que hay que hacer.

—¿Qué? No la quiero merodeando por aquí. Este es mi bar.

—¿Se te ocurre una idea mejor? Podemos decir que es tu novia y así...

—Ni de coña.

—Yo tampoco quiero y además... —Ella nos dedicó un mirada fugaz—. Soy policía y represento la ley. Puedo hacer lo que yo quiera.

—¡No en mi bar!

—Austin, por favor. —Jasper se acercó y me agarró por el brazo—. Tienes que controlarte, no podemos permitirnos más errores. A mí tampoco me gusta esta situación y tú mejor que nadie lo sabes. Aguanta, y si conseguimos que los Skulls acaben detenidos, tendremos una oportunidad. Sabes a lo que me refiero.

Lo sabía y él tenía razón. Sin los Skulls, todo sería más fácil para nosotros. La carretera y los habitantes estarían a salvo y Damien ya no necesitaría nuestros servicios. El contrato se rompería y nosotros estaríamos libres.

—Tienes razón, lo siento. —Tiré de mi brazo y negándome a mirarlo a los ojos, abandoné el bar.

Ni siquiera la miré cuando pasé por su lado. Esa mujer había conseguido hacer que sintiera tantas cosas y tan diferentes a la vez, que ya no podía pensar



con claridad.

# CAPÍTULO 11

Salí de mi oficina y entré en el bar. Me había pasado todo el día revisando facturas y haciendo cálculos. Los negocios iban muy bien y el bar me estaba dando beneficios. Lo único que necesitaba era librarme de Damien y anular ese maldito contrato.

A esas horas de la tarde, el bar estaba prácticamente vacío. Solo había dos hombres jugando al billar y el crepitar de la bolas, llenaba el silencio. Uno de ellos golpeó la mesa con el taco para llamar mi atención y levantó su botella de cerveza en señal de saludo. Asentí con la cabeza y luego aparté la mirada. Faltaban dos horas para el cierre y ya me sentía cansado.

Escuché ruidos a mi derecha y alcé la mirada.

Kate llevaba puesto un delantal negro y había recogido su cabello en una coleta alta. Era bonita, pero había una cosa que era innegable: no tenía la menor idea de cómo manejar la máquina de café.

—Vas a estropearla, ¿no te explicó Jasper cómo funciona?

Mi voz la sobresaltó y dio un brinco. La taza de café que tenía en la mano cayó al suelo y se rompió en pedazos. En ese momento el nudo del cinturón de su delantal se soltó un poco y reveló una porción de su escote. Dudé unos segundos antes de agacharme para recoger los pedazos y cuando lo hice, me arrepentí. Se me hizo la boca agua cuando su perfume me envolvió.

—La taza se me cayó por tu culpa. —Su tono áspero me produjo tensión. Tuve que recordarme seriamente que debía permanecer distante.

—Tranquila, yo limpiaré —dije lo suficientemente alto para que me escuchara—. ¿Se puede saber porque no preguntaste como funciona la máquina?

—Jasper salió y me dejó sola. Tuve que atender a los clientes y recoger

las mesas.

—¿Te estás quejando? No has hecho gran cosa. Si quieres quedarte aquí, tendrás que trabajar como camarera y hacerlo muy bien.

—¿Ah sí? —Puso los brazos en jarra—. ¿También tengo que hacer de novia? Todos me preguntan cuánto tiempo llevamos saliendo.

—Creeme que estoy igual de disgustado que tú.

Me acerqué a ella y la atraje hacia mí. Su mirada furiosa se movió por mi rostro y se aferró a mi camiseta con ambas manos.

Su respiración me hacía cosquillas en el cuello y sentí un ligero mareo. Me había excitado solo con sentirla cerca, solo con pensar en lo que podía hacerme con esa boca tan exquisita. El calor avanzó hasta mi cara y el nudo en mi garganta fue cada vez más difícil de tragar. Me pregunté en qué coño estaba pensando al acercarme a ella. Ya se había metido demasiado en mis pensamientos.

Intenté extinguir la excitación que recorría mis venas, pero fue inútil. Cuanto más me acercaba a ella, menos podía confiar en mí mismo. Sobre todo en ese momento, cuando me miraba con una extraña expresión en su rostro. Había algo en esa mirada que me llamaba y me invitaba a tocarla, a saborearla...

Un inesperado escalofrío recorrió mi espalda y mi miembro se puso duro al instante.

—Mira, Kate...

Su brazo derecho salió disparado hacia mi cara pero retrocedí justo a tiempo para evitar el golpe que se avecinaba.

—¡Inténtalo otra vez! —Atrapé su brazo contra mi costado—. Tienes agallas, pero no vas a poder conmigo. ¿Crees que me importa que seas policía?

—Debería, tengo suficientes pruebas para encerrarte: secuestro, desacato

a la autoridad, agresión a un oficial...

—Cuidado, no te pases. No te he insultado y nunca te he puesto una mano encima. Sin embargo, tú sí lo intentaste.

—Suéltame o te vas a arrepentir.

Luchó contra mí y me empujó. Tuve que dar dos pasos atrás para recuperar el equilibrio, pero no solté su brazo.

—Me odias, lo entiendo —dijo con tono mordaz—. Yo también lo hago. No me hace ninguna gracia esta situación, pero no tenemos otra opción. Tu jefe está dispuesto a cooperar para atrapar a los Skulls.

—Hay algo más, ¿verdad? —Entrecerré los ojos hacia ella—. No estás aquí solo por los Skulls.

—No, no estoy aquí solo por ellos. Pero no puedo decirte nada más.

—Si tiene que ver con Colin, olvídale. Él no es culpable de asesinato. Hay pruebas que lo confirman.

—He visto las pruebas.

Ella se puso rígida y retrocedió.

—Quiero que pases a mi oficina. —Solté su brazo, decidido a zanjar el tema. Sus palabras hacían daño y estaba seguro de que las mías también. Estábamos atrapados en una tesitura que nadie querría vivir y era mejor llevarse bien.

—¿Para qué? Me repulsa ese lugar... Huele mal.

—Tienes que pasar una entrevista.

—¿Qué entrevista? —Sus ojos se entrecerraron.

—La que tengo que hacerte para decidir si puedes quedarte aquí o no. ¿O pensabas que puedes llegar aquí con tu aire de chulería y poner ojitos para trabajar como camarera?

—Estoy aquí por una misión. Me importa una mierda tu maldito bar. Soy policía.

Parpadeé sorprendido. Esa mujer era como un tornado. Su expresión dura heló la sangre de mis venas.

—Suficiente, deja de protestar. Aquí no tienes autoridad.

—Te equivocas, puedo cerrar tu bar cuando quiera. En este establecimiento se fuma, y la ley lo prohíbe.

—No lo harás, Kate. Este bar... Lo necesito para...

—¿Austin? ¿Qué intentas decirme?

Mi nombre sonó sexy en sus labios y me quedé mirándola fijamente. Oírla pronunciarlo produjo un efecto inmediato en mi entrepierna, que me hizo contener el aliento. Nunca había sentido algo parecido y mi cerebro formulaba preguntas sin cesar, preguntas que necesitaban respuestas.

—No puedo decírtelo así que pasa a mi oficina. Tenemos pendiente una entrevista.

## CAPÍTULO 12

Antes de entrar en la oficina, respiré hondo y me masajeeé la frente con dos dedos. Traté de aliviar parte de la presión allí; esa mujer me provocaba fuertes dolores de cabeza.

Kate se movió hacia un lado y aproveché para girar el pomo de la puerta. Entré con paso decidido, tenía planeado divertirme un rato y remover un poco su pasado.

Me senté cómodamente en el asiento, con la cabeza hacia atrás y señalé la cama.

—Puedes sentarte —dije.

—Me quedaré de pie. Las sábanas huelen mal.

—Como quieras, no voy a obligarte.

—¿Ah no? Me extraña...

—¿Cuál es tu nombre?

Levantó la mirada y me miró intensamente.

—Sabes como me llamo.

—Quiero que me lo digas.

—Solo si tú también me lo dices. —Se cruzó de brazos.

—Yo hago las preguntas y tú respondes. Así funcionan las entrevistas.

—Esto no es oficial...

—Lo es porque vas a cobrar por tu trabajo.

—No necesito tu sucio dinero.

—No es sucio. —Golpeeé el escritorio con el puño y me puse de pie—. No sabes nada, eres igual que los demás policías. Si fueras una buena detective, estarías al tanto de este asunto.

—Pues no lo estoy, ¿por qué no me cuentas que mierda pasa aquí? ¿Por

qué trabajáis para Damien?

—Tendrás que averiguarlo tú solita porque yo no voy a contarte nada. Y contesta a mi pregunta.

—Me llamo Katherine West.

—¿Cuántos años tienes? —Me senté en la silla.

—Tengo treinta y cuatro.

—¿En serio? Pensé que tenías cuarenta.

—Idiota.

—Esa palabra... —gruñí—. Te dije que te encerraría en la oficina si la volvías a decir.

—Lo siento. —Torció una sonrisa.

Fruncí el ceño, confuso ante la falta de su protesta. Uno de los rasgos que más resaltaba de ella, era que siempre respondía a mis provocaciones con la misma antipatía.

—Si es sincera tu disculpa, la acepto.

—Lo es. Estoy cansada de discutir contigo, Austin.

Me puse de pie y rodeé el escritorio para acercarme a ella. Kate levantó la mirada y sus ojos conectaron con los míos. Sentí su perfume, sus labios de color rosa pedían mis besos y su cabello sedoso quería enredarse entre mis dedos. Mi autocontrol se fue a la mierda y todo lo que tenía planeado hacer se me olvidó.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Estás casada?

—No. Es difícil compaginar mi profesión con las relaciones amorosas.

—Me sorprendió su facilidad a la hora de responder a mis preguntas.

—Entiendo, lo mismo me pasa a mí.

—¿Así que no tienes novia? He leído tu ficha policial y sé que no estás casado. —Su expresión se debatía entre la curiosidad y la diversión.

—¿Y qué más sabes? —pregunté, compartiendo su curiosidad pero no su diversión.

—Sé que estuviste en el ejército y luego en Afganistán.

—No es un secreto.

Retrocedí y ella puso la mano en mi brazo, manteniéndome en el lugar.

—Estuviste fuera cuatro años, tuvo que ser duro... —Tragó saliva—. Mi mejor amigo estuvo en Irak y... —Su presa se hizo más fuerte.

—¿Qué pasó?

—Él murió...

—Lo siento y entiendo tu tristeza. En una emboscada, uno de mis compañeros estaba atendiendo a otro soldado herido y una bala enemiga le atravesó el casco. Murió en mis brazos, él tenía tan solo veinte años. Y al día siguiente murieron dos compañeros más en una explosión. Tanta crueldad acabó conmigo y decidí volver a casa.

—¿Por qué elegiste el ejército?

—Mira Kate, entiendo que quieras una tregua, pero no me apetece hablar de mi vida ahora mismo. La entrevistada es para ti.

—¿Qué quieres saber? Soy policía, no camarera. Nunca trabajé en un bar.

—Solo quiero saber si puedo confiar en ti. Quiero que te quede claro que este bar es muy importante para mí.

—Estoy aquí para llevar a cabo una investigación, estoy trabajando para mi departamento, no para ti.

—Si seguimos así, no llegaremos muy lejos. Es tarde y estoy cansado. Esta entrevista es un fracaso.

—Si tanto insistes en hacerla, apunta las preguntas en un papel y yo mañana te dejaré las respuestas.

Un golpe en la puerta la hizo girar la cabeza. Su cabello acarició sus hombros con delicadeza y mis pulmones se llenaron de su perfume.



Era una mujer exquisita, centrada y bastante atrevida. No se echaba atrás ante un desafío y tenía suficiente determinación para enfrentarse a mí. Todo aquello me hipnotizaba.

Algo me decía que era una loca como el infierno entre las sábanas, justo mi tipo de mujer. Sentí como se me ponía dura en los pantalones y tuve que recomponerme para disimular la erección.

—Pasa —dije con poca amabilidad, algo que últimamente escaseaba en mí.

La puerta se abrió y entró Colin. Frunció el ceño y nos miró confuso.

—¿Interrumpo algo? —Enarcó una ceja.

—No, ¿pasa algo?

—Esta noche tenemos redada. Jasper nos espera fuera. Lo olvidaste, ¿verdad?

—Sí, lo siento. Ahora voy.

—¿No olvidas algo? —Miró de reojo a Kate—. Ella tiene que venir con nosotros.

—Así es. —Kate alzó la barbilla.

—¿Sabes montar en moto?

—Eh, no.

—Entonces te quedas aquí.

—Ni de coña. Tengo orden de vigilaros... —Se quedó callada.

—Lo sabía —gruñó Colin—. Estás aquí para encerrarme, ¿verdad?

—No. Estoy aquí para conseguir pruebas contra los Skulls.

—Y mientras, investigarnos. No somos tontos, Kate. Así que ahórrate las explicaciones —dije.

—Os espero afuera —dijo Colin y retrocedió, deshaciendo sus pasos.

—No es lo que tú crees —dijo ella y se acercó—. Reconozco que hace unas semanas estaba segura que eráis culpables, pero ahora ya no. No puedo

decirte nada más, confía en mí.

—¿Que confíe en ti? ¿Estás de coña?

—Entiendo que estás molesto, y por eso no voy a decir nada más. ¿Crees que con esta ropa estaré cómoda en la moto?

Mis ojos se clavaron en sus curvas y la camisa de seda que resaltaba su perfecto escote, acentuando una forma redonda y firme. La falda, corta y con una apertura a un costado, dejaba a la vista parte de uno de sus muslos bien formados.

El sudor cubrió mi pecho y mi espalda. Esa mujer era impresionante. Por más que intentaba abstraerme para no sentirme eclipsado por ella, no lo conseguía. Reparé con atención en sus labios, labios que había probado y no pude evitar desear verlos abiertos y húmedos.

Me di cuenta de que ella seguía esperando mi respuesta y tuve que recomponerme para contestarle.

—No, no vas a ir cómoda. Llevas una blusa de seda y una falda. Y encima tacones.

—Voy a traer algo de ropa de mi maleta. La tengo en el coche. —Pasó por mi lado y tocó mi brazo—. No tenía planeado ir en moto así. Solo quería ver tu reacción.

—Kate, no estoy de broma. Mueve tu culo y trae la ropa.

—No me impresionas. Estoy acostumbrada a tratar con hombres como tú.

—¿Como yo? —Me zafé de su agarre.

La puerta de la habitación se abrió y golpeó la pared.

—No podemos esperar más —dijo Jasper apurado—. Si llegamos tarde, no encontraremos nada.

Kate salió de la habitación y yo me quedé mirando su trasero hasta que desapareció de mi vista.

—Si te gusta, ¿por qué la tratas así?

—No me gusta y la trato como se merece.

Me acerqué al escritorio y tomé las llaves de la moto. Apagué las luces y cerré la puerta.

Estaba cansado y necesitaba descansar, pero tenía que hacer mi trabajo. Nadie sabía que hacíamos cada viernes. Las redadas estaban autorizadas por la policía estatal, e incluso llevábamos a cabo arrestos. Pero siempre, ocultando nuestros rostros con las máscaras protectoras de polvo.

# CAPÍTULO 13

## Kate

Me había cambiado de ropa a toda prisa y había salido al aparcamiento. Lo que vi, me dejó con la boca abierta. Había visto moteros con chaquetas de cuero y había visto hombres montados en motos, pero nunca había visto una imagen tan excitante. Los tres eran guapos y con cierto aire peligroso. Me sentía avergonzada por lo que pensaba, pero era la verdad.

Mis ojos encontraron a Austin. Tenía la cara tapada con una máscara negra con un dibujo de un cráneo blanco. Ese hombre me hacía olvidar que era policía y que había aceptado el caso solo para acercarme a su jefe. Me sentía mal por haberles mentido, pero ellos eran los únicos que podían llevarme hasta Damien.

Cuando investigué a los *Free Souls*, encontré pruebas contra ellos. Por eso me había colado a la fiesta que organizaron. Todo apuntaba a que ellos traficaban con armas. Había recorrido todo el apartamento y había buscado en cada rincón, pero no había encontrado nada. Ni siquiera una pistola.

Mi obsesión por ellos y por detenerlos me había vuelto loca. Tanto, que tuve que dejar el caso.

Nuevas pruebas salieron a la luz al día siguiente y dieron otro giro a la investigación. Al parecer, Damien contrataba hombres ilegalmente empleando el chantaje. Teníamos el testimonio de uno de esos hombres que había conseguido escapar, huyendo a otro país. Se llevó a su familia con él y se cambiaron de identidades.

Sospechábamos que Austin, Colin y Jasper trabajaban para Damien en contra de sus voluntades. Y si conseguía sus testimonios, podríamos añadir

otros delitos a la ficha policial de Damien. Pero por lo visto no estaban dispuestos a hablar y lo entendía. Tenían miedo de lo que les podría pasar a sus familiares. Sabía que Jasper tenía una hermana pequeña y que Colin era el primo de Austin.

—¿Vienes? —preguntó Austin con voz cansada—. No tenemos tiempo que perder.

Me acerqué a la moto y sentí un fuerte olor a cuero. Ese mismo olor se mezclaba con su perfume y, todo lo que podía pensar era que ese hombre era pura tentación. Era el pecado personificado.

—Por lo que veo, tengo que montar contigo —murmuré.

Él se quitó la máscara y apretó los labios.

—Si no quieres...

—Sí, quiero. —Me mordí los labios, maldiciéndome por haberle contestado tan rápido—. Quiero decir que no me importa.

—Ponte esto.

Sacó un pañuelo negro de su bolsillo y me lo dio. Me quedé mirándolo en silencio mientras me lo ponía y tragué saliva cuando su perfume inundó mis fosas nasales.

—Cuida bien ese viejo trapo —dijo Colin—. Mi primo le tiene mucho cariño.

Los ojos de Austin encontraron a los míos y su expresión se tornó firme y dura. Torció el gesto en una mueca y se colocó la máscara.

Aspiré una fuerte bocanada de aire y cerré los ojos. Saber que ese pañuelo era especial para él y que me lo había dejado a mí, me hizo sentirme especial.

Me hizo falta una enorme fuerza de voluntad para moverme de mi sitio y acercarme más. No sabía nada de motores, de marcas o de potencias, pero aquella motocicleta era una maravilla. Toda cuero y metal. Y brillaba a la luz

de la luna como un diamante.

Austin subido a esa moto, con su mono de cuero me parecía muy sexy. Ese hombre podría impresionar a cualquier chica sin insistir demasiado.

Coloqué una mano en su hombro, intentando encontrar la manera de subirme a ese trasto sin perder la gracia. Él se dio cuenta de mi torpeza y se bajó de la moto. Se acercó y me agarró por la cintura, y de un solo movimiento me levantó en el aire.

—Abre las piernas —ordenó.

—¿Qu... Qué?

Las esquinas de sus ojos se curvaron hacia arriba y supe que él estaba sonriendo. Encontró una oportunidad para vengarse y no dudó ni un instante en aprovecharla. Hace unos días era yo quien le había pedido que abriera las piernas.

—Kate, hazlo.

—Mira, sé que te estás riendo... —Mis manos resbalaron alrededor de su cuello y mi cara quedó pegada a la suya.

Solo nos separaban las telas que cubrían nuestras bocas. Prácticamente nos estábamos besando, pero sin tocarnos.

—¿Os queréis dar prisa? —gruñó Colin impaciente—. La noche es larga y podéis experimentar a la vuelta.

Austin se alejó de golpe y me sentó encima de la moto con brusquedad.

—Abre esas malditas piernas.

—No me hables así. Pensé que habíamos llegado a una tregua.

—Te lo imaginaste. —Agarró mi pierna izquierda y la levantó en el aire para pasarla al otro lado de la moto—. Solucionado. Para ser una detective se necesita tener un poco de inteligencia y...

—¿Me estás llamando tonta?

—¿Yo? Te equivocas.

—¡Basta! —vociferó Jasper—. ¿Os queréis callar de una puta vez? Estoy harto de vuestras peleas y berrinches. Madurar y asumir la situación.

Me crucé de brazos y giré la cabeza. Jasper tenía razón, nos estábamos comportando como dos críos.

Austin se subió en la moto y giró la llave. El motor rugió como una fiera, sacudiendo mi cuerpo entero. Todo vibraba debajo de mí, como si me hubiesen sentado encima de un vibrador gigante.

No sabía qué hacer con las manos, pero cuando Austin pisó el acelerador, aterrizaron por instinto en su cintura. La velocidad que alcanzó me dio un subidón de adrenalina y mi corazón empezó a palpar en mis oídos.

Me aferré con fuerza a su cintura por miedo a caerme. Tomaba las curvas demasiado deprisa y no podía mantener el equilibrio. Mis manos apretaban con tanta fuerza que se me quedaron dormidas. Había cerrado los ojos y lo único que sentía era el viento que se peleaba con mi cabello. Odiaba la sensación, era como montar en las atracciones de la feria.

De pronto, la velocidad disminuyó y abrí los ojos. Habíamos llegado al puente de Henderson y me preguntaba qué tenían que hacer a esas horas porque ese lugar era una zona de conflicto entre las bandas callejeras y las bandas de motociclistas; peleaban por el territorio. Ese lugar era el mejor para vender drogas en el condado de Texas. La policía no tenía autoridad y los delitos estaban a flor de piel.

Austin llevó la moto al lado de un pequeño sendero y apagó el motor. Se quitó los guantes y estiró los brazos.

—Ya puedes soltarme, ¿o vas a quedarte así toda la noche? No me importaría, pero necesito respirar. —Su risa fue sonora.

Me alejé de inmediato y me aferré a la moto. Miré mis manos temblorosas y solté un suspiro sonoro.

—Ha sido horrible —dije apenas sin aliento.

Llevé una mano a la boca para quitarme el pañuelo.

Austin se bajó de la moto y atrapó mi brazo.

—Déjatelos puestos, tenemos que mantener el anonimato. ¿Tan malo se sintió abrazarme?

Bajé el brazo y sus dedos resbalaron hacia abajo por mi piel en una suave caricia. En ese momento solo nos separaba unos pocos centímetros, y cerró la distancia sin problemas hasta que se quedó justo delante de mí.

Lo miré. Miré esos ojos negro carbón y me humedecí los labios. Tenía la mitad de la cara cubierta y él no podía ver mis gestos. Eso era un punto a mi favor.

—Tuve miedo —susurré—. ¿Olvidaste que estaba sentada detrás de ti?

—¿Olvidarlo? No, cariño. Tus manos me lo impidieron. Tú lo pasaste mal, en cambio yo, lo pasé de maravilla.

Me tendió una mano. Titubeé un instante antes de aceptarla y permitirle que me ayudara a bajar de la moto.

—¿Qué hacemos aquí? Este lugar es muy conflictivo...

—Estamos aquí para mantener cierto orden. Por este puente pasa la carretera trescientos setenta y siete y nuestro trabajo consiste en vigilarla.

—Espera, ¿qué?

—He recibido un aviso por la radio. —Colin se acercó y mis ojos se posaron en el dispositivo que llevaba en la mano—. Hay una pelea a unos doscientos metros.

—Eso es un walkie-talkie que usan los policías. ¿Cómo es que tenéis acceso a ellos? —Me acerqué a él.

—No tengo tiempo para darte explicaciones y tampoco puedo hacerlo. Así que mantén la boca cerrada si no quieres meternos en problemas.

—No me hables así. No tienes ningún derecho.

Sentí las manos de Austin en mi cintura y me tensé.



—Yo me encargaré de hablar con ella —dijo con voz firme—. Vosotros ir hacia allí. Ahora vamos.

—Suéltame. —Salí de su agarre y le planté cara—. Quiero explicaciones. Si estáis usando el mismo material que los policías, tengo que deteneros.

—No vas a detener a nadie, cariño.

Metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones y sacó una placa. Me la dio y luego sacó una pistola.

—¿Qué es esto? ¿Eres policía?

Miré la placa y luego la pistola. Ninguna de las dos parecían falsas.

—No soy policía. Soy... Como te lo explico. —Tiró de la máscara hacia arriba para cubrir su nariz—. Soy ayudante de policía pero sin título. Lo único que tengo es un contrato secreto con la policía estatal. Por eso, todo lo relacionado con nosotros está en manos de ellos para protegernos. Damien nos contrató para vigilar esta carretera y devolverle la tranquilidad a la ciudad. Podemos hacer arrestos y... También tenemos permiso para disparar si hace falta. Lo que pasó con Colin, fue en defensa propia.

—No me lo puedo creer. Es como si vosotros fuerais agentes secretos... Esto tengo que hablarlo con mis superiores. Ellos piensan que vosotros estáis involucrados en ciertos delitos.

—No lo harás. Te lo prohíbo. Todo lo que vas a ver durante tu estancia con nosotros en el bar, queda entre nosotros. De lo contrario, me veré obligado a pedir otro detective.

—No, no lo hagas. Prometo guardar el secreto, pero hay algo que...

—¡Necesito ayuda!

El walkie-talkie de Austin cobró vida y él metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta y lo sacó.

—¿Qué pasa, Jasper? —preguntó él.

—Colin no quiso esperar y salió del escondite. Se está peleando y esto pinta muy mal.

—¿Y tú qué demonios estás haciendo? Ayúdale.

Austin guardó el walkie-talkie y me agarró por la mano.

—Te quiero pegada a mis espaldas. No te alejes de mí en ningún momento.

—Olvidas que soy policía...

—Me da igual —rugió—. Me vas a hacer caso, ¿entendido?

Asentí con la cabeza de mala gana. No quería pelear con él porque no era el momento, sin embargo, tenía planeado hacerlo a la vuelta. Nadie tenía derecho a tratarme con inferioridad, ni siquiera el más sexy motorista que existía en el condado de Texas.

## CAPÍTULO 14

No tenía que haberle dicho la verdad a Kate. Bueno, la media verdad, porque omití algunos detalles que eran bastante importantes. Sin embargo, a pesar de nuestras peleas y de la situación en la que nos encontrábamos, confiaba en ella. Era extraño todo lo que sentía por ella, como si mis sentimientos se hubieran propuesto abrumarme. Y vaya que si lo estaban consiguiendo.

Prefería mantenerla al margen de todo aquello. Me interesaba zanjar mi contrato con Damien para siempre pero de una forma discreta, sin que el FBI se viera involucrado. Solo teníamos que detener a los *Skull* con pruebas suficientemente verídicas y concluyentes. Ellos eran los únicos que causaban problemas, matando y asustando a los habitantes.

Kate caminaba a mi lado y miraba al frente. Estaba molesta, ya la conocía bastante como para darme cuenta de eso. Tal vez era porque desde que la vi la primera vez, se había mostrado enfadada. No obstante, me gustaba verla así y disfrutaba enfrentándome a ella. Me hacía sentirme vivo. Todas las mujeres que habían pasado por mi cama, eran tan superficiales que solo querían sexo, dinero y pasar un buen rato sin involucrarse sentimentalmente.

Por el rabillo del ojo vi una hoguera y tomé la mano de Kate. Ella alzó la mirada y se quedó quieta.

—Quiero que te quedes aquí —le dije con suavidad. Necesitaba que hiciera caso a lo que le estaba pidiendo.

—No, Austin. Iré contigo.

—Es peligroso y no puedes defenderte. No tienes tu pistola.

Me miró a los ojos durante unos segundos y luego parpadeó.

—Tienes razón —murmuró—. Me quedaré aquí, pero si escucho

disparos...

—Nadie va a disparar.

Solté su mano y ella dio un paso hacia delante.

—Ten cuidado —susurró.

—No me digas que te preocupas por mí.

—Es mi deber, Austin.

—Y un cuerno.

Cerré la distancia que nos separaba y a acaricié su boca a través del pañuelo con mi dedo índice. Sus ojos se cerraron y todo lo que tenía pensado hacer o decir se fue a la mierda.

Yo no era un santo y lo único que deseaba en aquel momento, era arrancarle el pañuelo y besarla hasta saciarme. Por las noches, lo único que mi mente se empeñaba en recordar, era aquel beso tierno que ella me había dado hacía ya algunos días.

—¿Austin? ¡Te necesito aquí! —gritó Jasper a través del *walkie*.

Me alejé y ella abrió los ojos de par en par. Parpadeó dirigiéndolos hacia mí y enderezó los hombros.

—Vete. —Me empujó—. Yo cuidaré de las motos.

Asentí con la cabeza y me encaminé hacia el corazón del conflicto. La voz de Jasper cuando me llamó por él *walkie*, sonaba preocupada. Y eso quería decir que Colin ya había perdido los estribos y debía darme prisa en llegar.

Lo primero que vi fue una fila de motos y varias chicas semi desnudas bebiendo y bailando.

Maldije en voz alta, eran jóvenes y guapas. Desperdiciaban sus vidas con unos delincuentes que las trataban mal y que las mantenían casi todo el tiempo drogadas. Hacía ya un año, había intentado rescatar a algunas, pero lo único que conseguí fue que los arrestaran en un par de ocasiones, pero todas sin

éxito. Salieron libres al día siguiente y atraparon de nuevo a las chicas.

—Guapo —dijo una de ellas mientras se quitaba el sujetador—. ¿Necesitas un revolcón?

Pasé por su lado sin siquiera mirarla y enfoqué la vista en las cuatro hogueras que formaban un cuadrado.

En el medio estaba Colin, enfrentándose a tres chicos e impartiendo puños como una ametralladora. Él me lanzó una mirada pétrea y corrí hasta allí.

Agarré a uno de esos muchachos por el cuello y le di un golpe en las costillas. Este cayó al suelo de rodillas y se quejó de dolor. Eso llamó la atención del otro chaval y lo primero que vi, fueron sus pupilas dilatadas, luego el cuchillo que sacó de la nada. Estiró la mano para atacarme, pero Colin le paró los pies con su bate de béisbol.

La sangre bombeó por mi cuerpo y la adrenalina recorrió mis venas. Eché la cabeza hacia atrás y aumenté el ritmo de mis golpes.

Por el rabillo del ojo vi a Jasper poner las esposas a uno de ellos y dejé de pelear. Agarré la mano de aquel chico y le puse las esposas.

—¿Sois policías? —bramó con voz chillona—. No tenéis jurisdicción aquí.

—No somos policías por eso podemos hacer arrestos.

Tiré con fuerza de sus brazos esposados y metí la mano libre en el bolsillo de sus pantalones. Le quité el cuchillo y el teléfono móvil.

—Ya los tenemos —dijo Colin y se acercó.

Limpió su rostro de sudor y mis ojos se fijaron en su brazo ensangrentado.

—Estás herido...

—No es nada. —Negó con la cabeza, quitando importancia al asunto.

—Y una mierda, primo. El corte es grande. —Me quité la camiseta y la

envolví alrededor de su brazo. Gruñó de dolor e intentó soltarse—. Quieto ahí.

—¿Qué pasa? —preguntó Jasper mientras se acercaba—. La patrulla está de camino.

—Tiene un corte feo en el brazo. Tenemos que llevarlo a casa de su hermana para curarlo.

—Está bien. —Apretó los labios—. Déjame llamarla para avisarla.

—¿Qué ha pasado aquí? —Mis ojos buscaron los de Colin—. Sabes que tenemos que mantenernos al margen e intervenir solo si hace falta.

—Lo sé, pero uno de esos tres idiotas estaba torturando a alguien. Me acerqué de inmediato y lo amenacé con la pistola. Ese hombre huyó y ese despiste fue el causante de la pelea. Saltaron los tres encima de mí.

—Siempre te metes en problemas.

—Soy un problema, a ver si lo entendéis de una vez —gruñó, limpiándose la sangre que le resbalaba por el labio.

—Eres mi primo y mi amigo. Siempre te apoyaré, no lo olvides.

Un coche patrulla se acercó y estacionó delante de nosotros. Las luces azules se apagaron y dos policías hicieron acto de presencia.

—Noche dura, ¿eh? —dijo Harry, uno de los policías—. Debo admitir que hacéis un buen trabajo.

—No tenemos elección —comentó Jasper y le entregó a uno de esos chavales esposados.

—Lo sé. Espero que encontréis la oportunidad de salir de esto, porque algún día llegaré aquí y encontraré a alguno de vosotros muerto. —Se paró delante de Colin—. ¿Necesitas que te lleve a algún lado? Puedo llamar a una ambulancia...

—No, gracias. El corte es superficial.

—Entonces hasta la semana que viene. Estos tres pasarán a disposición

judicial cuanto antes.

Ellos se llevaron a los chicos y me bajé la máscara. Me di el lujo de inspirar con fuerza, llenando mis pulmones de toda la calma que me había faltado momentos antes y me pasé las manos por el pelo. Estaba harto de las redadas, de las peleas y de los arrestos. Solo quería dejar todo atrás y empezar de cero.

—Hablé con Sarah. Nos espera y tiene todo preparado para curarlo — dijo Jasper con cierto recelo en sus voz.

—Yo voy a buscar a Kate. —Me acerqué a Colin—. ¿Puedes conducir?

—Tranquilo primo. No estoy tan mal como parece.

Asentí con la cabeza y me alejé. Caminé por el sendero hasta que vi a Kate de espaldas. Tenía los brazos cruzados y pateaba el suelo con su zapato. Sonreí, esa mujer me gustaba cada día más.

—¿Quién anda ahí? —Ella se dio la vuelta y descruzó los brazos.

—Soy yo.

Me acerqué con cuidado hasta allí y sus ojos bajaron de inmediato.

—No sé si quieres impresionarme o andas sin camiseta porque te gusta hacerlo.

—No tuve elección. A Colin le hirieron y...

—¿Está bien? —Agrandó los ojos.

—La herida está sangrando demasiado, por eso iremos a casa de su hermana. Ella es asistente médico.

—Sarah Mathews, ¿verdad? —dijo con rapidez.

—¿Hay algo que no sepas acerca de nosotros?

—Sí, y por eso estoy aquí —contestó, lanzándome una mirada que decía claramente que no mentía.

—No me apetece discutir contigo ahora. Tenemos que irnos, pero quiero saber algo.

Cerré la distancia que nos separaba y coloqué las manos en su cintura. Apoyé la cabeza en la curva de su cuello, dónde encontré su hombro y lo mordí con delicadeza.

—¿Te impresiona o no mi físico? —susurré cerca de su oído.

—Austin, suéltame. —Presionó sus palmas en mi pecho desnudo y las retiró de inmediato—. No me impresiona un torso bien definido.

—Mientes —sonreí—. Lo único que quería era ver tu expresión cuando mientes y...

—¡No miento, no me gustas! —gritó, enfurecida.

—¿Entonces por qué no dejas de mirarme?

—Eres imposible —bufó—. Créeme que no hay nada que pueda impresionarme.

—No estés tan segura, Kate.

Puse mis manos en sus hombros y doblé un poco mis codos para así poder alcanzar su boca y liberarla del pañuelo que cubría sus labios. .

Ella me miró desde debajo de esas largas pestañas y pensé que era la cosa más insólita que había visto en toda mi vida.

Le tomé el rostro entre mis manos y la besé. El roce de sus labios era delicado y apenas los movía. La había tomado por sorpresa, pero no tenía intención de parar; deseaba aquel beso y sentía la necesidad de memorizar cada detalle, cada jadeo y cada sabor. Me tomé mi tiempo en acariciar el perfil de sus labios con la lengua, deleitándome en su suavidad. Aquel beso era mucho mejor que el primero, era más intenso y más tierno.

Después de unos minutos deliciosos de caricias, de labios y lenguas, sentí sus manos presionando con fuerza en mi pecho. Me empujó y me señaló con el dedo.

—Debería abofetearte —dijo con voz temblorosa—. No vuelvas a besarme.



—Haré lo que me dé la gana contigo, Kate. Lo niegues o no, hay atracción entre nosotros.

—¿Como puedes decir eso? Tú me odias.

—No es verdad, simplemente no te aguanto.

—¿Por qué me besaste? ¿Qué es lo que quieres conseguir?

—No lo sé, pero cuando tú me besaste aquel día, sentí algo nuevo para mí. Simplemente me hechizaste y créeme que hasta ahora ninguna mujer lo había hecho.

—Me da igual lo que hagas con otras mujeres. No me interesa. Tú no me interesas. Solo estoy aquí por trabajo.

—Que pena. Yo pensé que habías aceptado este caso por mí.

—Engreído.

—Superficial.

—Idiota.

—Kate, no insultes —gruñí.

—No me dejas otra opción.

—Déjalo, veo que solo pierdo el tiempo contigo. Devuélveme el pañuelo. Ya no lo necesitas.

—Aquí lo tienes. —Se lo quitó con movimientos bruscos y lo metió dentro del bolsillo de mis pantalones.

—Cómprate uno porque la próxima vez no te lo voy a dejar.

—Colin dijo que es algo muy importante para ti.

—Lo es y ahora vamos.

—Mira, siento...

—No empieces otra vez. Ya no me apetece discutir contigo.

—¿Por qué me dejaste esta noche el pañuelo?

—Porque lo necesitabas. Tenemos que mantener nuestra identidad oculta.

—Podrías haberme dejado cualquier otro pañuelo.

—Podría pero no lo hice. Eres la primera persona que se lo pone después... Y me arrepiento. Nunca debí habértelo prestado.

—Austin, yo no puedo seguir así.

—¿Así como? ¿Qué es lo que quieres, Kate? ¿Volverme loco? ¿Ganarte mi confianza para conseguir más pruebas?

—Conocerte.

—Has empezado con mal pie. Y no quiero comenzar de cero. Ya nos conocemos, ya tenemos una opinión acerca de nosotros. Reconoce que nos guardamos rencor.

—Supongo que tienes razón. Deberíamos irnos. Este lugar no me gusta.

Me acerqué a la moto y me maldije a mi mismo por haberle dicho semejante mentira. Pero no quería engañarme, una relación entre nosotros era imposible. Yo era un delincuente a sus ojos, uno que ella tenía que alejar de la sociedad y encerrar en una cárcel.

Me subí y giré la llave. Subí la máscara para cubrirme la cara y esperé.

Cuando sentí las manos frías de Kate en mi cintura, jadeé. Tenía suerte de que el ruido que hacía mi Harley fuera tan potente, porque mi jadeo había salido tan agudo que sacudió todo mi pecho. Me gustaba sentirla y tener su cuerpo pegado al mío. Me sentía en cierto modo protegido. La única que algún me había hecho sentirme así, era mi madre.

Moví mis manos por mis muslos y las subí hasta la cintura, donde estaban sus manos. Presioné las mías en las suyas y cerré los ojos. Aquello era maravilloso y quería que durase para siempre.

—Admito que tu físico me impresiona —susurró en mi oído.

Sus palabras me dejaron perplejo, pero esboqué la más sincera sonrisa.

## CAPÍTULO 15

Metí las llaves de la moto dentro del bolsillo de mis pantalones y estiré una mano. Kate la tomó y se bajó con cuidado.

—Admito que es una moto fantástica, pero es muy ruidosa —murmuró.

—Admites mucho últimamente. —Froté su mano entre las mías—. Y cuanto más ruidosas, mejor.

Le guiñé un ojo y ella retiró su mano. Una sonrisa brotó en mis labios y me acerqué un poco más.

No estaba seguro de lo que pretendía decir con eso, pero no pude evitar preguntarme si ella era ruidosa en la cama. La complejidad de nuestra inexistente relación se estaba volviendo una pesadilla.

—Por fin habéis llegado.

La voz de Jasper cayó como un balde de agua fría entre nosotros. Kate se alejó y yo tuve que girar la cabeza y mirarlo.

—¿Cómo está Colin? —Me puse serio y lo miré, expectante.

—Sarah le cosió la herida y ahora está descansando. Le administró un sedante...

—Entiendo. Te quedaste solo con ella y no sabes cómo lidiar con la situación.

—Algo así. —Miró por encima de mi hombro—. ¿Seguís igual?

—No entiendo cuál es el problema. Sarah no tiene novio y tú eres libre. Y sí, seguimos igual.

Kate se acercó y se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo está Colin? —Nos miró con preocupación.

—Está bien —contestó Jasper y la agarró por el brazo—. Tú te vienes conmigo. Quiero presentarte a alguien.

Ellos dos subieron las escaleras que habían delante del porche y me dejaron solo en la oscuridad de la noche.

Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el pañuelo. Lo apreté con fuerza en mi puño derecho, presioné los labios y cerré los ojos, aislándome del mundo y adentrándome en mis pensamientos por unos minutos.

Cuando mi padre murió, me juré a mi mismo que ningún otro familiar mío pasaría por algo parecido. Y a Colin lo habían herido delante de mis propias narices.

Mi padre era el líder de una banda de motoristas llamada *The Memories*. Todos eran mayores y no causaban problemas. Solo se juntaban para charlar y recordar los viejos tiempos. En aquel momento yo tenía quince años, y mi padre me llevaba con él en su moto casi siempre. Me enseñó cómo cuidar del motor y arreglarlo cuando se estropeaba.

Un año después, hubo una pelea en el bar que frecuentábamos y un disparo alcanzó a mi padre. Lo llevaron al hospital y en por el camino, él me dio el pañuelo. Me hizo prometerle que iba a cuidar de mi madre y que nunca la dejaría sola.

Lo hice, pero a los dieciochos años, me fui de casa y me ofrecí voluntario para el ejército. Mi madre se había quedado sola, y el único consuelo que tuvo durante todo ese tiempo fueron las cartas que le escribía para decirle que estaba bien. Ella se enfermó de una bronquitis aguda y en pocos meses abandonó la tierra. Ese día me sentí culpable y miserable. Pedí un permiso de dos días para ir al entierro y volví al campamento destrozado. Me había quedado solo y tardé años en acostumbrarme.

Subí los escalones y empujé la puerta. Se escucharon risas desde la cocina y me acerqué hasta allí.

—Se nos acabó la diversión —comentó Sarah cuando me vio y se puso de pie—. Me alegro de verte, Austin.

Caminé a su encuentro y la atrapé entre mis brazos.

—Yo también me alegro de verte.

—Gracias por cuidar a mi hermano, sabes que siempre se mete en problemas.

—No fue su culpa... Bueno... —Me alejé y la miré a los ojos—. Prometí cuidarlos y siempre lo haré. Sois mi familia.

—He conocido a tu novia. Es agradable.

—¿Novia? —Miré por encima de su hombro y encontré la cara de Kate; igual de sorprendida que la mía.

—Todos saben que sois novios. Los rumores aquí corren a la velocidad de la luz.

—No es mi novia —farfullé.

—Lo sé, solo te estaba tomando el pelo. —Golpeó ligeramente mi hombro con su puño—. Entonces, ¿qué hace ella aquí? ¿Por qué está trabajando de camarera en tu bar?

—Pregúntale a ella, Sarah. Yo tampoco lo tengo muy claro.

La cara de Kate se crispó mientras se ponía de pie. Se acercó un poco y torció los labios.

—Trabajo para el FBI y tengo entre manos un caso bastante complicado. No puedo dar más detalles, lo siento. Nadie tiene que saber que soy policía.

—Entiendo, pero si es por lo que hizo mi hermano...

—Tranquila Sarah, esto no tiene nada que ver con él o con los Free Souls. No estoy aquí para investigarlos, aunque ya lo hice... —Ella estaba sacudiendo su cabeza con pesar y sin mirarme.

—No sé si creerte. Mi hermano se metió en este embrollo...

—¿Por qué no me das una cerveza? —Apreté ligeramente el brazo de Sarah y ella asintió.

Tenía que hablar con mi prima acerca de los contratos que teníamos con

Damien. Nadie podía saberlo, ni siquiera Kate.

Sarah se acercó al frigorífico y Kate dio un paso hacia delante.

—¿Qué fue eso? ¿Qué me estás ocultando? —Su tono era helador.

—Nada. Son cosas que a ti no te incumben. Ellos te ven como una extraña entrometida y hay que cortar los rumores como sea. Pero yo no te veo así y lo sabes.

—Solo sé que me desprecias. —Apretó los labios.

—Mira, yo te veo como una mujer inteligente y hermosa, pero superficial.

—¡Eres un idiota!

—Esto no pienso tolerarlo más. —La agarré por el brazo y la saqué fuera de la cocina—. Voy a llevarte de vuelta al bar. Es tarde y estoy cansado.

—¿Crees que yo te aguanto? Eres el hombre más obstinado y más odioso que conozco. No entiendo tu problema con las mujeres, pero veo que a Sarah la tratas diferente.

—Porque ella es mi prima.

—A mi me odias por lo que pasó hace unos días...

—No es por eso, ya lo olvidé. Tu presencia en el bar me altera y me confunde. Eres antipática, pero me gustas. Por eso pienso que sería mejor si no nos hablamos durante el caso.

—Si eso es lo que deseas...

—Vamos, te llevo.

—Deberías ponerte una camisa. —Señaló mi torso desnudo.

—Ah... —Me acerqué despacio y la atrapé entre mis brazos—. No me apetece y además, admitiste que te impresionaba.

Forcejeó para salir de mi agarre, pero solo había conseguido frustrarse aún más.

—Suéltame. Dijiste que ya no querías hablar conmigo.

—Pero puedo tocarte.

Coloqué mi barbilla en su hombro y se quedó quieta. Estábamos en el porche de la casa y era de noche. Lo único que se escuchaban eran nuestras respiraciones entrecortadas.

Yo no quería soltarla, y ella no se movía. Era un momento extraño pero tranquilizador. Sus manos se movieron hasta mi cintura y me abrazó. Hice lo mismo y rodeé su espalda con mis brazos.

Simplemente nos estábamos abrazando sin decirnos nada y sin pelearnos. Era agradable, y lo necesitaba. Era un abrazo sincero.

—Gracias —susurró.

Me alejé despacio y tomé su mano. Bajamos las escaleras en silencio hasta que llegamos delante de mi moto.

Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el pañuelo. Lo estiré y me acerqué a ella. Rodeé su cara e hice un nudo en la parte trasera.

—Nos entendemos mejor cuando no hablamos —dije sin vacilar.

—Tienes razón. Y me gusta esto.



Cerré el bar y salí fuera para coger mi moto. Había dejado a Kate en el aparcamiento y había entrado a coger mi portátil. Había decidido ir a dormir al apartamento. La incómoda cama de mi oficina me había dejado hecho polvo.

El sonido grave y molesto de un motor que no quería arrancar hizo que diera la vuelta. Me acerqué al coche y cuando miré por la ventanilla, maldije en voz alta.

—¿Algún problema, Kate? —Golpeé el cristal de la ventana con la llave de mi moto.

Ella bajó la ventanilla y torció los labios.

—No arranca —dijo ella apoyando la cabeza hacia atrás.

—Inténtalo de nuevo.

Giró la llave y oí los clics, que indicaban que no había posibilidad de que ese coche arrancara.

—Es la batería —dije y abrí la puerta—. Vamos, te llevo al apartamento. Puedes quedarte con nosotros. Además, todos saben que estamos juntos. No creo que sea una buena idea volver a tu casa. Alguien podría seguirte.

—Tienes razón, pero no quiero incomodar.

—No molestas, tenemos cuatro habitaciones. Cierra el coche y sígueme.

—Espera... —Tiró de mi brazo—. No pienso subirme otra vez en ese monstruo de moto.

—¿De qué tienes miedo en realidad? —Tomé su mano y la apreté—. De mí o de la moto.

—No entiendo... —Intentó liberar su mano.

Tiré con fuerza y su cuerpo frágil se pegó al mío. Ese toque recorrió mi cuerpo entero sacudiéndome hasta los pies.

Exhalé como si estuviera cansado. Me temblaba el pulso y me sentía acorralado y excitado al mismo tiempo.

—Dijiste que sería mejor si no hablábamos.

—Contesta a mi pregunta, Kate.

—No tengo miedo a nada y no me trates así. Deja de tocarme.

—Solo lo hago porque tú me estás dejando hacerlo. Admite que te gusta cuando te toco, cuando mis manos acarician tu espalda... Cuando mis ojos te miran.

—Apenas nos conocemos y no puede haber nada entre nosotros.

—¿Por qué? —La apreté contra mi pecho lo bastante como para sentir su respiración en mi cuello—. ¿Porque soy un delincuente?



—No eres un delincuente, Austin. Pero te equivocas, entre nosotros no hay química, no hay deseo y no hay interés. Solo hay odio.

—Kate, dejemos las tonterías y dejemos de comportarnos como unos críos. Lo nuestro empezó con mal pie y sí, hay odio... Pero no puedes negar el deseo.

Tragó saliva y agachó la cabeza. Levanté la mano para acariciarle un mechón de cabello y esboqué una sonrisa. Su rostro era precioso. Esa mujer me confundía más de lo que podía manejar.

—Eres una mujer atractiva y créeme que pienso en ti, en tenerte desnuda en mis brazos, besarte y hacerte mía. Sé que piensas lo mismo, lo veo en tu mirada. Pero no puedo obligarte si no quieres. Yo no soy así.

—Austin...

—Propongo que empecemos de nuevo y olvidemos todo lo que ha pasado.

—No puedo, piensas que soy una mujer superficial.

—Déjame conocerte. Demuéstrame lo contrario.

—Lo siento, pero esto no funciona así. Debemos centrarnos en el trabajo.

—Como quieras, pero no vas a tener otra oportunidad como esta. Pocas veces me vas a ver así de comprensivo.

—¿Nos vamos? Estoy cansada.

—Vamos... —La solté y agarré con los dedos el pañuelo que aún seguía alrededor de su cuello—. Te lo regalo.

—Pero...

—Shhh. —Coloqué el dedo índice sobre sus labios—. Prométeme que lo vas a cuidar.

Asintió con la cabeza y dio un paso hacia delante.

—Gracias y espero conocer la historia que hay detrás de este pañuelo algún día.

—Algún día. —Incliné la cabeza y besé su mejilla—. Algún día.

## CAPÍTULO 16

Los rayos de la primera hora de la mañana que entraban por la ventana y brillaban sobre mis ojos, me despertaron. Me sentía cansado, sin embargo, me levanté perezosamente de la cama.

Intenté no pensar en Kate, en el abrazo que nos dimos y en la forma que ella me había mirado. Ignorar la ardiente atracción que había entre nosotros era imposible, sobre todo cuando ni siquiera podía cerrar los ojos sin imaginarla desnuda. No cuando no podía ignorar los besos tan tiernos que nos habíamos dado, ni esos ojos seductores y hermosos que tenía.

Esos pensamientos me llenaron de un renovado deseo. Y me preguntaba en qué demonios estaba pensando cuando la invité al apartamento.

Me puse una camiseta y salí de la habitación. Llegué al final del pasillo y vi la puerta de Kate entreabierta. Me acerqué y la empujé con el pie. La cama estaba hecha y las persianas subidas. Ella no estaba y me preguntaba si se había ido.

Era sábado, el bar lo abríamos a las once de la mañana y eran las nueve pasadas.

La calma me sorprendió mientras bajaba las escaleras. Toda la casa estaba silenciosa y eso me resultaba extraño. A Jasper le gustaba poner la radio mientras desayunaba. Me dirigí hacia la cocina y me paré en seco cuando escuché la voz de Kate.

Estiré la mano y empujé la puerta despacio. Cuando la vi, mi aliento quedó atrapado en la garganta. El asombro se deslizó a través de mí e hice mi camino lentamente hacia ella.

Ella giró la cabeza y dejó de hablar. Mis ojos analizaron su rostro tranquilo y sonriente, paseándose lentamente por su perfecto cuerpo. No llevaba maquillaje, pero no le hacía falta, su belleza natural brillaba en todos

los sentidos. Llevaba la camiseta que le había dejado anoche para dormir y enseñaba unas piernas largas y bronceadas.

—Buenos días —dijo ella—. Hice unos huevos revueltos, ¿quieres?

—Buenos días. Sí, gracias —contesté malhumorado.

Me senté al lado de Jasper y me recliné en el asiento.

—¿Sabes algo de Colin? ¿Dormiste aquí?

—Volví anoche muy tarde. Colin está muy bien. Sarah dijo que lo único que tiene que hacer es reposo.

—Hoy es el cumpleaños de Sarah y esta noche la fiesta. Tenemos que traer a Freya. Colin no puede ir.

—Iré yo esta tarde. Si Damien te ve por allí podría sospechar algo.

—¿Qué le has comprado a Sarah?

Jasper suspiró y se pasó las manos por el cuello. Bajó la vista a su plato y se quedó callado.

—¿Jasper?

—Nada, no le compré nada —bramó y me miró mal—. Y deja de hacer tantas preguntas.

Se puso de pie y abandonó la cocina.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kate—. Nunca lo vi tan molesto.

—Está enamorado de Sarah.

—Oh. —Dejó un plato con huevos revueltos encima de la mesa y se sentó a mi lado—. ¿Y cuál es el problema? Sarah no está casada, ¿o tiene novio?

Suspiré y me rendí fácilmente ante su interrogatorio.

—No, nada de eso. Es la hermana de Colin y mi prima. —Pasé una mano por mi cabello—. Jasper es nuestro mejor amigo y teme estropear lo que tenemos.

—¿Tienes algo en contra de esta relación? —Ella arrugó la nariz.

—Yo no, y Colin tampoco. Sin embargo, nos contó que su hermana le

había hecho guardar un secreto. Es ella quien no quiere estar con Jasper.

—Entiendo. Bueno, está en su derecho —reconoció sin darle demasiada importancia.

—Sarah también está enamorada. Los dos lo pasan mal y todo por ese maldito secreto. Creo que Jasper debería saberlo.

—No es asunto tuyo, Austin. Son ellos quienes tienen que tomar decisiones.

—Lo sé. —Alcé la mirada—. Gracias por el desayuno.

—Gracias a ti por dejarme dormir aquí.

Una sonrisa tironeó de mis labios. No podía creer que estuviéramos conversando tranquilamente y sin gritarnos.

—Creo que deberías quedarte con nosotros hasta que termine la investigación. ¿Tienes familia? —Sentí mi ceja arquearse.

—Sí, pero no hablo con ellos. Tendré que avisar a mi compañero de trabajo.

Sus ojos se dirigieron a su plato y su semblante se tornó serio.

—¿Por qué no hablas con tus padres?

—Eso no es asunto tuyo. —Su rostro se ensombreció.

—Tú sabes todo acerca de mí...

—Es la ventaja que tiene mi trabajo. Pero no, no sé todo sobre ti. Algo me ocultas, y no solo tú. —Mirándome, vi su expresión cambiar—. Tus amigos también. Si me dices lo que es, prometo ayudarte.

—No puedes ayudarnos.

Crucé mis brazos, a la defensiva.

—Cuéntamelo y...

—No —sentenció.

Me puse de pie y me acerqué a la nevera. Abrí la puerta y tomé una botella de cerveza.

—La comida se enfriará.

Ella se acercó por detrás y agarró mi brazo derecho. Tiró con brusquedad y casi consiguió hacerme perder el equilibrio.

—¿Qué mierda...? —vociferé y dejé la botella en la encimera. Rodeé su pequeña cintura con mi mano y la apreté contra mi pecho.

—Habla conmigo, Austin. —Apretó los labios y gruñó—. Puedo ayudarte.

—¿Crees que usando la fuerza vas a conseguir algo, Kate? No confío en ti. Conozco demasiados policías corruptos.

Su pecho subía y bajaba con rapidez. Su cuerpo estaba caliente y su piel ligeramente rosada. Olía demasiado bien y se veía preciosa. Las cosas entre nosotros eran más fáciles si no hablábamos. La atracción que había entre nosotros, sólo existía en el silencio.

Su mirada se fijó en mis labios y mi corazón dio un brinco a toda marcha. En ese momento, supe que tenía que besarla. Todo mi cuerpo me decía que lo hiciera. No podía luchar contra ello ni quería intentarlo. La agarré por la nuca y la atraje hacia mí.

—No digas nada —susurré contra su boca—. Esto es perfecto.

Tensé la mano en su nuca y metí los dedos en su pelo. No podía resistirme, mi autocontrol se había debilitado y lo único que deseaba era tocarla de una manera sensual. Incliné la cabeza y busqué sus labios.

Disfruté de la calidez, la forma, y cuan suaves eran. Mi brazo rodeó su espalda, atrayéndola un poco más hacia mí. Sin dejar de besarla, acaricié con la lengua hasta el último rincón de su boca. Ella respondió con avidez y se presionó contra mí.

Mi mano avanzó entre nosotros y se deslizó por debajo de su camiseta.

—Kate... Dime que me detenga. —Mis dedos rozaron la parte baja de su pecho.

—No, no lo hagas. —Ella se aferró a mis hombros.

Su respuesta me sorprendió, pero pude ver la verdad en sus ojos. Su corazón estaba acelerado y su piel húmeda por el sudor. Cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás.

—Estamos jugando con fuego. —Mi corazón latía con fuerza dentro de mi pecho. Había deseado tocarla desde la primera vez que la vi. Pero no así, no de esa manera. Por extraño que pareciera, creía en el amor, en una relación basada en la confianza, en el respeto y en la pasión—. Quiero algo más que unos besos.

—No hables. —Abrió los ojos y jadeó. Entreabrió los labios; tiernos y sensuales. Los humedeció con la punta de la lengua y sin decir una palabra más, me besó. Se presionó cerca de mí y sus labios revolotearon sobre los míos con hambre.

Empecé a acariciar su estómago plano, subiendo y bajando. Llegué a sus pechos y acaricie los pezones con mis pulgares. Se levantaron con el roce y sus uñas se hundieron en mis hombros.

No había tenido sexo en un largo tiempo, no desde mi relación fallida con Annie. Era una mujer superficial y fría, pero estaba tan centrado en lo que teníamos que nada de eso había llamado mi atención. Solo necesitaba amor y afecto. La muerte de mis padres fue un duro golpe, difícil de superar. Me sentía muy solo y me aferré con desesperación a lo que teníamos. Sin embargo, nuestra relación terminó justo antes de que empezara a trabajar para Damien. Y eso era importante. Aunque la odiaba por haberme engañado, no quería que nada malo le pasara.

Pero Kate estaba en una situación sin salida. Damien no podía entrarse de que mis sentimientos hacia ella eran verdaderos. Todos pensaban que éramos novios, pero él sabía que yo no podía amar. Damien me conocía muy bien, fui un tonto por haber confiado en él para contarle mis inquietudes acerca de las

mujeres. Cuando Annie me dejó, estaba seguro de que todas las mujeres eran igual que ella. Hasta que conocí a Kate. Bajo esa máscara fría que usaba todos los días, se escondía un chica tierna, cariñosa y un poco asustada. Necesitaba saber porque no hablaba con sus padres, estaba seguro de que usaba esa máscara para protegerse de su pasado.

—¡Kate! —Exclamé sin aliento—. Deberías parar esto, abofetearme y...

—Austin, no tengo fuerzas para hacerlo. No cuando estás tan cerca, no cuando me miras así y no cuando me tocas así.

—Yo tampoco, pero tenemos que parar esto.

Ella sacudió su cabeza y su sedoso cabello rozó mi pecho.

—¿Por qué dices esto? ¿No me deseas?

¿No la deseaba? Era lo único que quería.

¿Qué hombre rechazaría una mujer increíblemente sexy? Yo sí, pero solo porque no podía poner en riesgo su vida.

Hice una pequeña mueca de dolor y me alejé. Empezaba a ahogarme y solo porque había permitido que las cosas llegaran tan lejos.

Estaba en la punta de mi lengua decirle que ella definitivamente no me atraía, pero sabía que solo conseguiría hacerle daño. Sin embargo, opté por la salida más fácil: huir. Abandoné la cocina con una erección y con un deseo ardiente corriendo por mis venas. El sudor me resbaló por las sienes y la espalda, mi intento de resistir al creciente deseo de hacerla mía, no funcionaba.

Sabía que no podía resistirme por demasiado tiempo pero tenía que intentarlo. Solo hasta que me quitase a Damien de encima.



# CAPÍTULO 17

## Kate

La puerta de la cocina se cerró y un silencio atronador cayó sobre la estancia.

Me estremecí. Besarlo para intentar seducirlo había sido una idea estúpida. Ese hombre, tan atractivo y tan testarudo me fascinaba. Pero no podía dejarme llevar por los sentimientos.

Había tomado el caso de los Skulls solo para averiguar que tenía entre manos Damien. Estaba convencida de que detrás de sus buenas causas para ayudar a la policía estatal en los casos más conflictivos, había algo más.

Sabía que me había metido en la boca del lobo y aunque esos tres hombres ocultaban algo, era porque Damien tenía algo que ver. Tenía que encontrar la manera de vigilar a Damien sin que Austin se diera cuenta. Una tarea difícil porque tenía que pasar el tiempo en su bar y encima, dormía bajo el mismo techo que él.

Fue una sorpresa averiguar que ellos eran ayudantes de policía. Todo ese tiempo había pensado que eran unos delincuentes, que habían cometido delitos y asesinatos. Simplemente eran tres hombres honestos que estaban obligados a trabajar para Damien. Si podría demostrar aquello, ellos quedarían libres.

Miré los platos llenos y suspiré. Ninguno de los dos había comido, y en cierta manera me sentía culpable.

Sabía que Jasper se había ido porque había escuchado la moto cuando abandonó el garaje. Pero quedaba Austin. Y quería disculparme con él. Necesitaba tener una buena relación y ganar su confianza. Tomé su plato y abandoné la cocina. Subí las escaleras, y mientras intentaba encontrar las

palabras adecuadas para disculparme con él, llegué al final del pasillo y doblé la esquina.

Me acerqué a la puerta y mi mano fue al pomo. Para mi sorpresa, este giró con facilidad, la puerta no estaba cerrada.

Estaba oscuro en la habitación, pero la luz del pasillo cayó como una brecha de fulgor. Empujé la puerta y la brecha se extendió más. Vi un armario, una cama y un escritorio repleto de papeles y libros.

Crucé la estancia y dejé el plato encima del escritorio. Aproveché el momento para echar una mirada a los papeles. Solo había facturas y albaranes, nada importante. Me acerqué a la puerta del baño y la abrí un poco.

Mi corazón se sentía como si fuera a explotar. Allí estaba él, medio desnudo. El vapor del baño no era suficiente para oscurecer la vista delante de mí y mis ojos, de una manera descarada, cayeron en la toalla blanca que rodeaba su cintura.

Empujé la puerta para que se abriera por completo y él se dio la vuelta para mirarme.

—Kate...

—Lo siento, pero no has comido nada y...—Mi voz se apagó. Sabía que debería cerrar la puerta y darle la espalda, pero no quería hacerlo.

—Ven aquí. —Estaba mirándome con los ojos muy abiertos.

Me sacudí por la sorpresa cuando usó las manos para atraerme hacia él. Sus dedos calientes y húmedos revolotearon sobre mis muñecas. Luego se trasladaron hasta el codo y alzó las cejas en señal de desafío.

—Esta vez no voy a huir, Kate. —Su tono denotaba frustración, pero no me alejó—. Te deseo demasiado. Es un error, pero no puedo luchar más. Si quieres irte, hazlo ahora. Pero si te quedas, déjame tenerte en silencio.

Sus manos se movieron más lejos hasta que llegaron a mis hombros.

No me importaba que tuviera razón. En ese momento no me importaba

que él probablemente sólo quería sexo. Pero yo también lo deseaba. Estaba cegada por la lujuria.

—¿Te quedas? —Colocó un dedo bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos. Me sonrojé cuando nuestros ojos se encontraron, pero le sostuve la mirada.

—Sí —murmuré y cerré los ojos con fuerza para luchar contra el deseo que me invadía.

—No hables, el silencio es nuestro aliado. No pienses y deja que me encargue de todo.

Miré sus profundos ojos y el fuego se encendió con rapidez en mi interior. Sus labios aterciopelados encontraron a los míos y sentí la pasión aumentando con cada roce. Llevó un brazo alrededor de la parte baja de mi espalda, tirando de mí. Había dejado caer la toalla al suelo y lo tenía desnudo entre mis brazos, caliente y preparado.

No podía parar. Necesitaba más; las mariposas se habían arremolinado dentro de mí y no me permitían pensar con claridad. ¿Qué me estaba pasando? Nunca había hecho cosas así con un hombre sin pensar, siempre me había tomado la molestia de conocerlos y estar segura de que había algo más que atracción.

No sabía que me había hecho Austin, pero cada centímetro de mí estaba tan sensible que no podía ocultar los gemidos cuando me tocaba.

Sus labios viajaron a mi cuello. Cerré los ojos y me deleité con sus suaves y delicados besos. Un profundo escalofrío estremeció todo mi cuerpo al notar sus grandes manos deslizarse por mis brazos hasta las caderas para volver a subir hasta mis hombros.

Mi cuerpo se presionó contra el suyo y me di cuenta de que aún llevaba puesta mi camiseta.

Me aparté y comencé lentamente a quitarla. Se quedó allí, quieto,

mirándome con una mirada de pura alegría en su rostro. Los ojos de Austin se arrastraron arriba y abajo por mi cuerpo desnudo, y sus labios dibujaron una sonrisa pícaro.

Su mirada ardiente nunca abandonaba del todo a la mía y la sensación era nueva, aguda y vibrante. Al mismo tiempo, sentí una presión en el centro de mi pecho que me asustaba. Me había rendido con facilidad y él podría pensar que era una cualquiera, una buscona y una... Una mujer superficial. Quería que esa sensación desapareciera y di un paso hacia él, cerrando la distancia.

Su mano acunó mi mejilla, haciendo que mis labios se abrieran. Frotó su pulgar suavemente por mi mejilla hasta que su mano se deslizó a mi cuello.

—Es necesario hablar ahora. —La mirada de Austin permaneció clavada en la mía—. Estás asustada y no quiero aprovecharme de ti.

—Mi estómago dio un vuelco y me aferré a sus hombros.

—Lo estoy, pero no quiero parar. Tan solo prométeme algo.

—Lo intentaré.

—Prométeme que vas a olvidarlo. Tú me odias, y quiero pensar que ahora me amas. No quiero que esto sea solo sexo.

—Voy a hacerte el amor, Kate.

—¿Qué estamos haciendo, Austin? No somos críos. Esto puede hacernos daño.

—¿Quieres irte? No voy a detenerte.

—Me lo estás poniendo muy difícil. Estamos los dos desnudos, por Dios. Mi cuerpo se puso rígido a medida que me quedaba sin aire.

—Vete —dijo en voz baja. Sus labios se tensaron.

—No.

Me estremecí al instante, deseando apartarme, pero mi cuerpo no quería moverse.

Austin bajó las manos hasta mis caderas y me atrajo contra su erección.

—Entonces no digas nada.

Sin esperar a que le dijera algo, pasó una mano alrededor de la parte posterior de mi cuello y levantó mi rostro hacia el suyo. Presionó su boca contra la mía, y mis labios se abrieron suavemente, aceptándolo.

Mi cuerpo se relajó en sus brazos; el contacto de piel con piel era exquisito.

Continuó devorándome la boca, dando pequeños mordisquitos en mis labios, enroscando mi lengua con la de él. Le respondí al beso con la misma voracidad; estábamos desatados y enloquecidos por la pasión.

Una de mis manos se deslizó por su espalda, con la palma abierta, y notaba como su piel se encendía ante mi tacto.

Mi corazón empezó a latir con más fuerza y me estaba sintiendo cada vez más vulnerable. La sangre rugió a través de mi cuerpo y todas las partes de mi cuerpo ansiaban las caricias de Austin. Con desesperación restregué mis pechos contra el muro caliente y duro de su pecho.

Él me apartó los brazos y me empujó hasta la pared. Se apretó contra mí y me sostuvo la mirada. Vi necesidad y determinación en sus ojos; él no iba a parar.

Abrí las piernas y lo dejé acomodarse. Su erección palpitaba contra mi clítoris y solté un gemido. Me retorcí, ansiando más.

Austin rió, soltando un profundo sonido barítono de satisfacción masculina. Sus dientes rozaron un pezón y su lengua hizo movimientos lentos, maravillosos. Deslizó una mano entre mis muslos, acariciando y frotando, liberando un fuerte estremecimiento en mis piernas. La peculiar sensación incrementó mis gemidos y el ritmo de mi respiración.

Continuó la tortura hasta que me retorcí debajo de sus dedos. Perdí la cordura y me vine desecha en un grito agudo y fuerte. Me besó duro y posesivo; dulce y tierno, y paró justo para mordisquear mis labios.

—Ahora es mi turno —murmuró contra mis labios.

Se acercó a un pequeño mueble de madera y abrió el primer cajón. Rasgó un cuadrado paquete metálico y se enfundó el preservativo en el glande, deslizándolo por toda su longitud.

Cuando terminó, se inclinó y me levantó por las caderas. Apretó mi cuerpo entre la pared y su propio cuerpo en silencio.

Me quedé sin aliento cuando se hundió dentro de mí; nunca había tomado a un hombre tan grande y tan profundamente. Sus fuertes brazos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza y comenzó a bombear sus caderas en un lento movimiento rotatorio. Se me aceleró el pulso y sentí los efectos de sus embestidas como destellos por todo el cuerpo.

Aumentó el ritmo, embistiendo más duro y más rápido, proporcionándome un placer atormentador. Mi espalda raspaba contra la pared mientras él entraba en mí con fuerza cada vez más rápido.

Nuestros alientos salían veloces y ásperos.

Mi cuerpo se tensó a medida que se acercaba al clímax y me aferré a sus hombros, clavando mis uñas en su piel. Sus suaves besos a lo largo de mi cuello intensificaron el placer y olvidé por completo dónde estaba.

En cuestión de segundos, Austin gritó fuera de control y apresuró sus movimientos. Hundí la cara en su cuello y agité las caderas.

Gimió cuando su liberación encontró su fin y me sorprendí cuando acabé con él. Permanecí quieta, en sus brazos calientes y sudorosos. No quería separarme de él, fue hermoso todo lo que sentí.

—Kate...

Alcé la mirada y me mordí los labios. Había cometido un error, pero no me arrepentía. Sin embargo, temía que él no pensase lo mismo.

—Austin...

Su respiración se calmó y liberó mi cuerpo.

—No me arrepiento —dijo en voz baja—. Y no olvidaré ningún detalle, fue demasiado perfecto.

—No puede haber una próxima vez. —Tragué el nudo que estaba apareciendo en mi garganta.

—Voy a respetar tus deseos, Kate, y no insistiré. Pero me aseguraré de recordártelo todos los días.

—¿Por qué? Tú me odias... ¿Quieres hacerme daño? ¿Castigarme? —dije con un hilillo de voz.

—Odio... ¿Estás segura de que eso es lo que siento por ti? He dejado que digas todo lo que piensas, y no hice nada hasta ahora para hacerte cambiar de opinión. Si lo que hicimos aquí te demuestra lo contrario, que así sea.

—Sí, lo estoy. Me tratas mal.

—Cuando vayas a descubrir la verdad, búscame. No esperes mucho, puede que sea demasiado tarde.

Se quitó el condón de un tirón y lo lanzó al cubo de basura.

Ignorando una punzada de culpabilidad por lo que le dije, me agaché y tomé la camiseta. Necesitaba recuperar el aliento y pensar. ¿Por qué él era diferente a todos los hombres que conocí? ¿Decía la verdad?

Se me contrajo el vientre y temblé ante las posibles respuestas. Con movimientos caóticos intenté ponerme la dichosa camiseta, empezaba a sentirme avergonzada.

Austin se acercó y atrapó mis manos. Levanté la mirada hacia él y ahogué un suspiro. Era tan hermoso.

Llevó mis manos a sus labios y las besó.

—¿Te arrepientes? —preguntó en un susurro.

—No. —Sentí que se me aceleraba el pulso.

Una sonrisa bailoteó en sus labios y su expresión cambió. Él se inclinó y me acarició con la nariz la sensible piel del oído.

—Entonces te diría que eres lo que llevo buscando todo mi vida. —Me dio un beso casto en el cuello—. Cámbiate de ropa, tenemos que ir al bar.

Soltó mis manos y se alejó. Me puse la camiseta y salí pitando del baño. Crucé la habitación y me limpié con celeridad una lágrima rebelde. Estaba furiosa conmigo misma y odiaba sentirme tan impotente. Los pocos hombres que había conocido, nunca se molestaban en conocerme. Nunca tuve que darles explicaciones sobre mi pasado. Lo que pasó con mis padres, quedó olvidado y escondido en un pequeño rincón de mi corazón.

Austin era diferente, en cierto modo se preocupaba y mostraba interés hacia mí. Era más fácil explicarle porque siempre saltaba a la defensiva, pero eso significaba hablar de mis padres y odiaba hacerlo.

Ese hombre me estaba haciendo sentir cosas que nunca pensé que existían y me enamoró a pesar de las diferencias y el odio que había entre nosotros. El problema era que no quería perderlo por nada del mundo, pero no tenía idea de cómo retenerlo. Era extraño, pero lo quería. Y eso me aterrorizaba.



## CAPÍTULO 18

Miré la puerta cerrada del baño, sintiéndome mal. Había hecho el amor con la mujer más hermosa y más obstinada que había conocido, pero sin haberle dicho lo que sentía en ese momento. Tuve en mis brazos a la mujer que me había cambiado, a la que me había hecho darme cuenta de que había desperdiciado mi vida. No la odiaba, ya no.

Al principio cuando la conocí, me recordó a Annie y no fui capaz de ver más allá.

No obstante, poco a poco, Kate rompió la barrera que había levantado después de mi ruptura con Annie y había dejado que entraran sentimientos nuevos y maravillosos.

¿La amaba? No tenía respuesta a esa pregunta. Lo único que sabía era que ella me cautivaba. El sexo fue el más intenso de mi vida y todavía podía sentir sus manos moviéndose sobre mí. No me arrepentía y esperaba que ella tampoco. Me dijo que no lo hacía, pero su mirada decía lo contrario.

Sin embargo, no quería confiar en ella, era una detective que trabajaba con policías corruptos, y no quería construir una relación de lo que había pasado hacía apenas un rato en mi baño. Fue algo impulsivo y sin razonamiento.



Me lavé la cara en el lavabo y me pasé las manos por el cabello. Mi vida había cambiado de la noche a la mañana.

Kate se bajó de la moto y se quedó mirando fijamente la entrada del bar. No dijo nada durante el viaje y eso me molestaba.

—Trabajarás solo dos horas. Tenemos que ir esta tarde al cumpleaños de Sarah —dije y la tomé por la cintura.

Ella se retorció y me empujó.

—No me toques —bramó.

—Me dijiste que no te arrepentías, ¿a qué viene esto ahora?

—Y no te mentí. Pero necesito espacio, por favor. Estoy en una misión y no puedo cometer errores.

—Lo nuestro no fue un error.

—No lo fue... Pero ahora no puedo pensar con claridad. —Ella resopló en señal de derrota.

—Te dejaré tranquila, solo quiero saber si estás bien. —Acaricié su mejilla con el dorso de mi mano.

—No te preocupes. Soy una niña grande.

Asentí con la cabeza y me alejé. Se veía un poco triste y me sentía culpable. No sabía que decirle a eso, así que mantuve mi boca cerrada y le abrí la puerta del bar.

Ella entró y cuando los clientes la miraron, se abrazó a sí misma y se quedó quieta. Me acerqué por detrás y la apreté contra mi pecho.

—No olvides que piensan que eres mi novia. Nadie va a hacerte daño —murmuré contra su mejilla.

—Tenemos que hablar. —Jasper llegó delante de nosotros y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa ahora? —Miré por el rabillo del ojo como los clientes dejaban de mirarnos y solté a Kate.

—Roy está en tu oficina. Dijo que quería hablar contigo.

—¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Media hora.

—Vigila a Kate, ahora vuelo.

—Espera, voy contigo —dijo ella en voz baja—. Necesito saber qué es lo que quiere.

—Es mejor si te quedas aquí. Roy se pone nervioso cuando hay mujeres y no quiero que te pase algo.

—Te preocupas por mí —susurró.

—Por supuesto, es mi deber.

—Entiendo...

—Ven conmigo, Kate. —Jasper la agarró por el brazo y la guió hasta la barra.

Caminé entre las mesas y saludé a los clientes. Por lo visto, Roy estaba solo; sus amigos no estaban en mi bar.

Empujé la puerta de mi oficina y lo vi. Estaba sentado en mi silla y con los pies en alto, encima de mi escritorio.

Roy dio una calada a un cigarro y bajó los pies.

—Tenemos que hablar. Nadie sabe que estoy aquí —dijo, arrastrando las palabras.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Tienes un trato con Damien...

—Kate, tu novia... —Se puso de pie y dejó el cigarro en el cenicero—. Hay algo que no encaja. Ella es hermosa, elegante y por lo visto muy inteligente. Me pregunto cómo os habéis conocido.

Cruzó los brazos sobre su pecho, claramente divertido con la idea.

—¡Fuera de aquí! —grité inclinándome hacia él.

Su voz salió rápida y áspera:

—No tan rápido. Aún no te dije lo quiero.

—No voy a hacer nada por ti.

—Free Souls —resopló con risa—. Me pregunto quien eligió este

estúpido nombre. Tres hombres con tres debilidades: Kate, Sarah y Freya.

Me estremecí ante sus palabras. La amenaza me dejó boquiabierto e inmóvil. Apreté los puños y gruñí. Mi rostro se contrajo en una mueca mientras la ira ardía dentro de mí.

—Ellas no tienen nada que ver con todo esto. Si las tocas...

—Depende de ti. —Se acercó y palmeó mi pecho—. Necesito vía libre esta semana. Tengo un asunto pendiente con alguien y tengo que cruzar por aquí.

—¿Qué pretendes hacer?

—Es mi problema. Ni tú ni Damien podéis hacer nada para detenerme. Su hija está en el punto de mira y él lo sabe. —Su voz sonó pesada y llena de desprecio.

—Hiciste un trato con él, ¿qué más quieres?

—Quiero este bar cerrado. Quiero cruzar esta carretera sin que nadie me lo impida y quiero mis territorios. Aguanté tres años, pero no pienso hacerlo más. Poco a poco, os echaré de aquí.

Sus palabras me golpearon como un látigo. Me quedé inmóvil y luego, con voz queda, le dije:

—No pienso dejar que todo vuelva a ser como antes. Los habitantes de este pueblo están bien ahora.

—Me importan una mierda los habitantes. Quiero recuperar lo que me robaste —rugió—. ¿Quieres pelea? ¿Quieres quedarte otra vez sin novia? ¿Quieres quedarte sin amigos? Creo que no...

—¡Maldito hijo de puta!

—Esta semana quiero vía libre, ¿entendido?

Retrocedió un paso y luego abandonó la habitación. Permanecí allí un rato sin darme cuenta de que pasaba el tiempo. Eso era justo lo que temía, lo que había intentado evitar que pasara durante los últimos meses. Roy había

descubierto nuestros puntos débiles; la vida de tres chicas inocentes estaba en peligro. Tenía que hablar con Kate, teníamos que encontrar una manera de detener a ese maldito.

## CAPÍTULO 19

Salí de mi oficina justo cuando Jasper se despedía del último cliente. Habíamos decidido cerrar el bar por la tarde y prepararnos para el cumpleaños de Sarah.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó una voz familiar detrás de mí.

Giré la cabeza y me encontré cara a cara con Kate.

—Por supuesto, ¿pasa algo?

Negó con la cabeza y se encaminó hacia mi oficina. La seguí en silencio y ladeé la cabeza. Respiré hondo, permitiendo que mis hombros subieran y bajaran mientras recordaba lo que me había dicho Roy. Sus amenazas me habían tocado.

Sabía que él podía ser un hijo de puta, el año pasado golpeó violentamente a una mujer en el medio de la calle. Nadie intervino, ni siquiera la policía.

Mis sentimientos por Kate eran confusos, sin embargo, sabía con certeza que podía quererla. Los dos teníamos secretos que seguramente destrozarían lo poco que teníamos en segundos, pero la atracción y la complicidad jugaban el papel más importante.

Cerré la puerta detrás de mí y traté de esbozar una sonrisa.

—No te gusta este lugar —expresé, y agarré su mentón con suavidad—. Pero quiero que sepas que ninguna otra mujer ha entrado aquí. Huele mal, está desordenado, pero es mi santuario.

—Te dije que me gustaría conocerte y es verdad. Estoy aquí por mi propia voluntad y tengo órdenes de reportar todo lo que pasa. Dijiste que trabajo con policías corruptos, puede que sea verdad pero yo no tengo

constancia de ello. Solo sé que sois inocentes y que Damien oculta algo. Mi objetivo es desmantelar a los Skulls y pienso cumplirlo, pero también quiero averiguar qué trae entre manos Damien. Te digo esto porque no quiero mentirte. No después de lo que pasó esta mañana entre nosotros —confesó.

Sus palabras eran firmes y solemnes. Me sentí apenado porque sonaron a disculpa.

—Kate... Me alegro de que me hayas dicho la verdad porque ahora sé que es lo que tengo que hacer. No voy a dejarte sola ni un segundo. —Apreté la mandíbula—. No voy a permitir que te acerques a Damien.

—¿Qué? —Retrocedió—. ¿Me lo vas a prohibir? ¿Qué ocultas, Austin? Yo te dije la verdad... Y lo que pasó esta mañana fue importante para mí. Si para ti fue algo casual...

—¡No, maldita sea! No malinterpretes mis palabras. No tiene nada que ver con lo de esta mañana —dije sacudiendo la cabeza—. Fue maravilloso y pensé que te lo había dejado claro. Te hice el amor, Kate, porque me gustas.

—Entonces dime que pasa, por favor. ¿Damien os amenazó? Tenemos el testimonio de un hombre que trabajó para él hace unos años y...

—Déjalo, Kate.

Tomé su rostro entre mis manos y todo a mi alrededor dejó de existir. No podía decirle la verdad, no aún. Roy nos tenía a todos amenazados. Tenía que encontrar la manera de esquivar la verdad.

—¿Por qué lo haría? Es mi trabajo, es mi caso y no voy a echarme atrás.

—Entiendo, solo dame una semana. Prometo contarte toda la verdad.

—Una semana, nada más. Ahora dime que te dijo Roy.

—Nada de eso, si quieres saber la verdad, tienes que dejar de hacer preguntas. Yo me encargaré de todo. Tengo un plan...

—Austin, me pides lo imposible. Soy policía.

—Lo sé y te aseguro que vas a hacer tu trabajo como es debido. Confía

en mí.

—Lo haré, pero tienes que prometerme que vas a tener cuidado. Si ves que las cosas empiezan a torcerse, échate para atrás y déjanos a nosotros encargarnos de Damien. Sé que os tiene amenazados.

Ella sacudió la cabeza y pude ver la preocupación dibujada en su cara.

—¿Crees que lo nuestro podría funcionar? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Me gustas Kate, el sexo fue increíble. Ahora mismo quiero besarte y hacerte el amor, pero hay algo que me lo impide. No sé cómo explicarlo... —suspiré frustrado—. Mi pasado es horrible y temo que nunca lo voy a superar. Quiero esto, quiero estar contigo.

—No digas nada más, no ahora. Cuando todo esto termine, hablamos y tomamos una decisión. Mientras, haz lo que tu corazón te dicte. Si quieres besarme, bésame y si quieres hacerme el amor, házmelo. No voy a impedírtelo, porque yo también lo deseo.

—Entonces voy a besarte.

La besé como si fuera la única oportunidad que fuera a tener alguna vez y sentí un suave burbujeo en el estómago. Nuestras lenguas se unieron en un baile apasionado, dejándome sin aliento. Luego la besé suave, mientras deslizaba la mano a sus pechos y apreté ligeramente. Ella suspiró de placer, arqueándose ante mi toque.

Justo cuando la tensión estaba a punto de estallar en mi interior, un golpe en la puerta me sobresaltó.

Kate retrocedió y se pasó las manos por el cabello. Su ardiente mirada se separó de la mía y sentí un gran vacío.

—¿Puedo pasar? —preguntó Jasper.

—Pasa. —Tragué saliva y mi boca se crispó.

La puerta se abrió y Jasper asomó la cabeza.



—¿Estáis vestidos? ¿Puedo abrir los ojos?

—Deja de hacer el payaso —gruñí—. ¿Que quieres?

—No puedo ir a buscar a Freya. —Entró en la habitación y miró a su alrededor—. Me pregunto cuando vas a limpiar aquí. Creo que hay ratas.

—No hay ratas y solo... Solo tengo que recoger un poco.

Mis ojos vagaron por la estancia y le dieron razón. Había ropa sucia en el sofa, libros y periódicos tirados por el suelo, al lado de la cama. Las sábanas llevaban días sin cambiar y los vasos que había usado para tomar un trago de vez en cuando, estaban amontonados encima del escritorio.

—Lo que tú digas. —Le dedicó una mirada fugaz a Kate y suspiró—. A ver si tú tienes más suerte que yo —le dijo.

—Lo intentaré —susurró ella y torció los labios.

—¿Por qué no puedes ir a por Freya?

—Quiero comprarle un regalo a Sarah, no puedo presentarme allí con las manos vacías.

—¿Y qué mierda hiciste estos días? ¿Tuviste tiempo suficiente para comprarle algo.

—No sé qué regalarle.

—¿Qué tal tu amor? ¿O un anillo de compromiso?

—No seas idiota, te dije que no hay nada entre nosotros.

—No voy a decir nada más. —Levanté las manos en el aire.

—Más te vale. —Él se acercó a Kate y la miró a los ojos—. Necesito tu ayuda para comprar el regalo. ¿Me acompañas?

—Claro... —Ella me miró de reojo buscando mi consentimiento.

—Me parece buena idea, ya que tengo que llevar a Freya en mi moto —dije, mirándolos—. Nos vemos en casa de Sarah. Ir con cuidado, Jasper.

—Lo haré. —Frunció el ceño—. ¿Pasa algo?

—No, tranquilo.

Me acerqué a Kate y besé su frente. Dejé que mis labios descansaran sobre su piel caliente y suspiré. Había encontrado la respuesta a mi pregunta. La amaba y eso me asustaba como la mierda. Tenía miedo de perderla.

—Luego os veo.

Le dediqué una sonrisa a Kate y salí de mi oficina.



Me bajé de mi Harley y miré a mi alrededor. Detestaba aquel lugar. Parecía un almacén abandonado, nada apropiado para una señorita tan fina como era Freya. Me fui a la parte de atrás y me acerqué a la ventana. Golpeé el cristal con las llaves de mi moto y me quedé esperando.

La puerta se abrió y mis labios esbozaron una sonrisa cuando la vi. Esa chiquilla era cada día más guapa.

—Si no fueras tan joven...

—Austin. —Saltó a mi cuello y besó mis mejillas—. Te eché de menos.

—Yo también pequeña. —La dejé en el suelo—. Hoy estás preciosa.

—Gracias, es... Bueno quería ponerme guapa para... ¿Dónde está Colin? Frunció el ceño y miró a su alrededor.

—Colin se está recuperando. En la última redada que tuvimos lo hirieron. No es nada grave, solo un corte superficial en el brazo —dije con toda claridad.

Freya me dedicó una media sonrisa y me pregunté cuántas veces alguien le había hecho daño. Cuando murió su madre, Damien se volvió un solitario, un maldito bastardo que solo pensaba en ganar dinero. Freya tenía entonces tan solo quince años. Los abuelos no quisieron hacerse cargo de ella y se vio

obligada a convivir con su padre.

Los padres de Freya se separaron hace unos siete años. Durante todos esos años, fue la madre quien se había encargado de la niña.

Fue un golpe duro para ella vivir con un padre que no quería hacerse cargo de ella.

—Odio que tengáis que hacer esto. Es peligroso.

—No por mucho tiempo. —Tomé su mano—. Muy pronto vamos a disfrutar de la libertad.

—Odio a mi padre. Ayer no me dejó salir a comer. Echo de menos a mis amigas y a vosotros.

Se enderezó y se movió un poco más cerca de mí.

—Freya, hay una razón por la que él no te deja salir. Tenemos problemas con Roy...

—¿Ese idiota? Me pareció haberlo visto por aquí. —Las palabras salieron de su boca, desprovistas de emoción.

—Esta noche te quedarás con nosotros. Hablaré con tu padre. Estoy seguro de que estará de acuerdo.

—Algo está pasando, ¿verdad? —susurró.

—¿Por qué dices eso? —Fruncí el ceño.

—Mi padre contrató más seguridad y no me deja salir.

—Luego te lo cuento...

—Austin, ¿qué mierda haces aquí? —preguntó Damien a mis espaldas.

Di la vuelta y me encontré con una pistola apuntando hacia mí. No hice caso de su pregunta.

—Tengo que llevarme a tu hija conmigo.

Él bajó la pistola y frunció ligeramente el ceño.

—Freya tiene prohibido salir.

—No tengo diez años, papá. No puedes tenerme encerrada aquí. —Ella

dejó escapar un largo suspiro.

—Puedo y lo haré. Soy tu padre.

—¿Mi padre? —se burló ella—. Me tienes secuestrada.

—¡Ey! —Me interpuse entre ellos—. Roy vino a verme hoy.

Damien se acercó y me agarró por el brazo.

—Entonces, ya sabes por qué no puedo dejarla salir.

—Lo sé, pero conmigo está a salvo. A Colin lo hirieron y he pensado que ella quería verlo.

—Sabes que opino de tu primo. No lo quiero cerca de mi hija.

—Colin es mi amigo, papá. Quiero verlo —dijo, prolongando las palabras, mirándolo solo a él.

—Freya...

—Mañana la traeré de vuelta —dije en voz baja.

—Está bien. —Él se acercó a su hija y la besó en la frente—. Sé que no soy un padre ejemplar, pero te quiero.

Ella se alejó y se aferró a mi brazo.

—Llévame lejos de aquí —murmuró.

## CAPÍTULO 20

Freya entró en la casa y cerró la puerta. Metí las manos dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el regalo para Sarah. Le compré una cadena de plata con un colgante en forma de trébol. Ella me había regalado uno idéntico cuando me había ido a Afganistán para que me trajera suerte.

Giré el pomo de la puerta y entré. Se escuchaba música y voces hablando. Caminé hasta allí y los vi a todos sentados en el suelo y mirando fotografías.

—Aquí estábamos intentando recuperar una pelota de tenis. Había caído en la piscina del vecino —dijo Sarah con entusiasmo.

—Estabais mojados. —Freya soltó una risita.

—Esta foto es de Austin, recién llegado de Afganistán —comentó Colin y apretó los labios—. Fue un día triste, pero también alegre.

Kate estiró la mano y tomó la fotografía.

—Fue triste porque le eché la bronca —dije y ellos me miraron—. Habías vendido mi moto.

—Mmm, sí lo hice. —Torció los labios y se puso de pie.

—¿Cómo está el brazo?

—Bien, tengo la suerte de tener una hermana con manos mágicas.

—Solo fue un corte superficial. —Sarah puso los ojos en blanco y dio un paso hacia delante—. ¿Quieres una cerveza? ¿Tienes hambre?

—Felicidades, prima.

Le di la cajita y ella agrandó los ojos.

—Me compraste un regalo...

—Todos lo hicieron, ¿verdad?

—Sí... —Tragó saliva—. Gracias por otro cumpleaños en familia.

—Gracias a ti por mantener esta familia unida.

Ella asintió con la cabeza y se dispuso a abrir la cajita. Sus ojos se ampliaron cuando vio el colgante y sonrió. Tomó la cadena en sus manos y alzó la mirada.

—Es el regalo perfecto. Este trébol significa mucho para mí... Y tú lo sabes.

—Así es, prima. —Tiré hacia abajo del cuello de mi camiseta—. Nunca me lo quité.

—Te ha traído suerte. —Se acercó un poco más—. Y sigue haciéndolo —susurró—. Kate es una buena mujer y se ve que le gustas. Dale una oportunidad al amor. No todas son como Annie.

—Lo pensaré, gracias.

Mis ojos buscaron a Kate y esboqué una sonrisa cuando la vi mirándome con el ceño fruncido. Levantó en el aire una fotografía y negó con la cabeza.

—Esto me va a traer pesadillas —dijo riendo—. ¿Cómo demonios conseguiste entrar en un traje de conejita?

—¿Qué?

Mi sonrisa se desvaneció y corrí hasta allí. Le arranqué la foto de las manos y me volví hacia Colin.

—¿Quieres explicarme esto? —rugí molesto—. Me dijiste que la habías roto.

—¿Y tirar a la basura la única prueba que tengo para humillarte? En la vida, primo.

Se acercó y palmeó mi pecho. Su mirada conectó con la mía y supe que quería hablarme. Asentí con la cabeza y empecé a retroceder. Abandoné el salón y crucé el pasillo. Empujé la puerta que daba al jardín y me quedé esperando.

—Esto se ha vuelto demasiado personal y demasiado arriesgado —dijo

él con voz grave—. Hasta hace dos años, solo estaba mi hermana. Ahora está Kate y Freya. No podemos protegerlas.

—Roy me amenazó.

La expresión de su rostro cambió. Se pasó las manos por la cara y después de un minuto, dijo:

—Está muerto, yo me aseguraré de agujerear su pecho. —Su voz se volvió oscura.

—Tú no vas a hacer ni una mierda, ¿me oyes?

Sabía que estaba utilizando un tono despectivo, pero no pude evitarlo. Me irritaba su actitud.

—Tengo que hacerlo. Ese malnacido tiene que pagar. Nadie se mete con mi familia.

Sus ojos ardían de furia.

—Pagaré, te lo aseguro. Ahora tenemos que mantenernos unidos. Kate nos ayudará a detener a Damien. Nosotros lo que tenemos que hacer es ocuparnos de los Skulls. —Al ver que frunció el ceño, añadí—: Mañana hablaré con Shade. Los Black Crows se llevan bien con las demás bandas de motoristas. Entre todos podemos hacer que las calles vuelvan a ser seguras de nuevo.

—Encontrar a Roy en Forth Worth es como encontrar una aguja en un pajar —dijo él con voz cansina.

—Créeme que todos lo vamos a buscar.

—Está bien. Lo dejaré en tus manos pero si esto no funciona, voy a desatar el Infierno. —El tono de su voz traslucía su desprecio hacia Roy.

Entre ellos dos hubo un conflicto continuo. Colin se enredó con la hermana de Roy hacía tres años. Amanda no era más que una mujer problemática, sólo venía al bar a buscar alcohol y conflictos.

En una de las noches, Colin tuvo que quedarse a cerrar. Amanda también

se quedó y los dos cometieron el error más estúpido que existía; practicar sexo yendo bebido.

Después de aquel incidente había prohibido la entrada a mujeres en mi bar. Solo podían venir las que estaban acompañadas.

—Piensa en tu hermana y deja de actuar tan impulsivamente. No quiero recordarte lo de Amanda.

—No pude evitarlo, lo sabes. Aquella mujer se había metido debajo de mi piel...

—Te emborrachó, eso fue lo que pasó.

—No me lo recuerdes, por favor —gruñó.

—Vamos a volver dentro. Tengo que limpiar mi imagen. Kate vio esa foto y...

—Te gusta, ¿verdad? Sabía que ella no te dejaría indiferente —dijo a la vez que me guiñaba un ojo.

—Me gusta, pero no sé cómo lidiar con esto. Cuando Annie me dejó, me juré a mi mismo que nunca más me enamoraría. Ahora Roy sabe que tengo un punto débil.

El sonido de mi voz nos sorprendió a ambos.

—Lo importante es que te diste una oportunidad. El amor es... A veces duele y a veces hace magia —profirió con voz ronca.

Colin tenía razón. Era importante mantener las puertas abiertas y volver a intentarlo. La mente siempre te recordaba lo malo y lo difícil. Sin embargo, no tenías que tener miedo de volver a sufrir por la misma razón sino aprender de tus errores.

—¿Qué pasará con Freya cuando vayan a detener a su padre? Es una chiquilla, no podemos dejarla sola.

Lo miré y me apoyé en el marco de la puerta.

—Yo no quiero hacerme cargo de ella. Está muy ilusionada conmigo —



murmuró.

—Está enamorada de ti, primo. Le vas a hacer daño.

—Mejor ahora que más tarde. Yo no soy el hombre que necesita ahora en su vida. Tiene que irse de aquí y encontrar un buen trabajo.

Su rostro cayó, y aspiró una bocanada de aire.

—¿Tan rápido abandonas? Te vas a arrepentir.

—Lo sé, pero es lo mejor. —Sus palabras sonaron definitivas.

La puerta se abrió de golpe y rebotó contra la pared.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo Sarah con un toque de desaliento.

—Estábamos hablando...

—Odio cuando hacéis esto. Es mi cumpleaños, por favor. —Nos lanzó una mirada frustrada por el rabillo del ojo.

—Está bien. Vamos dentro —dije finalmente.

## CAPÍTULO 21

Recogí la mesa y los platos. La tarta que había hecho Sarah estaba divina; dulce y con un toque de hierbabuena. Era una receta familiar, solo mi madre y su madre sabían los ingredientes secretos.

En toda la noche, Kate no me había quitado los ojos de encima. Hizo preguntas y se interesó por mi pasado. En gran parte, eso me molestó.

Si quería saber algo en concreto, preferiría contárselo yo y a solas. Me comporté reticente, no me gustaba victimizarme a mí mismo.

No obstante, sentí la necesidad de abrazarla y besarla un par de veces.

Cuando nuestros cuerpos se unieron no hubo vuelta atrás, nos quedamos atrapados dentro de una burbuja que exudaba deseo, necesidad y pasión. Recordé los besos que habíamos compartido y las caricias. Los pequeños sonidos de placer que ella había hecho cuando estaba en el éxtasis casi me mataron. Tanto ella como yo, estábamos hambrientos de afecto.

Imaginarme con ella era ser feliz y con ganas de empezar una relación.

<<¿Cómo sería vivir juntos? ¿Dormir juntos y hacer planes de futuro? >>

—Sarah preparó las habitaciones —murmuró Kate mientras dejaba en el fregadero los vasos que había recogido.

—Me toca dormir con esos dos terremotos de hombres —bufé.

—¿A qué te refieres?

Abrió el grifo y el agua la salpicó. Se echó hacia atrás y miró con horror su camiseta mojada.

—Odio lavar los platos —dijo entre dientes.

—Lo haré yo. No te preocupes.

La observé en la tenue luz, notando la manera en que la tela mojada se pegaba como una segunda piel a sus senos. No llevaba sujetador y ella se veía

malditamente impresionante.

—Gracias, iré a por los demás platos. —Se movió incómoda.

—Ni se te ocurra salir así —gruñí y la agarré por el brazo—. Enseñas más de lo que deberías.

Agachó la mirada y de inmediato se cubrió el pecho con las manos.

—Tienes razón. Creo que también estoy borracha... —susurró y se mordió los labios.

—Ve arriba y cámbiate. Recogeré yo lo que queda.

—Austin... —Ella dejó caer las manos hacia abajo y se acercó—. Estás muy serio... ¿Pasa algo?

—Ahora, no. Por favor.

—¿Estás molesto conmigo? —Se aclaró la garganta.

—Un poco, esta noche me incomodaste. No me gusta hablar de mi pasado.

—Lo siento, pero te dije que quería conocerte mejor.

—Me lo dijiste, pero prefiero que me preguntes a mí. Te dejo entrar en mi vida porque siento algo por ti. Pero...

—¿Pero?

—Me siento investigado, vigilado.

—Es por mi trabajo. Estoy acostumbrada a hacer preguntas. No lo haré más.

—No te digo que no lo hagas más. Solo intenta ser un poco más discreta.

—Pensé que... Que te arrepentías...

—¿Del sexo? Jamás. ¿De los besos? En la vida. De hecho, aún siento tus labios contra los míos y ese momento perfecto cuando nuestros cuerpos se fundieron.

Su respiración se volvió rápida, pero permaneció en silencio.

—No sé si estoy preparado para llevar lo nuestro a más, pero prometo

que nunca te haría daño. Espero recibir lo mismo de tu parte.

—Me gustas, Austin. Demasiado... —Liberó un suspiro tembloroso—. Pero no quiero solo sexo.

—De momento solo puedo darte esto.

—¿Amigos con beneficios? No quiero...

Se enderezó, mirando como si le hubiese pateado el estómago. Dio un paso hacia atrás.

—No puedes negar la atracción, Kate.

—No lo hago.

Una línea apareció en su frente, y sabía que se encontraba perdida en sus pensamientos.

—Hablamos mañana, no ahora.

Liberé un enorme suspiro y miré sus ojos. Lucía asustada, herida y confundida. Bajó la mirada a sus pies; su cara era una máscara de concentración.

—Kate, mírame.

Me acerqué con cautela y coloqué mis manos en su cintura. Recordé al instante la exquisita sensación de sus caricias y sus besos excitantes. Todo había sido perfecto, pero no podía permitirme pensar en eso ahora.

Empujando esos pensamientos fuera de mi cabeza me centré en su mirada interrogante.

—Tú tienes tu trabajo y yo el mío. Nuestros caminos se cruzaron, y depende de nosotros si nos quedamos atascados o seguimos adelante. Ahora mismo no podemos tomar decisiones, aún no. Tenemos que esperar.

—Lo sé, tienes razón.

Sus ojos se movieron sobre los míos y me estudió en silencio, su rostro repentinamente serio.

—Quiero dejarte claro que no lo tomo como un juego, pero no puedo

comprometerme a nada ahora. No después de lo que pasó con... —Tragué saliva—. Mi última relación no terminó bien.

—La mía tampoco.

—Entonces estamos igual —dije en voz baja—. Lo de esta mañana, fue la experiencia más real y más hermosa que he tenido en mucho tiempo.

—Siento lo mismo, Austin. Me pones nerviosa y me haces querer cosas que tenía olvidadas.

—Tú me haces sentir diferente... —susurré.

Sus mejillas se pusieron rosadas y sus labios se entreabrieron. Reparé con atención en su boca y no pude evitar desear besarla.

—Creo que iré a la cama —dijo en voz baja pero no se movió de su sitio.

—Me debes un baile. —Me acerqué un poco más—. Dijiste que no sabes bailar, pero ahora estamos solos. Nadie te ve.

—Me da vergüenza...

—Yo te enseño.

Tomé su mano y me la llevé conmigo al salón.

—Tenemos que recoger, hemos perdido la apuesta.

—Lo haremos más tarde. No busques más excusas.

Me acerqué al equipo de música y le di al play. Bajé un poco el volumen y las primeras notas empezaron a sonar. A mi prima le gustaba mucho la música de oldies. Se podría decir que era fan de *The Beatles*.

La canción de *Eight days a week* me gustaba a mi también y pensé que era muy apropiada para el momento.

Me volví hacia ella y le tendí la mano. Kate se relamió los labios nerviosa, pero decidió aceptar. Mi otra mano fue hacia su cintura, justo por encima de sus caderas. Su jadeo involuntario cuando la atraje hacia mí, fue opacado por la música.

Estábamos solos. Los demás se habían ido a la cama hacía más de media

hora.

Mi agarre era firme y posesivo. Quería que ella supiera que por nada el mundo la iba a olvidar. No estábamos bailando como tal, era más un balanceo continuo.

—No se te da nada mal —susurré en su oído.

—Te estoy imitando.

Bajé la vista a su camiseta mojada e inspiré con fuerza. Deseaba subir las manos y acariciar sus pechos. Mi cordura empezaba a quebrarse por el aumento del deseo. Me burlé de mí mismo; me estaba excitando con algo muy sutil. Me pareció que lucía sensual con la camiseta mojada y el cabello recogido en una cola alta.

Sintiéndome como un idiota por mirarla fijamente, cerré los ojos y me dejé llevar por el ritmo de la canción. No podía respirar, el rozamiento de sus endurecidos pezones contra mi pecho me producía ligeros escalofríos.

—Yo también quiero algo más que sexo —susurré.

—¿De verdad?

Abrí los ojos y la vi juntando los labios en un gesto sensual que me hizo mucha gracia.

—Deberías dejar de coquetear conmigo, señorita. Mojaste tu camiseta a propósito y ahora no paras de mirarme con deseo. ¿Quieres llevarme a la cama y hacerme cosas sucias? ¿Quieres torturarme con tus besos inocentes?

—¡No es verdad! —chilló con semblante sorprendido—. Eres un descarado...

—Mejor descarado que idiota —dije guiñándole el ojo.

La canción terminó y ella desenredó las manos de mi cuello. Se separó con premura y me miró a los ojos.

—Gracias por este momento. Siempre dije que había desperdiciado mi juventud... Mis padres... Ellos siempre me controlaron, prácticamente había

vivido siguiendo unas reglas estúpidas y machistas.

—Kate, si quieres hablar de lo que pasó, puedes hacerlo.

—Tú no hablas de tu pasado, ¿por qué yo debería hacerlo?

—Tienes que ganar mi confianza, cariño. —Hice una pausa—. Las mujeres me han defraudado, sin embargo, a ti te veo distinta; como un rayo de sol después de un día de tormenta. Si consigues romper esa barrera invisible, me tendrás a mí entregado por completo.

—Yo... no sé. ¿Me quieres?

—No puedo contestar a esa pregunta, Kate. Nos conocemos desde hace unos días, para mí sigues siendo una extraña.

—Entonces, ¿qué tenemos? ¿Qué intentamos construir? ¿Un castillo de arena?

—Puede ser... —Mis cejas se arquearon con confusión—. Ve a la cama, Kate. Hablamos mañana.

Necesitaba estar solo, para poner mis pensamientos en orden y averiguar que iba a hacer con ella.

—Buenas noches.

La voz de Kate cortó mis reflexiones. Abrí la boca para hablar, pero me silenció poniendo un dedo sobre mis labios.

—Tenemos que mantener en pie ese castillo de arena. Puede derrumbarse en un segundo. Estoy preparada para luchar.

—Si se derrumba, lo construimos otra vez. No quiero renunciar a esto... A ti. Descansa, cariño.

Besé la punta de su dedo índice y me alejé.

Cuando cerró la puerta, respiré hondo varias veces. Esa mujer había matado a mis demonios y había desnudado mi alma en apenas un segundo. Era mi alma gemela, alguien que había conseguido cambiar mi realidad y que estaba marcando un antes y un después en mi vida.

# CAPÍTULO 22

## Kate

Me puse el delantal negro y recogí mi pelo en una coleta alta. Guardé la pistola dentro de mi mochila y la dejé debajo de la cama. Odiaba la oficina de Austin; no tenía ventanas y el espacio era muy pequeño.

Quise recoger y limpiar un poco, pero él me lo impidió.

Mi móvil vibró encima de la mesa y estiré la mano para cogerlo. Cerré los ojos con fuerza cuando vi el nombre de mi hermana en la pantalla. Ella nunca llamaba para preguntarme si estaba bien, solo para fastidiarme.

Cuando me fui de casa, ella les dijo a todos que había escogido el camino del infierno. Mi familia era muy creyente, todos los domingos acudían a la misa y luego se quedaban a confesar sus pecados. Tanto mi hermano como yo, teníamos los matrimonios arreglados. Yo tenía que haberme casado con el hijo de un abogado y mi hermana con el hijo del alcalde.

Mis padres dijeron que no eran matrimonios forzados, porque todos estaban de acuerdo. Todos menos yo.

Atendí al quinto tono.

—Hola.

Hubo un segundo de silencio antes de que ella respondiera.

—Hola, hermana —dijo Laura.

Humedecí mis labios. No ignoré su exhalación repentina. Seguí en un tono más frío.

—¿Qué quieres? Llevo tiempo sin saber de ti.

Suspiré pesadamente.

—¿Cómo estás? No me cuelgues, por favor.



—Estoy bien. —Exhalé con fuerza.

—La semana que viene me caso y me gustaría que vinieras.

—No pienso volver allí. Lo siento.

—Por favor... Déjame explicártelo. Yo... Yo también me fui de casa. —

Hizo una pausa, y luego añadió—. Me di cuenta de que tenías razón. Nuestros padres manejaron nuestras vidas como las de unas marionetas. Nos enseñaron a vivir como esclavas.

—Me alegro por ti, pero fuiste mala conmigo. Me alejaste de mis amigos con mentiras... Lo que dijiste de mí...

—Créeme que ahora me arrepiento —me interrumpió—. Te pido perdón, hermana. Estaba cegada.

—¿Dónde vives?

—Vivo en Oklahoma. Encontré trabajo como dependienta y conocí a un hombre maravilloso. Nos queremos mucho —dijo, alzando la voz con un murmullo radiante.

—Laura... —murmuré, sofocando un suspiro—. Déjame pensarlo unos días.

—Gracias, esperaré tu llamada.

Ella colgó antes de que pudiera decir algo más.

Laura era así. Sus estados de ánimo cambian con frecuencia. La veías feliz y riendo y al rato triste o deprimida. En cierto modo me alegraba por ella, había conseguido salir por su cuenta de aquel abismo. Me preguntaba si mis padres habían intentado encontrarla como lo hicieron conmigo. Cuando me fui de casa, me sentí vigilada. Ellos habían contratado un detective privado y ese hombre me seguía a todos lados. Me vi obligada a poner una denuncia y mis padres dejaron de molestarme.

Sentí una oleada de emociones a través de mí, rabia, impotencia y algo más de lo que no podía estar segura. La conversación con mi hermana trajo de

vuelta algunos recuerdos dolorosos. Mi corazón estaba golpeando tan duro que podía sentirlo retumbando a través de mi cuerpo. Nunca había hablado con nadie de mis padres, solo lo sabía mi compañero de piso.

Una punzada de algo parecido a la furia se disparó a través de mí. Quería romper algo.

Mi móvil cobró vida de nuevo y miré la pantalla. Dejé salir la respiración que no sabía que estaba aguantando y me dispuse a contestar.

—Ford...

—Hola Kate. ¿Cómo estás?

Lo oí soltar una profunda respiración.

—Bien, la verdad.

—Me alegro —carraspeó—. Tengo que hablar contigo. Hay novedades en el caso de Damien. Tenemos pruebas nuevas.

—Que buena noticia. Yo también encontré algo; su punto débil. Él tiene una hija.

—Mhm... ¿Saben que no estás allí para los Skulls?

—No, pero... ¿Qué pasa?

—Los Free Souls trabajan con Damien. Tenemos fotos, contratos y... —suspiró con pesar—. Hay pruebas que los incriminan.

—No puede ser verdad...

—Tenemos que sacarte de allí, Kate. Estás en peligro. Todo apunta a que Austin mató a dos políticos hace unos meses. Al parecer se negaron a hacer negocios con Damien.

—No es verdad. Los Free Souls trabajan con la policía estatal, son ayudantes...

—Kate, tienes que creerme. Te enviaré por correo lo que tenemos. Tú misma puedes sacar las conclusiones.

Me quedé en silencio. Mis dedos que no apretaban el teléfono en mi oreja

se crisparon y golpeé el escritorio. Me negaba a creerlo. Austin no era culpable, no pude ser tan tonta, no me había dejado engañar por sus encantos. Él me dijo que trabajaban con la policía y tenía que ser verdad. El testimonio de ese testigo que teníamos confirmaba aquello. Damien contrataba hombres bajo amenazas. Los utilizaba para mantener una relación de confianza con los policías.

Freya era su hija y por lo que había entendido, ella tenía acceso al ordenador. Tan solo tenía que ganarme su confianza para convencerla de que hablara conmigo. Jasper me dijo que ella no se llevaba bien con su padre y que lo odiaba. Eso era un punto a mi favor.

Lo que tenía que hacer, era alargar mi estancia en Forth Worth y ayudar a los Free Soul con los Skulls.

—Miraré el correo, pero yo de aquí no me voy. Voy a averiguar la verdad. Damien es el único culpable.

—Kate, ¿estás segura? Sabes que siempre te apoyé en todo, pero esto pinta muy mal. El FBI quiere intervenir cuanto antes y detener a Austin.

—Habla con Kozak y dile que espere unos días. Estoy segura de que él es inocente.

—Está bien. Unos días más, luego tendré que sacarte de allí.

—Gracias, te llamaré.

Colgué y dejé el móvil encima de la mesa. Mi turno como camarera había empezado y tenía que salir. Me pasé las manos por la cara y suspiré hondo. Tenía que encontrar la manera de salir del bar sin llamar la atención y lo único que se me ocurría era mentirles a todos, podía decirles que necesitaba hacer algunas compras. La boda de mi hermana se había presentado en el momento propicio.

## CAPÍTULO 23

Alcé la mirada y fruncí ligeramente el ceño. Kate había salido de mi oficina hacía una hora y desde entonces no había dejado de tirar cosas y maldecir. Estaba molesta por algo, como si hubiera recibido una mala noticia. Ni siquiera sonreía cuando los clientes le daban las gracias.

Jasper había salido y tuve que quedarme a cubrir la barra y sacar los pedidos. En todo ese momento, ella ni siquiera me miró.

Eso empezaba a sacarme de mis casillas. Kate era un gran misterio. Cuando pensabas que todo iba bien, ella lo jodía y ponía todo patas arriba.

No querría hacer una escena delante de los clientes, ellos pensaban que éramos novios. Así que lo único que podía hacer, era esperar a que llegara Jasper.

—Dos cervezas para la mesa cinco —dijo ella con voz cansada y dejó la bandeja encima de la barra.

—Ahora mismo. ¿Pasa algo, Kate?

—Estoy cansada, nada más —bramó con brusquedad.

—Oye, no te permito que me hables así. —Caminé hasta donde estaba ella y le agarré la barbilla con mis dedos—. Si estás molesta por algo, no lo pagues conmigo. A ti no hay quien te entienda. Pensé que habíamos superado nuestro primer encuentro desastroso.

—Lo siento.

Alzó la mirada y cuando vi sus ojos, mi corazón dejó de latir por unos segundos. Había llorado, esa preciosa mujer que tenía delante, había derramado lágrimas y había borrado su hermosa sonrisa a causa de algo. Y planeaba averiguarlo.

—Kate...

—Ahora no.

Retrocedió y pasó por mi lado. Llegó delante del frigorífico y sacó dos botellas de cerveza. Las destapó y las colocó encima de la bandeja. Alzó la barbilla y caminó con pasos firmes hasta la mesa número cinco.

Yo no salía de mi asombro y no sabía qué hacer para remediar la situación.

Vi por el rabillo del ojo como la puerta de la entrada se abría y giré la cabeza. Maldije en voz baja cuando vi a Roy y su pandilla. Caminaron hasta donde estaba Kate y la rodearon.

Apreté los puños y me encaminé hasta allí. Roy la había agarrado por la cintura y le susurraba algo al oído.

—Apártate ahora mismo.

—Tranquilo, amigo. Solo le estaba diciendo que hoy está deslumbrante.

—Aléjate ahora mismo. —Di un paso hacia delante y sus hombres se pusieron en alerta. Dos de ellos colocaron las manos en las pistolas que tenían escondidas.

—No queremos problemas, Austin. —Roy levantó las manos en el aire y se relamió los labios—. Venimos a tomar un par de cervezas.

—No sois bienvenidos.

Algunos de los clientes se pusieron de pie, pero justo en ese momento llegaron Jasper y Colin. Los observé mientras se acercaban y sentí alivio al comprobar que ambos parecían caminar con paso bastante firme. Roy tenía una reputación terrible cuando estaba sobrio, pero cuando bebía era impredecible y peligroso.

Ellos llegaron a mi lado y el ambiente se volvió tenso; solo se cruzaban miradas asesinas.

—¿Qué tenemos aquí? —Colin cruzó los brazos sobre su generoso pecho y miró directamente a Roy mientras hablaba—. No sabía que tuvierais permiso

para entrar aquí.

—Deberías de pasar más tiempo en el bar, con los mayores. Freya no es más que una cría —contestó Roy con una sonrisa de idiota, como si cada una de sus palabras fuera desternillante.

—No la menciones. —En los ojos verdes de Colin brilló una luz gélida.

Sentí una mano cálida en mi brazo derecho y bajé la mirada. Kate me dedicó una mirada de ojos expandidos e inclinó su cabeza a un lado. Luego me hizo una mueca y hundió las uñas en mi antebrazo.

Gruñí y atrapé de un movimiento su mano. No sabía si quería decirme algo o estaba asustada, pero tampoco quería averiguarlo.

Me alejé de golpe y agarré a Roy por el cuello. Mis dedos se hundieron en su piel caliente y sudorosa. Estaba tan molesto que no podía pensar con claridad. Lo que había hecho podría ser el detonante de una guerra entre bandas, pero me importaba una mierda. Nadie se metía con mi primo.

—Nos conocemos muy bien, Roy y sabes que ahora mismo podría contigo y con tus amiguetes —siseé entre dientes—. Así que deja de soltar amenazas.

—Quita tus asquerosas manos de mi cuello —gruñó y endureció la mirada—. Cometiste un gran error, Austin y te arrepentirás.

—Te dejé vía libre esta semana. Tú y tus idiotas podéis hacer lo que os dé la gana, pero no te quiero ver por aquí, ¿entendido?

—Perfectamente —escupió con odio—. Ahora aléjate, maldita sea. Solo vine para darte un recado.

—Habla.

Me alejé y apreté la mandíbula. Roy sacudió sus hombros y miró de reojo a Kate. Soltó una carcajada y metió la mano dentro del bolsillo de sus apretados pantalones. Sacó una fotografía doblada y mis cejas se alzaron.

—¿Qué mierda es eso? —vociferé con el rostro desencajado y

encendido.

—¿Esto? —Se acercó y desdobló la fotografía delante de mis ojos—. No hace falta que te responda, ¿verdad?

—¿Qué demonios hiciste? —vociferé—. ¿Dónde está Shades?

—Vamos a decir que ahora solo quedan dos bandas de motociclistas en Texas. Black Crowes...

—¡Maldito! —Lo agarré de nuevo por el cuello y esta vez lo sacudí violentamente. Me acometió una sensación sobrecogedora, mezcla de odio y repugnancia. Deseaba romper la odiosa cara de Roy.

—Ey, tranquilos. —Colin intentó sin éxito separarnos.

Vi por el rabillo del ojo que los hombres que estaban junto con Roy habían rodeado a Kate y a Jasper. Saqué fuerzas de la rabia que hervía en mi interior y lo solté.

—Eres el siguiente, Austin —graznó Roy y me golpeó con tal rapidez y fuerza que no tuve tiempo a reaccionar. Me tambaleé hacia atrás y sacudí mi cabeza.

—Pedazo de mierda. —Le asesté un derechazo fulminante en la boca, sacudiéndolo.

Me toqué la mejilla dolorida y me sentí invadido por un feroz deseo de pelea.

—Te voy a matar, vigila tus espaldas. La voz de Roy sonó pesada y llena de desprecio. Inclino la cabeza preparándose para volver a atacar.

Colin y Jasper se plantaron delante de él, bloqueándole la vista.

—Fuera de aquí, Roy. Llévate a tus amigos y no vuelvas más —bramó Colin y se cruzó de brazos—. Nadie se mete con mi primo.

—Deberías tomarte mi amenaza en serio, Austin. No garantizo que Shade esté vivo. —Soltó una carcajada y se agachó para tomar la fotografía. La rompió y luego tiró al suelo los dos trozos. La incredulidad y el frío exterior

se deslizaron por mi columna vertebral.

—Empezaste una guerra. —Mi vista bajó al suelo. Había quedado boca arriba el trozo con la cara de Shade. En el otro estaba mi cara. Esa fotografía había sido tomada hace cinco años, en Afganistán. Shade la guardó en su cartera, y siempre la sacaba cuando se emborrachaba. Para él era una símbolo de una amistad que se había creado entre balas y los horrores de la guerra. Fuimos muy amigos entonces. Ahora nos unía un gran respeto y varios secretos que nunca vieron la luz.

—Eso era lo que quería —escupió Roy—. Voy a recuperar lo que me robaste, y no me importa si tengo que pisar una montaña de cadáveres para conseguirlo. —Dio la vuelta y abandonó el bar, seguido por sus tres compañeros de banda.

El miedo y el pánico subieron fuerte y rápido en mi garganta mientras luchaba por recobrar la compostura.

Me agaché y tomé los dos trozos de la fotografía. Los guardé dentro de mi cartera y tragué con dificultad. Nadie decía nada, solo me miraban. Sentí que el silencio se alargaba demasiado. Así que me acerqué a Kate y envolví mis brazos apretándolos a su alrededor.

Le planté un beso en los labios porque lo necesitaba. Necesitaba calmar mis demonios para no cometer la estupidez de salir corriendo detrás de Roy.

Colin llamaba a su hermana cuando necesitaba consuelo y Jasper se encerraba en su habitación para leer cuando se encontraba perdido. Yo había conocido a Kate. No llevábamos suficiente tiempo juntos para ponerle un nombre a lo que teníamos pero cada vez que pensaba en ella me tranquilizaba. Sentía una paz profunda y solo me importaba ella. Mi mente quedaba en blanco y me olvidaba de todo por un rato.

Mi vida estaba toda al revés pero parecía que había encontrado el equilibrio durante los últimos días. A pesar de que ella había estado molesta



conmigo al principio, la atracción y la pasión que surgió desde el primer momento sobrevivió. También se debía al hecho de que yo quería ser un hombre que no le diera una razón para alejarse.

No obstante, estaba asustado. No sabía que iba a pasar con nosotros después de resolver la situación en la que nos encontrábamos.

Kate estiró una mano y acarició mi mejilla. Me miró con atención y suspiró.

—¿Por qué me besaste? —su voz era un murmullo—. Si piensas que voy a tomar medidas contra los Skulls...

—Lo necesitaba, Kate. Deja de cuestionar cada gesto mío. Y si piensas hacer algo, que sepas que no te voy a dejar. Sé que tienes experiencia y eres una buena detective, pero no conoces a Roy. No como lo hago yo. Ahora mismo él tiene como rehén a Shade y si no hago algo, él acabará muerto.

—Lo siento, pero no puedo quedarme con los brazos cruzados. No después de lo que vi. Voy a pedir refuerzos y...

—¡Kate! ¿No me escuchaste?

Mis gritos sonaron como un eco dentro del bar. No me había dado cuenta que todos los clientes se habían ido. Solo quedaban Colin y Jasper pero estaban sumisos en una conversación bastante acalorada.

—No me grites, joder. —Ella se quitó el delantal y desató su largo cabello—. Voy a tomar medidas, te guste o no. Estoy aquí para cumplir con mi trabajo no... No... —Tragó fuerte y se quedó callada.

—No para perder el tiempo con un delincuente. Eso era lo que querías decir, ¿verdad? —Mi voz se me atoró en la garganta mientras la miraba. Estaba hipnotizado y enfadado. Quería tirar mis brazos alrededor de ella y sentí su cuerpo cálido contra el mío, pero también estrangularla—. Cada vez que pienso que lo nuestro avanza un poco, tú te enfadas y lo cambias todo. ¿Qué es esto? ¿Qué tenemos? ¿Una relación tóxica? —Sacudí la cabeza, sin

entender—. Encuentra la respuesta cuánto antes, puedes echarlo todo a perder y luego arrepentirte.

—¿Y quieres decir que tú la tienes?

—Por supuesto. La tengo desde hace tiempo... Para ser más exacto, desde esa mañana.

El silencio golpeó duramente a nuestro alrededor. Su rostro se contraía de dolor mientras su cuerpo temblaba. Dio un paso tentativo hacia mí y dijo:

—Lo siento, no... Yo... Mira, te dije que era mejor esperar a que todo esto termine.

Su aliento tartamudeó y dio otro paso más.

—Creo que tienes razón —hablé con urgencia, necesitaba salir de allí cuánto antes. No quería esperar, ella significaba demasiado para mí.

—Bueno, entonces supongo que no tienes nada en contra si voy a salir un rato —dijo, mirando alrededor como si esperara ver a alguien más que solo a mí.

—¿A dónde? No puedo dejar que te vayas sola. —Negué con la cabeza.

—Mi hermana se casa la semana que viene y necesito comprarme un vestido. —Se mordió los labios y desvió la mirada. Algo en sus gestos me decía que estaba mintiendo.

—Te acompaño. Roy y su banda podrían andar muy cerca. Lo último que necesitamos ahora es llamar la atención —dije con voz estridente—. Se supone que somos novios.

Ella sacudió la cabeza.

—Mira... No hace falta, puedo defenderme sola. —Alzó la mirada—. Siempre lo hice.

—Sola no vas a salir de aquí —dije con brusquedad—. Si no quieres que vaya contigo, por lo menos llévate a Jasper contigo. Esta es mi condición.

—Está bien.

—Y ten en cuenta que si esto no termina cuánto antes, la boda queda descartada —bramé con un gruñido—. Lo siento.

Pero de repente, me carcomió el sentimiento de culpa. Odiaba hablarle tan tajantemente. Ella sacaba lo peor de mí, pero también lo mejor. Me devolvió la sonrisa que tiempo atrás había perdido por cosa del destino, me puso a prueba y tentó los extremos de mis límites.

No obstante, nos enamorábamos cada día que pasaba y no nos atrevíamos a admitirlo. Era culpa del pasado, tanto el mío como el suyo. Teníamos que superarlo y decirnos las cosas que dolían, las que nos hacían tanto daño. Sin ocultar la verdad.

—No puedes prohibirme cosas —replicó ella, mordaz—. Soy una detective, llevo una pistola y puedo abatir a cualquier hombre.

—¡No me digas! —exclamé sin pestañear—. Hazlo conmigo.

—¿Ahora? —Sus labios se abrieron en un gesto de sorpresa.

—Ahora. —Me acerqué y coloqué mis manos en su cintura—. Imagínate que soy malo y que quiero robarte o incluso... —Tragué saliva y carraspeé—. Abusar de ti. ¿Qué vas a hacer al respecto? ¿Cómo quitarías mis manos? Ten en cuenta mi experiencia militar y mi entrenamiento.

—No quiero hacerte daño...

—Aunque quisieras hacerlo, no lo vas a conseguir, cariño. —Me eché a reír.

—Engreído. —Golpeó mi pecho con sus puños, y no una vez sola vez, sino tres veces seguidas. Luego dio un paso hacia la derecha con intención de esquivarme.

La bloqueé con mi brazo, cortando esa vía de escape y utilicé la misma táctica en el lado izquierdo antes de que ella pudiera dar un paso en esa dirección.

Luego me incliné hacia delante y la atrapé en mis brazos.

—Tendrás que pelear y esforzarte, o rendirte y dejarme hacer contigo lo que quiera —dije con una sonrisa en mis labios.

—¿Estamos hablando de esto o... O de nuestra relación?

Ella no me miraba, por alguna razón no quería hacerlo. Para captar su atención, deslicé mis manos hasta sus hombros y acaricié su piel desnuda con mis dedos.

—¿Ambas? —Enarqué una ceja.

—Austin... —suspiró y levantó su tempestuosa mirada hacia mí—. No voy a intentar nada. No porque no pueda hacerlo sino porque no quiero.

—Entonces, queda decidido. Jasper irá contigo a comprarte ese maldito vestido, pero seré yo quien te acompañará a la boda.

—¿Qué? No planeaba invitarte. Es una ceremonia pequeña, familiar...

—Cuidado con lo que vas a decir, Kate. Estás hiriendo mis sentimientos. Si sigues así, tendré que tomar medidas.

—Austin, no puedo seguir así...

—¿Por qué no? —La agarré por la cintura—. ¿No sientes nada por mí? ¿Solo me usaste?

—No, no...¿Cómo puedes decir eso?

—Es la impresión que tengo.

Escuché pasos y di un paso hacia atrás. Metí las manos dentro de los bolsillos de mis pantalones y miré por encima de mi hombro.

Jasper nos miraba contrariado. Dudaba de si acercarse más o no.

—Necesito un favor —le dije con voz fría—. Llévate a Kate al centro comercial. Necesita comprarse un vestido. No quiero que vaya sola.

—Entiendo... —murmuró él—. Pero, ¿por qué no la llevas tú?

Miré a Kate, luego lo miré a él. Odiaba dar explicaciones y decir la verdad en voz alta.

Me sentía como el malo de la historia, como el “lobo” en el cuento de

Kate. Ella era una persona que mostraba un comportamiento rígido y pautado. Incluso tenía interiorizado como deberían ser las relaciones y una excelente pareja. Su cerebro estaba programado para buscar esa uniformidad porque ella estaba segura que así obtenía la seguridad. Por eso, y para no resultar herida, siempre intentaba protegerse y esconderse detrás de las palabras duras. Porque se sentía como la “caperucita”, la que cometió el error de confiar en el “lobo”.

—Porque no le da la gana a la señorita —escupí con rabia. La expresión de Kate cambió, se hizo oscura como un nubarrón. Eso aplacó un poco mi ira —. Tengo unos asuntos pendientes, nos vemos luego.

Por mucho que quisiera disculparme por hablarle mal, besarla hasta dejarla sin aliento, lo único que podía hacer era irme de allí cuanto antes. Giré sobre mis talones y caminé sin mirar atrás.

# CAPÍTULO 24

## Kate

Me coloqué el pañuelo que me había regalado Austin y me centré en Jasper, parado a unos pocos pasos, sus brazos cruzados y mirándome con los ojos entrecerrados.

Fui hacia él.

—¿Qué mierda pasa con ustedes dos? —Tomó mi mano y me ayudó a subir en la moto—. Sé que Austin puede ser cansino, incluso insoportable, pero le gustas. No le hagas pasar un mal rato, es la primera vez que lo veo que sonríe y habla con ilusión de una mujer.

Me puse rígida.

—¿Y yo qué? —Fue mi turno mirarlo con los ojos entrecerrados—. Yo también tengo sentimientos.

Sus labios se torcieron y su frente se arrugó.

—Pues haz algo... No querrás verlo fuera de sí. —Se subió en la moto y se colocó el casco. Me dio el otro y luego atrapó mis manos—. Lo quiero como un hermano, pero a ti también te he cogido cariño. No me gusta ver como os peleáis.

—Ahora no puedo hacer nada, lo siento. —Retiré mis manos y me puse el casco—. No hasta que la investigación termine.



Jasper aparcó la motocicleta delante del centro comercial y se bajó. Se

quitó el casco y me ayudó a quitarme el mío. Sacudí mis hombros para disminuir la tensión acumulada y solté un gruñido. Era la tercera vez que montaba en un trasto tan ruidoso, y no me acostumbraba a la sensación.

Los tres hombres habían desarrollado una pasión por las motos que rozaba el límite de la cordura, al menos, bajo mi punto de vista. Cuidaban de ellas como si fueran a sus tesoros más preciados. Eran harleys negras con aspecto vintage, customizadas y con asientos de cuero. Estrechas, bajas por la parte de atrás y altas por la parte delantera, con horquillas muy largas. Unas auténticas obras de arte sobre ruedas.

—Por lo que veo, odias las motos. —Ladeó una sonrisa.

—Pues sí. —Me bajé de un salto y guardé el pañuelo. Era un simple trozo de tela negra, pero para Austin tenía un gran valor sentimental. El hecho de habérmelo regalado era una simple muestra de cariño, pero suficiente. Me sentía especial.

—Tendrás que acostumbrarte.

—¿Por qué no tenéis coches como todos los demás? —suspiré con pesar.

—Porque no somos como los demás. Tendrás que acostumbrarte a esto si quieres a Austin. Él nunca renunciará a *Emma*.

—¿Emma? ¿Le ha puesto nombre de mujer? —No pude contener mi sorpresa.

—De hecho, todos lo hicimos. —Lo dijo como si estuviera hablando de algo tan cotidiano como el tiempo.

—Estáis mal de la cabeza y que conste que yo no quiero a Austin. —Me mordí la lengua para que la mentira no se notara tanto.

Me observó.

—Tendrás que ser más convincente, Kate. Lo amas, se nota en tu mirada y en los gestos que haces cuando él está delante.

—Ya que estamos hablando de amor. ¿Qué pasa con Sarah? La amas, se

nota en tu mirada, en los gestos que haces cuando ella está delante... —Sonreí con picardía.—

—Kate, no te conviertes enfadarme. Soy el único amigo que tienes —dijo, y las sílabas sonaron más a un gruñido que a palabras inteligibles.

—Lo siento, pero no puedo evitarlo. Si alguien me ataca...

—Tienes que contraatacar —dijo, golpeando mi hombro—. Lo sé, no paras de hacerlo con Austin. Pero deberías tener un límite, porque él sí lo tiene. Lo que me extraña es que hasta ahora no te haya dado un ultimátum.

—Lo hizo, de alguna manera.

—No voy a decir nada más. Vamos a comprarte el vestido.

—Un momento, vaquero. —Coloqué una mano en su pecho y lo detuve—. Voy a ir sola.

—¡Y una mierda, mujer! ¿A ti qué te pasa? ¿No estás consciente del peligro que nos rodea?

Lo miré boquiabierta.

—No me grites —dije muy despacio y con mucha claridad—. Y no quiero que vengas porque necesito tener un momento a solas. Quiero perderme en la tienda... Y olvidarme de quién soy.

Retrocedió, me miró y escaneó mi rostro.

—Se me ocurren un montón de ideas para cumplir tu deseo. —Me ofreció una sonrisa pícaro.

—Jasper, no intentes coquetear conmigo.

—¿Por qué no? ¿No me encuentras atractivo? —Me miró con asombro—. Tú misma dijiste que no estás enamorada de Austin.

Ese chico era más que atractivo. Era alto y rubio, con unos abrumadores ojos azules. Tenía una nariz recta y unos labios carnosos muy sensuales. Cualquier mujer podría caer rendida a sus pies.

Cualquiera menos yo. Yo lo veía como un amigo. Mi corazón le



pertenecía a Austin. A ese hombre que me tenía loca y achispada con su cuerpo firme, con esa piel suave y caliente. No pude evitar recordar su boca demandante y la manera en que me había sostenido firme mientras tomaba lo que quería de mí.

—¿Kate? ¿Vas a contestar a mi pregunta?

Alcé la mirada y me mordí los labios.

—Lo siento. No estoy enamorada de Austin, pero...

—Allí está el *pero*. —Entrecerró los ojos—. Yo solo quería saber si me encuentras atractivo o no.

—Por supuesto, ¿por qué me preguntas esto?

Volvió la cara, desviando la mirada hacia algún punto lejos de la moto.

—Necesito... Yo...

—¿Jasper?

—Déjalo. Vete a comprar ese vestido. Te esperaré aquí, y no tardes mucho.

Siguió con la vista fija hacia delante, pero su voz conservó el mismo tono de dureza.

Lo miré por un momento, luego asentí con la cabeza. Sabía que no tenía sentido insistir. Durante la convivencia con esos tres aprendí algunas cosas, cuando Jasper se negaba a hablar era mejor dejarlo tranquilo y cuando Colin se enfadaba todos lo que estaban a su alrededor tenían que desaparecer. Los hombres eran difíciles de entender y se necesitaba un milagro para que las mujeres encajaran en sus vidas. A ellos les gustaban los retos, eran competitivos y rudos.

Sin embargo eran mucho más simples que las mujeres, aquellos seres complicados que necesitaban muchas cosas para ser felices. Y esperando que los hombres se las dieran.

Austin, en cierto modo, me había dicho que me necesitaba en su vida,

pero yo le había dado las largas. No lo había hecho para hacerle daño, sino para protegerme. Me había enamorado de él, de un hombre sospechoso de asesinato.

Tenía que demostrar que él no era culpable y para eso tenía que escaparme del centro comercial.

Freya era la única que tenía acceso a los documentos de Damien. Necesitaba hablar con ella para que me ayudara a buscar entre las cosas de su padre.

Planeaba coger un taxi hasta allí, pero había un problema; tenía tan solo un hora para ir y volver.

## CAPÍTULO 25

Las amenazas de Roy me obligaron a tomar decisiones que no me hacían ninguna gracia. Pensé que Damien lo tenía todo controlado y que con la infiltración de Kate podrían detenerlo, pero me había equivocado. Y no solo yo, ellos también.

Roy los había usado para llegar a mí, para vengarse. Cuando le quité el territorio, cometí un gran error. Cada banda de moteros tenían un parche con el nombre del estado colocado en sus chaquetas de cuero, y con ese reclamaban ese lugar como territorio.

Yo no tenía ningún derecho para hacerlo, pero me vi obligado. Roy y su banda aterrizaron a los habitantes de Forth Worth, y los trataba como unos muñecos de trapo. Empleaban la violencia para robar en los supermercados y en las gasolineras. Maltrataban a las mujeres y traficaban con armas y drogas. Tuve que intervenir, el contrato que había firmado con Damien me obligaba. No obstante, también lo hice para ayudar a la población.

Quitarle el territorio a los Skulls implicó una ofensa directa, y los métodos que usaban las bandas para recuperarlo eran violentos. La mayoría de los moteros eran ex militares, como yo, y raras veces se echaban atrás.

Damien no era tan malo, sino Roy y su banda. Sin embargo, todos tenían que caer. Damien por habernos chantajeando, y obligado a firmar un contrato y usarnos a su antojo, y a Roy por haber secuestrado a Shade. Sabía perfectamente que lo había hecho para hacerme daño.

Sin embargo, las prisas nunca llevaban a nada bueno, y en los últimos días, todos de una forma u otra, habíamos actuado precipitadamente. Había llegado el momento de moverme como me habían enseñado en Afganistán, con frialdad, no dejándome llevar por los sentimientos. No obstante, sabía que

esos sentimientos, de los que siempre había huido, se había convertido en hilos que movían mi cuerpo como la de una marioneta. Y eso lo había provocado la llegada de Kate a mi bar.

Había hecho un par de llamadas y hablé con unos contactos de policías que conservaba. Me dijeron que los federales tenían pruebas contra mí. Al parecer, hace unos meses, Damien asesinó a dos traficantes de drogas y me inculpó a mí. Jasper era el único que no tenía ninguna implicación y esperaba que eso siguiera así. Tan solo tenía que encontrar los archivos de Damien y demostrar mi inocencia. Freya podría facilitarme el acceso sin que nadie sospechara nada.

Estacioné mi moto en el pequeño parque que había al lado del almacén de Damien y escaneé el perímetro. Su coche no estaba, y sus hombres tampoco. Me bajé de inmediato y me dispuse a cruzar la calle. Justo en ese momento, un taxi pasó por delante de mí a toda velocidad.

—¡Hijo de puta! —grité, mirando como se esfumaba en el horizonte.

Me preguntaba qué hacía ese taxi en una zona industrial y a quien había traído. Era un domingo por la tarde y las naves estaban cerradas; no se trabajaba.

Llegué delante del almacén y saqué la llave que le había robado a Freya hacía ya un año. Empujé la puerta y saqué mi pistola. Escuché con atención mientras caminaba por el pasillo vacío. No había susurros. No había ruidos.

Avancé por el pasillo en silencio. La oficina de Damien estaba a la derecha, pero tenía que asegurarme que no había nadie más allí. Abrí puerta por puerta hasta que llegué al final del camino.

El ruido de mis botas hacía eco en el espacio cerrado tan patente como la repetición del sonido de un pato. Me quedé inmóvil durante unos segundos y luego abrí la última puerta. Estaba oscuro en la habitación, pero la luz del pasillo cayó en una delgada brecha de claridad.

Vi dos sombras moverse detrás del escritorio y me puse en alerta. Levanté la pistola y me acerqué con sumo cuidado hasta allí, y sin dejar de mirar las siluetas que buscaban en los cajones de abajo.

—Tengo una pistola —dije en voz baja—. Las manos arriba muy despacio.

Mi corazón se sentía como si fuera a explotar cuando las vi. Allí estaban Kate y Freya con las manos encima de las cabezas.

—¿Qué mierda hacéis aquí? —grité, perdiendo la paciencia. Bajé la pistola despacio y añadí: —Podría haber disparado. Espera... —Me acerqué un poco más—. ¿Cómo demonios llegaste aquí, Kate? ¿Dónde está Jasper?

—Yo... Mira, puedo explicarlo... —balbuceó y bajó las manos.

Percibí un destello de inquietud en sus ojos, pero no tenía tiempo para analizarlo.

—¡Arriba las manos! No he dicho que puedas bajarlas. Y responde a mis preguntas, mujer.

—Oye, no me hables así.

—Te hablo como me da la gana... —gruñí y di un paso hacia delante.

Su expresión se volvió malvada. Por alguna extraña razón, me quitó el aliento. Y no porque le tuviera miedo, sino porque me había excitado. Esa mujer era increíblemente sexy cuando se enfadaba. La deseaba, me había vuelto adicto a ella y a nuestras broncas diarias. Mi instinto fue echar a Freya, tomar a Kate y empujarla contra el escritorio y hacerle el amor.

En cambio, me acerqué a Freya y coloqué una mano debajo de su barbilla, obligándola a mirarme. Temblaba y sus ojos estaban húmedos. La había asustado.

—Pequeña, lo siento.

—No, tienes razón. Yo... Bueno, Kate me dijo que... Por Dios, ¿por qué no me dijiste que mi padre tiene pruebas incriminatorias contra ti? —Se

esforzó por mantener el contacto visual, su labio inferior tembló—. Sabes que te quiero como un hermano.

—Porque no lo sabía. —Le di una mirada de reojo a Kate—. A mí también me engañaron.

—Nadie engañó a nadie. Sabías la verdad —bramó Kate.

Una parte de mí estaba escéptica ante sus palabras, pero consideré la opción de que fueran verdaderas.

—Freya, ¿nos dejas solos? Necesito hablar con tu nueva amiga.

—Solo quería ayudar.

—Lo sé, pequeña. No te preocupes. —Besé su frente y la empujé con delicadeza.

Ella abandonó la oficina y aproveché el momento para dejar la pistola encima del escritorio de golpe. Me acerqué a Kate y la agarré por la cintura. Sus brazos estaban en alto y temblaban, pero no me importaba. Estaba muy enfadado con ella y quería castigarla de alguna manera.

—Austin, dejame hablar.

—Ni de coña. No sé ni por dónde empezar —gruñí y fijé la mirada en sus ojos—. Me mentiste, me miraste a los ojos y me dijiste que necesitabas un vestido para la boda de tu hermana. Por eso no querías que fuera contigo al centro comercial. Porque lo tenías todo planeado. ¿Cuándo pensabas decirme que la policía cree que soy un asesino?

—No te mentí, mi hermana se casa la semana que viene...

—¿Crees que me importa esa maldita boda? Habla de una puta vez.

—Austin, déjame bajar las manos...

—¡No! Te lo mereces. Usaste a la pobre Freya... Una cría. Pusiste su vida en riesgo. Damien os podría haber pillado. Él confía en su hija.

Sus ojos me buscaron.

—Lo hice por ti, por limpiar tu nombre.

—Y una mierda. Lo hiciste por ti. Piensas lo mismo que ellos, que soy un criminal. Por eso me trataste así hoy, ¿verdad?

Reaccionó como si la hubiera abofeteado.

—Sí, no...

—¿Qué mierda, Kate? Después de todo lo que te dije, después de todo lo que vivimos juntos... —La interrumpí, en un tono de incredulidad y con cierto pesar en mi voz—. Me haces mucho daño. No puedo creer que no confíes en mí.

—Yo te creo. Hoy hablé con un compañero mío y le dije que iba a desmentir todo porque estaba segura de que eras inocente. Sé que Damien os obligó a firmar contratos bajo amenaza. Por eso estoy aquí, no por Roy y su pandilla. Tenemos otro testimonio, solo falta que tú y...

—No, Kate. No voy a decir nada y deja de insistir. Lo tenía todo planeado hasta que llegaste tú.

—Pues siento haberlo estropeado todo... Siempre lo hago, joder. —Bajó las manos y retrocedió—. Yo quería esperar, no porque no sienta nada por ti, sino porque tengo la sensación de que podría perderte. Yo tengo que cumplir con mi trabajo, tengo que entregar un informe... Tengo que decir todo lo que vi y viví con vosotros durante estos días.

—Lo sé y no voy a impedirlo. Lo harás, pero solo cuando haya puesto a Roy en su lugar. No quiero involucrar a la policía. La vida de Shade está en juego.

Su expresión cambió, volviéndose más dura y aún así suave.

—¿Por qué te odia Roy? —preguntó—. ¿Qué hiciste?

—No le hice nada, pero él piensa que le he quitado el territorio.

—No entiendo qué os pasa con el territorio. Todas las bandas se empeñan a defenderlo, incluso matan por ello.

—Roy nos amenazó y no quiero arriesgar nada. Damien también le teme

—dije en voz baja.

—Creo que deberías abandonar. Déjame hablar con mi jefe y detenerlos.  
Eso agitó mi ira.

—No tenéis pruebas, saldrá a la calle y matará a Shade. Y quien sabe a cuántos más. —Pasé un mano por mi cabello—. Te dije que confiaras en mí, no soy un amateur.

—Lo sé, he leído tu historial y sé que eres capaz de hacerlo bien, pero no puedo quedarme con los brazos cruzados.

—Cometes errores, Kate. Hoy dejaste plantado a Jasper para venir aquí. Pusiste la vida de Freya en peligro y la tuya también. ¿Tan difícil es para ti quedarte quieta y dejarme a mí al mando?

—No cuando se trata de ti.

Ahí estaba de nuevo, la mirada de ternura que se apoderaba de la severidad de sus rasgos.

—Kate, cariño... ¿Qué estamos haciendo? ¿Por qué peleamos tanto?

—No lo sé. —suspiró y cerró los ojos—. Lo siento, no quiero hacerte daño.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que ella respondió.

—Perdóname por haberte gritado —susurré.

—Lo hiciste porque me quieres, ¿verdad?

Abrió los ojos y sorbió la nariz.

—No voy a contestarte a esa pregunta hasta que reconozcas que estás loca por mí.

Ella exhaló con emoción entrecortada.

—No puedo creer que hayas dicho eso. —Me enfrentó.

—Créetelo, cariño porque no voy retractarme. —Tragué la súbita oleada de emoción en mi garganta y la atraje en un apretado abrazo. La besé detrás de



la oreja y le susurré—: Reconócelo.

—Ha llamado mi padre. Está de camino —chilló Freya con voz aguda—. Tenéis que salir de aquí.

Kate se estremeció contra mi costado. Me separé de inmediato y asentí con la cabeza.

Me tomó un minuto recuperar mi compostura. Exhalé una dura respiración y aflojé los puños que no había estado consciente de haber enroscado a mis costados.

No quería causarle problemas a Freya, y odiaba verla tan asustada.

—Tranquila, pequeña. Nadie sabrá que estuvimos aquí.

—Espera —dijo Kate y se agachó para coger una carpeta.

—Daos prisa, yo recogeré —murmuró Freya.

Me acerqué a ella y besé su mejilla. Pude ver que estaba temblando así que puse un brazo alrededor de su hombro y la tiré a mi pecho. Ella suspiró contra mi cuello y solo me dejó sostenerla hasta que dejó de temblar.

—Llámame luego —susurró—. Y dile a Colin... Que lo echo de menos. Sigue sin venir por aquí.

—Lo haré. —Me separé de ella—. Ten cuidado y no salgas sola. Roy anda por ahí amenazando.

Asintió con la cabeza y se apresuró a recoger los papeles que estaban esparcidos por el suelo.

No pude quitar mis manos de Kate en cuanto salimos del almacén. No del todo. A medida que caminaba delante de mí, coloqué una mano en la base de su espina dorsal. Sentí su tensión ante el contacto y sonreí. Ella estaba sintiendo lo mismo que yo. La tensión sexual, la atracción y la anticipación.

Caminé con ella hasta el aparcamiento y se detuvo cuando vio la moto.

—¿Tengo que montar en este trasto otra vez?

—No tienes elección...

—¿Estás seguro? ¿Emma no se molesta?

Mis ojos se agrandaron y di un paso hacia atrás. Gruñí un un montón de palabras muy sucias que me hicieron temblar.

—¿Qué dijiste?

—¿No así se llama tu moto? —Ella me dedicó una mirada penetrante.

Parpadeé con incredulidad y carraspeé.

—Sí, pero... ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Jasper, ¿es un secreto?

—No... —Negué con la cabeza. No podía creer que él se lo hubiera contado. Me preguntaba qué más secretos compartió con ella.

No me molestaba que ella lo supiera, pero no quería decirle la historia que había detrás de aquel nombre. No me sentía con fuerzas para recordarlo y revivirlo.

—No voy a preguntarte nada. Veo que no quieres hablar.

Alcé la mirada y me impresionó la sinceridad en sus ojos.

—Gracias. ¿Qué más te dijo ese enano?

—Nada. —Se mordió los labios, incómoda.

—¿Tengo que insistir para que me lo cuentes?

—No, déjalo.

—Lo haré porque nos tenemos que ir —gruñí—. Llama a Jasper y dile lo que hiciste. Estará esperándote en el aparcamiento.

—Mhm... —Sacó el móvil de su bolsillo—. Aún tengo que comprarme un vestido.

—Yo te llevaré, pero eso conlleva un riesgo. —Torcí una sonrisa—. Tendrás que dejarme entrar en el probador contigo.

—No nos dejarán juntos. —Parpadeó.

—Lo harán, eso déjame a mí. Conozco al dueño de una tienda.

Le guiñé un ojo y ella puso los ojos en blanco.

—Hay cámaras de seguridad.

—Dentro del probador no.

—Llévame hasta allí y luego hablamos.

Ella dejó escapar un fuerte suspiro a través de sus dientes apretados, y pude verla debatirse en una especie de guerra interna consigo misma.

—Cuando todo esto se acabe, quiero tener una cita contigo y hablar tranquilamente sobre nuestro futuro. Si es que tenemos uno.

—Con una condición. —Tocó mi nariz con su dedo índice—. Que sea mágica... Con un restaurante bonito, con flores... Tú llevando un traje... —Sonrió y prosiguió—. Y que termine con un beso de despedida. Como en las películas románticas.

—Lo intentaré —gruñí—. Tendré que pedir consejos. Ahora, vámonos.

Sentí todo dentro de mí volverse de gelatina cuando me sonrió. Esa mujer era mi perdición.

No obstante, sentía un ciclo de rabia y determinación, repitiéndose sin interrupción desde hacía ya casi dos días enteros, durante los que fácilmente había pensado en algo distinto a lo que estaba punto de hacer. Roy se arrepentiría de haberme amenazado y me aseguraría de hacerle pagar por ello. Kate y los demás eran lo único bueno que tenía en mi vida y él no tenía ningún derecho de quitármelo. Ni él ni nadie.

Esperé a que sus brazos rodearan mi cintura antes de encender el motor. A pesar de que siempre discutíamos y que el día había sido muy raro, no me había sentido tan tranquilo en mucho tiempo.

# CAPÍTULO 26

## Kate

Austin estacionó la moto en un pequeño hueco que quedaba en el aparcamiento y se giró para mirarme. Quitó el pañuelo que cubría mi boca y levantó mi barbilla. Pasó su dedo pulgar por mis labios y me miró con inconfundible lujuria.

—Tan apetecibles... —susurró—. No puedo dejar de pensar en ti.

Suspiré en voz alta.

—Yo tampoco...

—Shhh, no hables. Me gusta nuestro silencio. Estoy enamorado de él, es nuestro cómplice. Nos escucha y nos dice lo que nuestros corazones no tienen el valor de admitir —susurró.

Después de varios segundos, asentí dándole la razón. Era tan bueno con las palabras que a veces me preguntaba si eran suyas o los había leído en alguna parte.

Sonrió y me besó con ternura. Fue tan corto que pensé que me lo había imaginado.

Se bajó de la moto y agarró mi trasero como si fuera de su propiedad. Me aturdió su rudeza, en especial por la forma atrevida en la que se presionó contra mí. Y que Dios me perdonase, pero me encantaba.

—A ti no hay quien te entienda —dije mientras daba un paso hacia atrás—. Eres una contradicción continua.

—Créeme que tú también.

—Pero tú lo disfrutas. Te gusta excitarme solo para demostrar que tienes el poder de hacerlo. Sin embargo, también te gusta enfadarme y discutir

conmigo.

—Somos dos masoquistas. Admítelo. —Se río y pasó un brazo alrededor de mis hombros—. Vamos a comprarte ese maldito vestido.



Entré en la tienda y arrugué la nariz. Los vestidos, largos, cortos y de diferentes colores me transportaron al pasado. Precisamente al momento en el que me fui de casa.

—*Katherine, tienes que probarte este vestido. Es precioso, ¿no te parece?*

—*Mamá, ya me he comprado dos. No quiero llenar mi armario con ropa que solo me pongo los fines de semana.*

—*Tienes que ir elegante siempre si quieres que los hombres se fijen en ti. Tú hermana ya sale con el hijo del alcalde.*

—*Soy muy joven y no quiero casarme aún.*

—*Yo me casé con tu padre a los veinte años.*

—*Pero no por amor, ¿verdad? Ni siquiera sabes que se siente cuando quieres a alguien.*

—*No voy a permitir que me hables así.* —*Me agarró por el pelo y tiró con fuerza.*

—*Me duele, suéltame.*

—*¿Por qué no puedes ser como tu hermana?*

Ese momento fue el detonante de una pelea que derivó en horribles gritos por parte de ambas. Nada más llegar a casa, mi madre me encerró en la habitación y no me dejó salir hasta la hora de cenar.

Aprovechando que mi padre estaba de viaje, le dije todo lo que tenía

guardado en el fondo de mi corazón. Lloró, gritó y me pegó. Fue horrible. Rompí todos los platos y los vasos. Incluso me corté en la mano sin querer. Pero eso no me impidió subir a mi habitación y hacer la maleta. Me fui de casa y nunca volví.

—¿Kate? ¿Estás bien?

Austin tomó mi mano y le dio un apretón.

—Sí, lo siento.

—Pareces asustada.

—Odio los vestidos. —Hice una mueca.

—Entiendo... —Me miró de arriba abajo—. Kate con falda es sexy, pero Kate con vaqueros es ardiente. A mí me da igual lo que llevas puesto. Me importa lo que hay debajo.

—Austin...

—¿Desean algo?

Fuimos interrumpidos por una rubia despampanante que miraba fijamente a Austin. Su mirada se paseó sin descaro de arriba abajo, escaneando e imprimiendo cada detalle de su cuerpo.

Aquella escena provocó turbulencias en mi interior. Sabía que tenía que hablar, pero Austin se me adelantó.

—Sí, mi novia quiere comprarse un vestido —Su voz salió fría—. ¿Está John?

Ella parpadeó sorprendida y se relamió los labios.

—Aún no ha llegado.

Su educado tono profesional adoptó un deje de frialdad.

—Bien, nosotros iremos al probador. —Tomó mi mano.

—Sin problema. Si necesitan algo...

—Estaremos bien —dijo él, cortante.

Cuando la chica se alejó, me puse de puntillas para estar a su altura.

—¿Por qué le hablaste así? —pregunté en un susurro.

—Porque me comía con la mirada.

—¿En serio? A los hombres les gusta eso, les infla el ego.

—Estoy contigo y es una falta de respeto hacia ti.

—Es una chiquilla...

—¿La defiendes?

—No, pero la entiendo. Estás sin afeitarte, llevas una chaqueta de cuero y estás vestido con unos viejos vaqueros negros. Eso se ve demasiado sexy, todo un chico malo que tiene el poder de quitar el aliento. Y a las chiquillas jóvenes...

—Les gusta los chicos malos —continué con voz grave—. A mí me gustan las mujeres Kate; fuertes e inteligentes, las que tienen las ideas claras, las que tienen metas y las que conocen el sentido de la palabra *amar*. Y tú, eres esa mujer. Bastante obstinada, pero entiendo que no se puede tener todo en la vida.

—¿Gracias?

No hubo vacilación en sus palabras, solo pasión y una fuerza vibrante que no me cabía ninguna duda de que decía la verdad.

—Vamos a probar vestidos. Este lugar me provoca alergias.

—A mí también.

Elegí un par de vestidos y apreté las perchas contra mi pecho. Me resultaba extraño estar de compras con Austin. Lo nuestro aún no tenía un nombre, y ni siquiera sabía si nos queríamos tanto como para darnos una oportunidad.

Me sorprendió cuánto una vida podría cambiar en tan corto tiempo. Antes me gustaba mi soledad y la tranquilidad de las tardes en compañía de mi compañero; viendo películas o jugando a diferentes videojuegos. No echaba de menos esa vida, porque ahora disfrutaba de la compañía de Austin y de la

de de sus amigos. Cuando me fui de casa, todo lo que significaba para mí una familia se esfumó en segundos. Me sentía mucho mejor sola.

No obstante, todo podría cambiar. Estaba trabajando en el caso que más quebraderos de cabeza me había dado en años y aún no tenía preparado el informe final. Sabía que los Free Souls eran inocentes, que no habían cometido delitos, pero mis jefes no pensaban lo mismo. El correo que me envió mi compañero contenía fotos y pruebas de ADN que apuntaban a Austin como un asesino a sangre fría.

La carpeta que encontré en la oficina de Damien contenía documentos que lo desmentían todo. No entendía por qué él había guardado conversaciones de correos electrónicos, donde se veían claramente cómo sobornaba a un policía para manipular las pruebas. Algún interés oscuro debía de tener, tal vez para futuros chantajes.

El nombre de ese policía no estaba mencionado por ningún lado, pero le había enviado un mensaje a mi compañero para investigarlo.

Y para agregarse a mi angustia, la boda era dentro de unos días. ¿Cómo iba a presentarle a mi hermana a Austin? ¿Como mi novio? ¿Como mi amigo? Ni siquiera yo misma sabía lo que éramos.

Di la vuelta y coloqué una mano en el pecho de Austin.

—Hasta aquí. No puedes entrar conmigo.

Quitó mi mano y sin soltarla, tiró de ella, dándome la vuelta y empujándome contra una pared. Apretó su cuerpo contra el mío y colocó sus manos a cada lado de mi cabeza, asegurándose de que no podía moverme o escaparme.

No podía respirar ni tragar, no podía hacer nada más que clavar la mirada en esos hermosos ojos negros. Él se inclinó acercándose, su pecho rozando el mío... Podía sentir la fuerza de su cuerpo.

—Entrar contigo era mi única condición. Lo tomas o lo dejas. Tengo que



decidir que vestido vas a llevar puesto. Necesitas mi aprobación —comentó mirando fijamente mis labios.

Se me secó la boca cuando sus ojos se encontraron con los míos. Sonrió de manera arrogante, haciendo resaltar sus malditos ojos bonitos. ¿En qué estaría pensando cuando intenté frenar mis sentimientos hacia él?

—No tiene porque gustarte a ti.

—Me tiene que gustar porque no quiero que vayas muy provocativa —explicó torciendo una sonrisa. Sus ojos estaban centelleantes.

—¿Por qué? —Intenté moverme.

—Porque no podría soportar ver como otro hombre se imaginaría haciendo cosas sucias contigo.

—Yo no he dicho que puedas acompañarme.

—No necesito tu aprobación. Iré contigo te guste o no. ¿O ya tienes acompañante? —Había un desafío en sus ojos.

Arqueó una ceja y retorció sus labios con la sonrisa que estaba conteniendo. ¡Mierda! Era demasiado sexy.

—No tengo.

—Perfecto. Porque eres mía.

Nos miramos el uno al otro durante unos segundos, hasta que el aire comenzó a crepitar de electricidad entre nosotros. Fue entonces cuando apartó la mirada.

Con el corazón palpitante ante sus palabras, asentí y caminé delante de él mientras mantenía la puerta abierta para que entrara en primer lugar.

El probador era una amplia estancia, con espejos alrededor y con dos pequeñas butacas de cuero blanco. Había también una pequeña mesa redonda, y encima un cubo con hielo y una botella de champán.

Austin se acercó hasta allí y sacó la botella. La dejó encima de la mesa y colocó las dos copas de cristal al lado.

—No me apetece beber —susurré y levanté las perchas con los vestidos en el aire para mirarlos.

—A mí tampoco. —Se giró de tal forma que ambos quedamos mirando hacia el espejo—. Echo de menos besarte y hacerte el amor.

Lo dijo con tanta pasión que tuve que cerrar los ojos para no verme sonrojar.

—Austin... —dije con voz suave, casi muda por la emoción.

—Quédate así.

Obedecí, dejando los labios levemente entreabiertos.

—¿Qué piensas hacer?

—No hables, cariño, y deja caer esos malditos vestidos al suelo.

Lo hice y el ruido me sobresaltó.

Me tocó el pelo y acarició mi espalda. Y entonces sentí sus besos susurrantes en la nuca, mientras pasaba sus dedos por mi cabello. El ritmo de su respiración se hizo más profundo, más fuerte y un dedo trazó la forma de mi columna vertebral causando un escalofrío.

Sentí el calor familiar del fuerte cuerpo de Austin apretado contra mí. Un hormigueo bajó por mi espalda y mis rodillas casi se doblan debajo de mí. Sus grandes manos se deslizaron alrededor de mi estómago, lentamente agarrando mi cintura y la altura de mis pechos. Su toque fue suave y me oí dejando escapar un pequeño gemido. No podía pensar más allá de la lluvia de mis emociones y la sensación de sus dedos acariciando mis senos.

—Alguien nos puede ver —susurré y abrí los ojos.

Fue un error, porque él me miraba con una mezcla de lujuria y adoración. Eso me desarmó por completo.

Durante unos instantes nos limitamos a mirarnos, sus ojos rebosantes de pasión y poder, y los míos tímidos y expectantes. Me quedé sin aliento y el pulso se me aceleró.

—Nadie entrará aquí —dijo en voz baja, apenas audible.

—¿Cómo lo sabes? —Me tensé—. ¿Lo hiciste con alguna otra mujer?  
¿Por eso conoces al dueño?

—No, y no intentes discutir conmigo. Sabes que lo disfruto, pero ahora mismo me apetece otra cosa.

Mi vientre dio un vuelco ante el pensamiento. Sus dedos se deslizaron bajo el material de mi pantalón y oí como inspiraba con brusquedad.

Cerré los ojos y me humedecí los labios.

Mis latidos se aceleraron; cada fibra de mi cuerpo vibraba y se estremecía de anticipación.

—Voy a ser rápido —susurró mientras sus dedos se deslizaban más allá de mi ropa interior.

—Austin... —jadeé cuando empujó dos dedos dentro de mí, a medida que su pulgar buscaba mi clítoris.

—Me gusta mirarte.

Gemí pero no dije nada. No podía. Sus manos me provocaba tales temblores que no podía pensar. Me sentía eufórica, el mundo estallaba a mi alrededor y mis sentidos se intensificaron. Las rodillas fallaron y tuve que aferrarme con las manos al espejo.

—Sí... —suspiré, tratando de concentrarme por encima del placer que me estaba provocando, pero quería más. Di la vuelta y mis manos se movieron tentativamente entre nosotros buscando la cremallera de sus pantalones—. Te quiero dentro de mí.

No necesité pedírselo dos veces.

Rápidamente abrió la cremallera de sus vaqueros y yo aproveché para quitarme la ropa interior. Tan pronto como estuvieron fuera de mi camino, lo guíe dentro de mí.

Sus dedos se clavaron en mis caderas a medida que bajaba hasta donde

podía y me levantaba de regreso. Mi culo sintió la frialdad del espejo que estaba siendo el testigo de nuestra travesura y gemí para protestar.

—Más rápido —jadeé.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo besé. Nuestras respiraciones estaban fuera de control a medida que nuestro beso se volvía salvaje, imitando el ritmo de nuestros cuerpos.

El orgasmo se abalanzó sobre mí y me eché hacia atrás para mirarlo a los ojos mientras luchaba para recuperar el aliento.

—Fuiste muy rápido —sonreí, satisfecha. Desde el primer momento que nuestros ojos se vieron, supe que mi alma gemela había encontrado su pareja.

Me devolvió la sonrisa y calentó mi alma con su mirada tierna. Nos acomodamos la ropa con rapidez para ocultar que habíamos hecho el amor dentro de un probador, luego se agachó para coger las perchas con los vestidos.

—De estos tres vestidos, me gusta el rojo. Los otros son demasiados atrevidos.

—¿El rojo? —balbuceé, contrariada por su cambio de actitud—. Acabamos de tener sexo...

—Hicimos el amor, Kate. Contigo nunca es sexo.

—Lo que tú digas. No me gusta el color rojo.

—Me da igual.

—Eres insufrible.

Me arrepentí de haberlo insultado, porque sus ojos se tornaron feroces, clavándome una mirada dura. Se acercó y retrocedí hasta que mi trasero tocó el espejo. Su respiración salía en bocanadas cortas y erráticas. Me bloqueó el paso con su cuerpo y estiró una mano.

—Hace unos minutos no pensabas lo mismo.

—Argh, te odio. —Lo empujé.

—Bien, pero te vas a llevar el vestido rojo.

Suspiré, mirándolo boquiabierto sin poder creer que él siempre tuviera la última palabra.

Austin tiró al suelo las otras dos perchas y me agarró por la muñeca. Me situó delante del espejo y colocó el vestido delante de mí.

Estudí mi reflejo sintiéndome incómoda con ese atuendo, era justo el tipo de modelo que le gustaba a mi madre.

—De ninguna manera. —Aparté su mano con brusquedad—. Nadie tiene el derecho de decidir por mí. Ya no... Soy libre de hacer lo que quiera.

Noté que una lágrima resbalaba por mi mejilla y me di la vuelta. Me sentía frágil y desconcertada. No quería que él me viera así. A nadie le había dicho lo que mis padres habían hecho conmigo. Tanto por vergüenza como por el dolor que sentía cada vez que lo recordaba. Ellos me habían destrozado la infancia, y me habían impuesto reglas que hasta lograron esconder mi verdadera personalidad. Cada vez que me miraba en el espejo veía una chica asustada, fría y superficial. No quería volver a serlo nunca más.

—¿Kate? Mírame...

Sus palabras, llenas de arrepentimiento, me ablandaron. Pensé en protestar, pero no estaba segura de que me quedaran fuerzas.

Me volví hacia él y alcé la mirada.

—¿Tienes algo que contarme? —Pronunció con dulzura.

—No... —Desvié la mirada, no quería que él se diera cuenta de que estaba mintiendo.

—Los dos tenemos secretos, recuerdos que nos duelen recordar... —susurró y se acercó—. ¿Qué te parece si lo hablamos en la cita romántica que tengo que planear?

—Me parece perfecto.

—Lo siento mucho. —Tomó mi cara en sus manos y me enjugó con el

pulgar las lágrimas.

—No voy a ponerme el vestido rojo.

—Está bien —gruñó y luego esbozó una sonrisa débil—. El vestido lila, entonces.

—Austin... —suspiré.

—El que quieras, cariño. —Me besó y una sensación de alivio me recorrió al mismo tiempo.

Los dos teníamos mucho por aprender y hacer que esa relación avanzara. Habíamos tomado el mismo camino y era mucho mejor atravesarlo acompañados.

# CAPÍTULO 27

## Kate

Austin guardó la bolsa de papel con el vestido debajo del asiento de su moto. Se giró para mirarme y estiró una mano para acariciar mis labios.

—Esta noche te haré el amor como nunca. Te desnudaré, besaré tu piel húmeda y te haré sentir ardores que jamás olvidarás —susurró—. Quiero amanecer a tu lado y darte los buenos días. Besarte y dejar volar mi imaginación.

—Me gustaría...

—Tengo que ir al bar. Necesito hablar con mis amigos. Mañana tenemos redada y además, necesito trabajar un rato. Te llevaré al apartamento.

—Yo también tengo que ponerme a escribir el informe.

También tenía que llamar a mi compañero y preguntarle si había averiguado algo, pero eso me lo guardé para mí.



Me subí al asiento tras él, sintiendo de nuevo la deliciosa emoción por estar cerca de su cuerpo. Los músculos en su espalda ondularon contra mi pecho mientras me aferraba tan fuerte como podía. Algún día me acostumbraría a la sensación de montar en una moto porque a Austin le encantaba.

Lo primero que hice cuando entré en el apartamento, fue abrir el portátil y dejarlo encima de la mesa de cristal que había en el salón. Destapé una botella

de cerveza y me senté en el sofá. Eché la cabeza hacia atrás y miré intensamente el techo. Estaba esperando que las respuestas que necesitaba se presentaran mágicamente en su agrietada superficie, pero después de unos minutos largos de silencio me rendí. Tendría que averiguar yo solita lo que estaba tramando Damien, lo que tenía planeado Roy y quién era el policía corrupto que había manipulado las pruebas de ADN.

—¿Y Austin?

La voz de Colin me sobresaltó; pensé que no había nadie en la casa. Enderecé mis hombros y lo miré.

—Dijo que tenía unos pendientes en el bar, también quería hablar con Jasper y contigo. —Entrecerré los ojos por un momento y estiré la mano para dejar la botella de cerveza encima de la mesa—. ¿Qué haces aquí?

—No es asunto tuyo.

Una sombra cruzó su rostro y me miró con sospecha.

—¿Pasa algo?

—Pasa que estás tramando algo y no me gusta. ¿Crees que acostarte con Austin te da el derecho de hacer preguntas sobre mi vida?

Me estremecí ante sus palabras.

—Mira... —Me puse de pie y el cable del portátil se enganchó con mi pie. La botella de cerveza cayó al suelo y gruñí de frustración—. ¡Mierda!

—Deberías limpiar, quedará una mancha muy fea en la alfombra.

—No me digas. —Mis ojos se entrecerraron. Pateé la botella y alcanzó sus botas. La espuma salió disparada hacia arriba y mojó la parte baja de sus pantalones.

—¿Qué mierda?

Dio un paso hacia delante y me agarró por los brazos. Me sacudió violentamente y luego clavó la mirada en mis ojos.

—Suéltame...



—No confío en ti. Eres una maldita poli que husmea en la vida de los demás.

—Freya te echa de menos —dije sin pensarlo.

Me quedé en silencio, y evitando mirarlo a los ojos. No sabía porque le había dicho eso, pero supuse que eso debería de calmarlo.

—No la menciones. —Me sacudió de nuevo, su agarre era firme y desgarrador—. ¿Cómo diablos sabes tú eso?

—Hoy la vi, bueno yo...

—¿Qué pasa aquí?

Salté cuando oí el sonido de la áspera voz de Jasper. Me volví para verlo de pie, al lado de la puerta y con los brazos cruzados.

Colin no se inmutó, ni siquiera había parpadeado. Estaba completamente inexpresivo.

—Suéltala, hombre —graznó—. Le haces daño. ¿Qué mierda te pasa?

Colin lo miró y dio un paso hacia atrás. Me soltó y aproveché para frotar mis brazos doloridos. Clavé la mirada en su rostro y apreté la mandíbula.

—No vuelvas a tocarme nunca más.

Él cerró la distancia que nos separaba y rechinó los dientes.

—Que sea la última vez que me hablas de Freya, ¿entendido?

—Perfectamente.

—Colin, retrocede... —gruñó Jasper—. No sé qué mierda pasó aquí, pero no le hables así. Si Austin se entera de esto, te cortará las pelotas.

—Que lo haga, si sigue teniendo las suyas. —Respiró hondo sin dejar de mirarme.

—¿A ti qué te pasa? —Lo miró mal—. ¿Dónde estuviste hoy?

—Es asunto mío.

Nos dio la espalda y abandonó el salón dando grandes zancadas.

—¿Estás bien? —preguntó Jasper con voz queda.

—Sí, supongo. —Miré el desastre que había causado esa maldita botella de cerveza y suspiré—. No entiendo porqué Colin me odia.

—El odia a los policías en general, no a ti. Su padre... —Dejó de hablar y negó con la cabeza—. No voy a decir nada más, estoy molesto contigo. Me mentiste.

—Lo siento, de verdad. También le mentí a Austin por si te sirve...

—Kate, deberías dejar de hablar. Estás empeorando la situación.

—Tienes razón. —Agaché la cabeza y suspiré—. Mi trabajo implica defender la ley con honor, hice una promesa y tengo que cumplirla. Sino, todo sería una farsa. Quiero ser digna de llevar la placa.

—Nadie cuestiona tu trabajo o tu lealtad...

—No lo entiendes. —Inhalé y lo miré—. Mi trabajo como detective para el FBI no trata sólo de investigar... Y las pruebas que tienen apuntan a...a...

—Mi voz se quebró.

—Sigue hablando, Kate. Llegados a este punto, creo que deberíamos dejar los secretos atrás. No somos extraños, somos amigos, ¿verdad?

El silencio llenó la habitación. No era incómodo, sino pacífico. Jasper tenía razón, éramos amigos y los amigos se querían, se respetaban y sobre todo, no se guardaban secretos.

—Sí... —Las lágrimas cayeron de mis ojos.

—No llores, por favor.

Se acercó y me rodeó con sus brazos. Recosté mi cabeza en su hombro y sollocé. La magia de aquel abrazo alivió mi sufrimiento y recompuso de alguna manera mis heridas, proporcionándome el consuelo que necesitaba. Me sentía protegida y afortunada por tener algo tan especial y maravilloso como la amistad incondicional de Jasper.

—Si no encuentro más pruebas, van a detener a Austin.

Jasper se tensó por unos segundos, luego bajó los labios a mi oído.

—De eso nada. Dime lo que necesitas y te ayudaré.

Me separé un poco para mirarlo a los ojos y secarme las lágrimas.

—Mi compañero está intentando averiguar quien es el policía que cambió las pruebas de ADN. Solo sabemos que Damien le pagó...

—¿Damien? ¿Quieres decir que él incriminó a Austin? —Su expresión se volvió oscura.

—Sí... Hace unos meses, los federales encontraron dos cuerpos arrojados debajo de un puente, con dos disparos en la cabeza. El arma homicida a unos metros de distancia y con las huellas de Austin en la empuñadura. También había sangre suya en la camisa de uno de ellos...

—¿Qué mierda? —Tragó y negó con la cabeza—. Eso no es verdad, Austin no haría algo así... No digo que no sea capaz de matar, en Afganistán tuvo que hacerlo, pero esto es diferente.

—Pienso lo mismo, y además encontré en la oficina de Damien pruebas que lo certifican. Pero para asegurarnos, tengo que aportar más datos concluyentes.

—Sabía que algo estaba tramando ese hijo de puta. Austin le dijo hace unas semanas que encontraría la manera de anular esos contratos.

—¿Por qué os obligó a firmarlos?

Jasper resopló.

—Me amenazó... Todo empezó con una pelea en un bar a las afueras de la ciudad, hace unos años atrás. En aquel tiempo, mi vida era bastante confusa. Las borracheras no faltaban y las peleas tampoco. Hasta que me topé con dos hombres que trabajaban para Damien. Uno de ellos sufrió una conmoción cerebral, y en vez de ser investigado por lo ocurrido, me encontré con las amenazas de Damien. Yo tengo una hermana pequeña, Amelie —suspiró—. Tuve que firmar, pero también lo hizo Austin y Colín para no dejarme solo.

—Entiendo. —Mi mente giró con su confesión—. Los contratos son como

una tapadera.

Él asintió.

—Austin pensó que podríamos salir de esto si los Skulls dejaran de cruzar por aquí —añadió.

—Si consigo detener a Damien, te aseguro que Roy y su banda también caerán.

—Kate, entiendo que este es tu trabajo pero es peligroso. Yo voy a declarar y todo lo que tú quieras, pero no voy a dejar que hagas nada más. Y por lo que veo, Austin tampoco. —Torció los labios—. Sé que no somos policías, pero sabemos cómo actuar en situaciones así. No olvides que tenemos una placa también.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. —Colocó las manos en mis hombros—. Averigua quién es el policía que trabaja para Damien y nosotros haremos el resto.

—¿Qué tenéis planeado hacer? ¿Austin habló contigo hoy?

—Damien tiene una hermana que vive en Francia. No sabemos mucho de ella, solo que le ayuda a lavar todo el dinero sucio. Creemos que tiene un negocio allí. Mañana hablaremos con Freya para averiguar más cosas.

Me quedé muda ante sus palabras. Habíamos investigado a Damien a fondo y no habíamos encontrado ese detalle. El hecho de que el tuviera una hermana, podría facilitar mucho mi trabajo.

—Ni lo sueñes. —Jasper tocó mi nariz con su dedo índice—. Sé lo que estás pensando. No te lo dije para que hicieras algo, sino porque somos amigos. Nada de secretos.

—Está bien. —Puse una mueca—. Tu ganas, pero tendrás que ayudarme a limpiar este desastre.

—Hecho.

## CAPÍTULO 28

Después de llevar a Kate al apartamento, volví al bar. Era tarde, pero necesitaba trabajar un rato y dejar al día las facturas. A Jasper me lo había encontrado justo cuando cerraba, y aproveché para hablar con él de Damien. Alguno de los tres tendría que ir a Francia y esperaba que fuera él porque Colin, con su temperamento podría estropear mi plan. Estuvo de acuerdo, incluso pensó en llevar a su hermana pequeña también.

Ninguno de los dos sabíamos donde se había metido Colin. Estuvo todo el día fuera, incluso había llamado a su hermana para preguntarla, pero no sabía nada.

Mi móvil vibró dentro de bolsillo de mi chaqueta y lo saqué. El número era desconocido, pero contesté de todos modos.

—Diga...

—¿Austin? Soy Maddox.

Alejé el teléfono para tomarme unos segundos. Maddox era el hermano pequeño de Shade. La última vez que lo había visto fue hace cuatro años, cuando volví de Afganistán. Entonces tenía unos quince años, y estaba bastante ilusionado con los estudios.

—Maddox, ¿qué pasa? —dije mientras me sentaba en la silla.

—Mi hermano...

Tomé una profunda respiración y aclaré mi garganta.

—Dime.

—Lo sabías, ¿verdad?

—Roy estuvo en mi bar... Sí, lo sé. Lo siento. Haré todo lo posible para salvarlo.

—No lo hagas —suspiró.

—¿Ha pasado algo?

De repente me puse en alerta.

—Hoy mis padres recibieron un paquete con una nota. Dentro estaba el parche de la banda cortado por la mitad y un dedo.

Mis entrañas se retorcieron y me puse de pie.

—¿Qué ponía en la nota?

—Que no avisaremos a la policía porque es un asunto entre bandas. Si no hacemos caso a la nota, nos enviarán otro dedo y otro...

—No sigas.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué Roy secuestró a mi hermano?

—Es un asunto de bandas. —Apreté los puños.

—Sé que mi hermano y tú os llevabais bien, por eso te llamé. ¿Qué podemos hacer?

—Nada, solo esperar. Déjame a mí.

—Gracias, mis padres están asustados —suspiró.

—Diles que no se preocupen —hablé en voz baja y con los dientes apretados.

—Llámame a este número si necesitas algo.

Cortó la llamada y mi ira aumentó.

Cerré la puerta de mi oficina y me dirigí hacia el bar. Si alguna vez había un momento para beber alcohol, ese momento era ahora. Lo que me dijo Maddox, el hermano de Shade, me había descolocado. Sabía que Roy era un criminal y que lo único que le importaba era tener el poder. Había cometido un error cuando le quité el territorio, y ahora me arrepentía. Por mi culpa sufrían personas inocentes.



Tras parpadear unas cuantas veces, me di cuenta de que había llegado a mi casa. Llevé la moto dentro del garaje con bastante torpeza ya que rugía y se movía en mis manos como una serpiente. O estaba yo muy borracho como para manejarla y domarla.

Me había bebido media botella de whisky de un trago, para luego decidir que esa cantidad de líquido ardiente había sido suficiente para ahogar las penas. No recordaba muy bien cómo había salido del bar y tampoco el viaje. Solo el viento que golpeaba con fuerza mis mejillas porque no llevaba el casco puesto.

Busqué las llaves del apartamento durante unos largos minutos hasta que me di cuenta de que seguían puestas en el contacto de la moto. Me acerqué hasta allí y las agarré de inmediato, no quería que se escaparan.

Después de varios intentos, conseguí meter la llave en la cerradura y girarla dos veces. Empujé la puerta con tanta fuerza que rebotó contra la pared.

—¡Ya estoy en casa! —grité, pero nadie me contestó.

El salón estaba oscuro y en silencio. Me preguntaba cuántas horas habría estado en el bar porque no recordaba haberme quedado más de dos. Cabía la posibilidad de haberme perdido por el camino.

—*Strangers in the night... uh...uh, uhhhh... Strangers in the night... uh, uhhhhh.*

—¿Quieres callarte de una puta vez? —gritó Colin mientras bajaba las escaleras corriendo.

—¿No te gusta como canto? —Me eché a reír—. Sorry...

—Vamos, te llevo a la cama.

Me agarró por el brazo.

—A mi cama no, a la de Kate. Esta noche haremos el amor y...

—Está durmiendo en tu habitación —gruñó—. Deberías echarla y...

—¿Qué.... Qué demonios estás balbuceando? No hables así o... —  
Coloqué una mano en mi frente y me quedé quieto—. Me estoy mareando.

—Estás borracho. Deberías acostarte en el sofá.

—Quiero a Kate... ¡Kate! ¡Cariño! Tu chico malo ya llegó.

—Cállate, joder.

Giré, con ganas de mirarlo de frente antes de contestar.

—No quiero. —Lo empujé y gruñí—. Vete a dormir. Puedo subir solo las  
escaleras.

—Ey, tranquilo, primo. No empieces...

—Empezaste tú. —Lo golpeé con el dedo en el pecho varias veces—.  
¿Dónde coño estuviste hoy? Necesitaba hablar contigo.

Parecía sorprendido y molesto.

—¿Sobre qué? Hasta que la maldita poli, la que está en tu cama ahora  
mismo no se vaya de aquí...

—¿Cómo la llamaste? —Lo empujé otra vez, pero con más fuerza—.  
Quiero que la respetes. La quiero mucho.

De repente, mi estado de embriaguez abandonó mi cuerpo. Mi primo, mi  
mejor amigo la había arrastrado por el suelo. Y eso dolió porque descargó  
toda su frustración con Kate sin importarle las consecuencias.

Lo agarré por el brazo y apreté con fuerza, hasta que mis nudillos se  
volvieron blancos. No tenía ningún derecho de hablar así de ella.

Sabía que el trauma que arrastraba desde hacía unos años aún lo  
atormentaba, lo podía ver en sus ojos; ese sentimiento de impotencia que lo  
dejaba tocado, y en muchas ocasiones hasta hundido.



—¿Sabías que esa noche cuando la llevaste contigo a las redadas ella hizo fotos? Justo en el momento de la pelea...

—Eso no es verdad, ¿quién te lo dijo?

—He visto las fotos...

—Colin, esa noche Kate se quedó junto a las motos, y sé que no se movió de allí. Estaba asustada, y no llevaba ninguna cámara de fotos.

—Podría haber hecho las fotos con el móvil. —Su mandíbula estaba apretada mientras me decía lo que sospechaba con claridad.

—¿En el medio de la noche? Lo dudo, y sabes perfectamente que no hay farolas. Solo los fuegos que encienden los drogadictos. ¡No hay luces allí!

La expresión de Colin se endureció.

—Lo pillo, no hace falta que grites.

—Tengo que hacerlo. Estás diciendo tonterías. ¿Quién te enseñó las fotos?

Él no respondió enseguida. Sus ojos se mantuvieron perdidos en algún punto de la estancia, mientras mantenía sus labios presionados con fuerza. Al final se decidió a seguir hablando.

—Un policía.

—¡Maldita sea, primo! Pensé que ya habías tenido suficiente con lo de tu padre como para dejar de confiar en policías.

—Tu confías en Kate —dijo con gran ímpetu, sin dejar de mirarme a los ojos.

—No es lo mismo, joder.

—¿Se puede saber porque mierda estáis gritando a estas horas? —Jasper bajó el último escalón y se cruzó de brazos—. Austin... Estás borracho —murmuró—. Colin... No sé qué demonios te pasa, pero te peleaste hoy con todos.

—Pasa que tenemos una traidora en la casa. —Sus ojos encontraron a los

míos.

—No es verdad, te dije que Kate no pudo hacer esas fotos.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué fotos? —inquirió Jasper.

—Un policía le enseñó a Colin fotografías de la última redada que tuvimos —expliqué con voz grave—. Ese hombre insiste que fueron tomadas por Kate.

—No lo creo —dijo él con una extraña nota de asombro—. Ella se quedó atrás esa noche y... —Se acercó a Colin y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El policía.

—Gabe...

—¡Oh, Dios mío!

El grito de Kate me sobresaltó. Ella bajó corriendo las escaleras y agarró a Colin por el cuello de su camiseta. Lo hizo con tanta brusquedad que los dos se tambalearon hacia un lado. Ella temblaba, todo su cuerpo entero se sacudía al ritmo de su respiración alterada.

—¿Gabe Watson? —preguntó ella con voz rasposa y afligida.

—Supongo —murmuró Colin entre dientes, separándose de ella—. No vuelvas a tocarme.

—Él es... Él es el mejor amigo de... No entiendo... ¿Por qué? —balbuceaba Kate sin sentido.

Me acerqué hasta allí y la abracé por detrás. Ella se dejó caer en mi pecho y suspiró.

—Kate, ¿qué pasa? —susurré en su oído.

—Gabe me pidió salir con él hace unos meses. Lo rechacé porque no suelo salir con compañeros de trabajo y también porque no me gustaba. Y

además, él y Ford, son buenos amigos.

—¿Y desde entonces él te sigue a todas partes?

—¿Como sabes eso? —Se giró hacia mí.

—No lo sé, pero si esa noche estuvo allí...

—Oh, Dios mío. Seguramente que tiene fotos nuestras... De hoy en el aparcamiento. Eso podría ser un inconveniente para la investigación. Si estamos involucrados sentimentalmente van a cuestionar mi informe final. — Una expresión de dolor se apoderó de ella.

—Tranquila, lo encontraremos.

—Seguramente Gabe falsificó las pruebas de ADN... —murmuró ella—. Trabaja con Damien.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió mi primo.

—Si te hubieses molestado por pasar hoy por el bar ya lo sabrías —gruñí—. Damien pagó a un policía, a Gabe, para que cambiara pruebas. Soy sospechoso de asesinato.

—¡Joder!

La reacción de Colin a eso fue como si hubiera sido golpeado con fuerza en la cabeza.

—¿Qué más te dijo Gabe? —preguntó Jasper.

Una ligera vacilación siguió antes que dijera:

—Que tuviéramos cuidado con Kate que es una policía corrupta.

—¡Hijo de puta! —La cara de ella se crispó—. Tengo que hablar con Ford.

—No lo hagas aún. Se montará un alboroto. Debemos de actuar como si no supiéramos nada. Colin lo llamará para quedar con él y lo pillaremos.

—¿Qué? —Mi primo me miró sorprendido.

—Lo harás. Se lo debes a Kate. Después del numerito que le montaste hoy...

Kate se tensó en mis brazos y negaba con la cabeza.

Jasper había dejado de hablar, pero se veía claramente cómo se esforzaba para aguantar las palabras.

—¿Ha pasado algo que debería de saber? —pregunté, mirando fijamente a Jasper.

—Que te lo cuente tu primo, me voy a dormir —dijo él, sonando tan molesto como yo me sentía. Luego dio la vuelta y empezó a subir las escaleras.

Colin ni siquiera se inmutó. Cambió su enfoque en mí y su rostro perdió color.

—No ha pasado nada —dijo Kate y tomó mi cara en sus manos—. Se me ha caído una botella de cerveza en la alfombra y Colin me regañó.

—¿La limpiaste? —pregunté susurrando.

—Sí, me ayudó Jasper.

—No deberías haberlo hecho, cariño. La alfombra se puede tirar... A no ser que haya pasado algo más.

—Nada. —Negó con la cabeza y sonrió—. ¿Subimos a la habitación?

—Sí. —Le devolví la sonrisa—. Te hice una promesa hoy.

—La recuerdo, pero hueles a alcohol. ¿Podrás estar a la altura?

—Vamos a averiguarlo.

La abracé y respiré hondo. Su cuerpo parecía relajado contra el mío. No sabía cuánto tiempo estuvimos así, pero cuando alcé la cabeza y miré la habitación, me di cuenta de que mi primo se había escabullido. Eso me inquietó. Algo había pasado entre ellos. Conocía perfectamente a mi primo; su reacción era sospechosa.

## CAPÍTULO 29

Kate me miró y dejé escapar el aliento. La súplica en su mirada, el nítido y manifiesto anhelo, realmente me conmovió. Todo lo que yo realmente quería de una persona era la honestidad y no había nada más honesto que eso.

Chilló de sorpresa cuando la aplasté contra mi pecho. Presioné un duro beso en su boca, y puse mis manos en cada lado de su cara y lo sostuve ahí. Extrañaba esto, pero sabía que teníamos más obstáculos que enfrentar si nos las arreglábamos para permanecer juntos.

No nos conocíamos lo suficiente para saber qué significaba eso para nosotros, pero ella me estaba afectando lo suficiente. Sus manos se engancharon en mi cuello y sonrió contra mi boca.

—No hay duda de que eres un chico malo —susurró.

—Y te encanta... —Envolví mi mano alrededor de su cuello, la atraje más cerca para que nuestros labios estuvieran casi tocándose.

—Mucho... Ahora entiendo el atractivo y el morbo.

—No te acostumbres a esto, también me gusta ser un chico bueno.

—Nos estamos saliendo del tema —ronroneó.

Incliné mi boca y acaricié sus labios con los míos, tomándome mi tiempo y permitiendo que su anticipación creciera. Gimió, lista para más. Mi lengua acarició su labio inferior, jugando, probando y saboreando todo.

Comenzó a desabrochar mi cinturón, y reí contra su boca.

—¿Estamos impacientes, Kate? El chico malo soy yo. —Acaricié levemente sus labios con los míos, torturándola.

Mis manos se unieron a la misión y fácilmente abrieron el cinturón. Con una cruda necesidad de hacerla mía, la arrastré hasta la cama. Apreté mis puños en su cabello y estrellé mis labios contra los suyos, besándola tan fuerte que el aire me abandonó. Ella mordió mi labio inferior y tiró de él con los

dientes, antes de pasar su lengua sobre él y luego chuparlo con su boca.

El beso era intenso, hambriento y necesitado.

—Sigue... Quiero que seas malo... —dijo, levantando la mirada hacia mí con los labios ligeramente abiertos y su respiración saliendo en cortos jadeos superficiales.

Entonces algo cambió en mí, la lancé sobre la cama y trepé encima de ella. Agarré el borde de su camiseta y la pasé sobre su cabeza, dejándola en un pedazo de encaje bonito de un sujetador negro.

—¿Duermes con lencería íntima? —pregunté y tracé su clavícula con mi dedo índice.

—Normalmente duermo desnuda...

—Entiendo. —Metí la otra mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué una pequeña navaja—. Me gusta, pero si vas a seguir así te quedarás sin ella.

Pasé la punta de la navaja por su piel, lento y con cierta presión, lo suficiente como para dejar líneas blancas en el camino.

—Nunca me he separado de esta navaja, me la regaló mi padre. Me salvó la vida muchas veces en Afganistán —murmuré—. La llevaba encima el día que nos conocimos, pero preferí no usarla.

—¿Por qué? —gimió.

—Porque quería conocerte, saber más de ti, tenerte más tiempo a mi lado... —Agarré la parte superior del sujetador y corté sin lastima, liberando sus apetecibles pechos llenos.

Mis dedos se deslizaron sobre sus pezones haciéndolos endurecer.

—Yo no... —Contuvo un gemido—. Pensé que eras un... Un...

—Dilo, no me molestaré. Yo también pensaba que eras una mujer superficial. Pero increíblemente hermosa. —Incliné mi cabeza y golpeé un pezón con la lengua, luego lo arrastré hacia mi boca.

—Pensé... Que eras un idiota como todos los moteros que he encerrado durante los últimos años. Pero condenadamente guapo.

Mis ojos estaban de vuelta en los suyos, deseando establecer una conexión para desatar mis deseos y provocar la pasión. Me gustaba la Kate sincera, rebelde, la que imponía su carácter, pero también la Kate sumisa, la que obedecía y se entregaba a mí sin rechistar.

—Quiero que me toques. —Sus ojos se cerraron en una silenciosa súplica.

Guardé la navaja y le quité los pantalones del pijama. Luego, comencé a bajar sus bragas y ella levantó un poco el trasero para ayudarme. Movié con impaciencia sus caderas y arqueó su espalda. Esa mujer era mi perdición. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho y sin lugar a dudas quería tocarla, pero también quería tomarla. Estaba tan excitado y borracho, que no pensaba con claridad. Solo quería enterrarme profundamente dentro de ella y que me sintiera. La necesidad de hacerla mía era intensa porque quería darle una razón para que no me dejara nunca.

—Dios, quiero metértela ya, Kate. —Respiré pesadamente en su cuello, sin dejar de acariciarla, sin dejar de jugar con su clítoris. Lo froté rápido y salvaje, hasta que escuché fuertes gemidos de placer. Se aferró a mi antebrazo con ambas manos, clavándome las uñas y cerrando con fuerza los ojos.

No perdí el tiempo y me quité los calzoncillos rápidamente. Le di un beso corto en los labios y agarré con fuerza su cabello, tirando hacia atrás hasta que su cuello quedó al descubierto.

—Abre las piernas —ordené.

Asintió y abrió los ojos.

—Por favor... No me dejes esperando.

Mi lengua trabajó en sus pechos mientras me estrellé duro contra ella, tan jodidamente duro que gritó mi nombre.

Gemí de placer y me incliné hacia atrás para admirar el punto en el que nuestros cuerpos se encontraban unidos, introduciéndome con fuerza mientras mantenía sus rodillas separadas.

—Es la mejor jodida sensación del mundo.

No podía quitar mis ojos de los suyos, estaba fascinado. Mi alma temblaba porque tenía la sensación de estar soñando. La quería tanto que temía perderla.

Llevé mis manos hasta su trasero, hundiéndome más profundo. Mis músculos se tensaron cuando sentí su temblor y eso me volvió loco de deseo. Nuestras respiraciones creaban una canción de amor y aproveché para susurrarle que la quería.

Entrelazó los dedos con los míos y su respiración se volvió pesada.

Con rapidez, nuestros movimientos empezaron a tomar un ritmo frenético y en mi cuerpo aumentó la impaciencia. Gritó mi nombre otra vez y la acerqué aún más hacia mí, ansioso de fundirme con su ser.

—Esto... Eres maravillosa —dijo temblando de placer mientras el orgasmo se hacía presente entre nosotros. La tensión estalló y con un grito mi cuerpo se retorció salvajemente a la vez que el suyo. Nuestros suspiros se convirtieron en gemidos entrecortados y pensé que nada podía separarnos de nuevo.

—Eres increíble.

Sonreí ante su halago. Tomé su mano y la coloqué en mi pecho, encima de mi corazón para que sintiera los acelerados latidos golpeando con fuerza la caja torácica.

—Esto es lo que provocas, cariño. Un auténtico terremoto dentro de mi cuerpo.

—¿Te quejas? Tendré que dejar de hacerlo.

—Ni se te ocurra. Me gusta, me siento vivo... Y borracho. —Cerré los



ojos y la atraje contra mi pecho—. Necesito descansar.

—Yo también—susurró.

Nunca había querido nada más. Kate me importaba de una forma que ninguna otra mujer lo había logrado.

## CAPÍTULO 30

Kate se movió y mi erección matutina creció un poco más. Su cuerpo desnudo rozaba al mío y su respiración me hacía cosquillas en el cuello. Eso me recordó al primer encuentro que tuvimos. Solo que no estábamos desnudos.

—Cariño... ¿Estás despierta?

Mis dedos se movieron despacio por su piel y se detuvieron en sus pechos. Su respiración se volvió profunda y uniforme.

Escuché un suspiro que se convirtió en un gruñido antes de contestarme:

—Mmmm... no. —Abrió los ojos y me miró con frustración.

—¿Pasa algo? —Me tensé.

—Anoche no me preguntaste si estoy tomando la píldora —dijo con voz somnolienta.

—Estaba borracho...

—No es una excusa.

—Tú no me lo impediste. —Apartándome un poco la señalé con el dedo.

—Argh, déjalo...

Se bajó de la cama, arrastrando la sábana con sus pies. Cubrió su cuerpo desnudo y me miró por encima de su hombro derecho.

—¿Vienes?

—Por Dios, mujer. ¿A ti quien te entiende?

Antes de que pudiera responder, me deslicé fuera de la cama y la tiré hacia mí.

—Vamos a darnos una ducha y luego seguimos discutiendo —murmuró.



—Lo que tú digas. Tengo resaca y no me siento con fuerzas para llevarte la contraria.

Había bajado temprano a la cocina con la esperanza de encontrarme con mi primo y hablar con él, pero solo estaba Jasper.

—Te ves como la mierda —Alzó la mirada y empujó un plato con huevos rotos y bacón.

—Llevaba tiempo sin beber, parece que he perdido la costumbre.

Me senté en la silla y cogí un trozo de pan.

—¿Por qué lo hiciste? —habló a la vez que masticaba para dar un trago a su café al terminar.

—Me llamó Maddox, el hermano pequeño de Shade. Me dijo que Roy les envió un dedo, un maldito dedo que se supone que es de Shade... Y una nota diciéndoles que no avisaran a la policía porque es un asunto que debe quedar entre bandas.

—Hijo de puta...

—Buenos días —dijo Kate mientras se agachaba para besar la mejilla de Jasper.

Ese gesto me sorprendió y puse mala cara. ¿Estaba celoso? Sí, lo estaba.

—Me alegro de que seáis amigos, pero... ¿Podéis mantener cierta distancia? —gruñí.

—¿Te molesta?

Jasper se puso de pie y abrazó a Kate por detrás. Le susurró algo al oído y ella se echó a reír.

Mis entrañas se retorcieron. Nunca imaginé que sería una de esas

personas afortunadas que al encontrar una mujer especial me preocuparía tanto por ella, que me mataría perderla. Tragándome las emociones, desvié la mirada.

Jasper abandonó la cocina silbando y Kate se sentó en la silla que había a mi lado sin dejar de sonreír.

—Te gusta verme sufrir, ¿verdad?

Mi mirada se encontró con la suya.

—Te lo mereces. —Se inclinó y tomó mi rostro entre sus delicadas manos. Me besó, largo y duro, apenas moviendo los labios.

—Te pedí perdón —murmuré con los labios pegados a los suyos.

—Acepté tus disculpas, pero tienes que reconocer que somos dos irresponsables.

—¿Tan malo sería quedarte embarazada? A mí me gustaría...

—No es el momento, no ahora... —Dejó de hablar y cogió aire.

—Kate... Háblame de tu pasado. ¿Qué te atormenta tanto?

Su mirada se dirigió a mi plato y empezó a jugar con el tenedor. Sus hombros se tensaron y se veía claramente que estaba librando una lucha interior.

—Mis padres me obligaron a seguir una doctrina, un conjunto de enseñanzas que para ellos eran las únicas que existían. Tenía que ponerme vestidos todos los días, acudir a la iglesia, clases de conducta y citas con hombres previamente arregladas. No me dejaron seguir estudiando, tener una carrera y un trabajo como todas las personas normales. —Me miró—. Ellos arreglaron incluso mi boda, querían casarme con el hijo de un abogado.

—Vaya mierda...

—Si desobedecía, me castigaban empleando la fuerza y la violencia. A veces me encerraban en la habitación y me dejaban a oscuras. Odio cuando me llaman superficial porque no lo soy, y no quiero una vida perfecta.

—No lo voy a decir más, ¿qué pasó?

—Aproveché que mi padre estaba de viaje para decirle a mi madre todo lo que tenía guardado y me fui de casa. Necesitaba escapar de aquella prisión. Quería tener amigos, vivir tranquila, tener un trabajo y sentirme libre.

—Lo siento, cariño. —Tomé sus manos y le di un fuerte apretón—. Conmigo no vas a tener una vida perfecta...

—Austin, de momento está bien así. Me gusta lo que tenemos.

—A mí también. Dime... ¿Qué te dijo Jasper al oído?

—No te lo voy a decir. —Se puso de pie y sonrió—. Las chicas tenemos secretos.

—Jasper es un hombre —gruñí.

—No me había dado cuenta... Tienes razón. —Se tocó los labios—. Es un hombre guapo.

—¡Yo no he dicho eso!

—Austin... —Agachó la cabeza—. Me gusta verte celoso.

—No estoy celoso, solo que no me gusta veros tan cariñosos.

—Soy tuya, solo tuya. No tienes que preocuparte.

Me besó y abandonó la cocina.

Temía perderla pero no porque pudiese gustarle Jasper o cualquier otro hombre, sino porque lo nuestro no tenía futuro. A sus ojos, yo no era más que un criminal, uno que tendría que esforzarse todos los días para demostrar su inocencia.

Era el líder de una banda de moteros que durante unos años tuvo que emplear la fuerza para atrapar delincuentes y algunas veces torturarlos para que hablasen. Había disparado muchas veces, pero por suerte no había matado a nadie. Y quería creer que todo lo que había hecho hasta el momento, era con el fin de proteger a los habitantes de Forth Worth, pero en realidad eran obligaciones. Había firmado un contrato que no podía romper. No era muy

diferente de todos los moteros que venían a mi bar.

Kate no vivió un cuento de hadas, le había tocado lidiar con unos padres maltratadores y huir de una vida que solo la marchitaba poco a poco. Ella necesitaba tranquilidad y yo no podría ofrecerle nada de eso. Hace un año, dos drogadictos que escaparon de prisión irrumpieron en el apartamento con la intención de matarme. No quería una vida así para Kate, pero tampoco quería dejarla ir. Yo era la oscuridad y ella la luz. Y no tenía ninguna duda de que estaría mejor sin mí.

## CAPÍTULO 31

Había llegado al límite; había esperado demasiado tiempo para actuar.

Colin me miró con curiosidad un par de veces. La tensión entre nosotros no había disminuido y nos estábamos tratando uno al otro con rígida cortesía. Parecía estar incómodo cuando estábamos en la misma habitación y me preguntaba por qué.

—Deberías decírselo. —Jasper dio un paso hacia delante y lo miró—. Kate te ha perdonado.

—Tú no te metas —bramó.

—Solo intentaba ayudar, no me gusta cuando os veo así. No sólo sois primos, sino amigos también.

Colin lo miró durante un momento, luego se volvió hacia mí.

—Anoche traté mal a Kate, le dije cosas feas... Dios, me siento como un estúpido. Confié en ese maldito poli —suspiró.

Me puse de pie y lo observé. Se veía arrepentido y raras veces hablaba con tanta sinceridad. Colin era un hombre duro de roer y no solía demostrar sus sentimientos, mucho menos dejarse manipular. El hecho de haberse creído las palabras de aquel policía debía de comerlo por dentro.

—Primo, nos conocemos desde hace ya toda una vida. No voy a cuestionar nada y tampoco voy a decir nada al respecto. Si Kate te ha perdonado, eso suficiente para mí. —Le golpeé en la espalda—. Pero no vuelvas a faltarle el respeto.

—No... —Hizo una mueca.

—Tenemos que hacer algo —dijo Jasper—. Roy no puede salirse con la suya.

—Yo me encargaré de Gabe. Ese hijo de puta cantará, os lo aseguro.

Rasgaré su jodida garganta si es necesario —Colin había levantado la voz considerablemente.

—Bien, Jasper y yo nos vamos a buscar a Roy. Creo que sé dónde se esconde. Es un lugar apartado de la ciudad y perfecto para mantener a alguien encerrado. ¿Os acordáis del rancho de los Miles?

—Sí, estuvimos el año pasado allí buscando a dos fugitivos —comentó Jasper.

—Hace unos meses, Shade y su banda estuvieron molestando a los dueños. Y por lo que tengo entendido, abandonaron el rancho.

—Esta noche tenemos redada. Si no vamos, Damien se dará cuenta que estamos tramando algo —dijo Colin.

—Tienes razón —suspiré—. Tendremos que dejarlo para mañana.

—¿Vas a traer a Kate con nosotros? —preguntó Jasper y se aclaró la garganta.

—Tengo que hacerlo. ¿Olvidas que está aquí como infiltrada?

—¿Qué pasará con vosotros después de esto? Si no conseguimos hacer que Gabe hable, tú seguirás siendo sospechoso de asesinato. Ella tendría que entregarte...

—Eso no va a pasar —dijo Kate mientras cruzaba el salón—. Voy a testificar y buscaré más pruebas.

—¡El testimonio vale una mierda! —bramé—. ¿Olvidas que Gabe tiene fotos nuestras?

El rostro de Kate palideció. Bajo la mirada a los pies y tragó saliva con fuerza. Deseaba no haberle gritado, pero necesitaba hacerla entrar en razón. Tenía que recordarle cuál era su trabajo y que al final de su investigación tendría que entregarme a los federales, junto con Damien.

—Algo se me ocurrirá. No dejaré que te lleven preso. Eres inocente... — Su voz se quebró.



—¿De verdad piensas eso? —Di un paso hacia delante—. ¿Que soy inocente?

—Sí.

Le rodeé la cintura con los brazos y ella apoyó la mejilla en mi pecho. Le acaricié la espalda con las manos y cerré los ojos. Amaba nuestros abrazos silenciosos y sinceros. Nos sentíamos seguros, nos calmaban y lo más importante, no nos juzgábamos. Era un momento especial que hacía parar el tiempo y hacía desaparecer el mundo.

—No me dejes nunca —susurré.

—Tú tampoco.

—Austin... Nosotros nos vamos —habló Colin—. Nos vemos esta noche en el bar.

Asentí con la cabeza y me separé de Kate.

—Cuidado con lo que haces, la última vez se te fue de las manos. No lo tortures demasiado tiempo...

—¿Torturar a quién? —Kate parpadeó hacia mí—. No lo voy a permitir.

Colin y Jasper salieron de la casa apresurados. Me enfrenté a la mirada inquisitiva de Kate y apreté los puños.

—No podemos esperar más tiempo y tampoco podemos entregarlo. Necesito que hable.

—Pero no así, maldita sea. Eso es un delito contra la integridad moral. No voy a permitirlo.

—Lo harás, porque lo digo yo. Tu investigación se fue a la mierda, Kate. Al principio me mentiste porque no confiabas en mí y en mis métodos. ¿Pero qué pasa con los tuyos? Apestan, cariño —mascullé—. Damien sabe que eres detective, ¿cuánto tardarán Roy y los demás en averiguarlo? Tú coartada ya no sirve. No sé como mierda funciona esto, pero lo hiciste mal desde el principio. Admítelo.

—No me hables así y no me digas cómo tengo que hacer mi trabajo. No tengo la culpa de que firmaras ese maldito contrato. Tengo pruebas suficientes para detener a Damien, pero ahora no puedo hacerlo porque él te culpa a ti de un asesinato que cometió a sangre fría. Es muy listo el cabrón, y además tiene policías que le hacen favores. Esta mañana informé a mi compañero de todo lo que pasa y están investigando a Gabe.

—Vale, lo siento. —Tomé su rostro en mis manos y posé mis labios sobre los suyos—. No puedo evitarlo.

Sus labios rozaron los míos suavemente, antes de reclamarlos con posesión. Cada vez que los sentía era como si me besase por primera vez.

La calidez de su boca me puso nervioso.

—Estás perdonado... Una vez más.

Sonreí. Ella no tenía ni idea de lo que me estaba haciendo. Desde que la conocí había dejado de tener pesadillas, como si el infierno que viví en Afganistán se hubiera borrado por completo de mi memoria. Ella me curó, sin necesidad de hacer terapias, ella me arregló y me arrancó de mi soledad. Había logrado devolverme la ilusión, pero tenía miedo de que pudiera detenerse y rendirse.

—Nos tenemos que ir. Tengo que abrir el bar.



Estaba de pie en mi oficina cuando la puerta se abrió. La luz que se derramó en la pequeña habitación me ayudó a recobrar la lucidez en cuestión de segundos. Detuve el tren de mis pensamientos y exhalé, sintiendo como mi pulso cardíaco se normalizaba.

Colin cruzó la estancia y apoyó las manos en mi escritorio. Me miró

durante largos segundos y luego dijo:

—Mi hermana no contesta a su teléfono y Damien me llamó hace un rato para preguntarme si Freya estaba conmigo.

—¿Piensas lo mismo que yo?

Su mandíbula se apretó mientras asentía con la cabeza.

—¡Maldito Roy! —Golpeé el escritorio con mi puño y las carpetas salieron volando—. Iré al rancho, me importa una mierda la redada de esta noche.

—Iré contigo. Si él tiene a mi hermana y a Freya lo despellejare con mi cortaúñas.

—¿Dónde está Jasper? ¿Tenéis al policía?

—Sí, el maldito tiene una mujer y dos hijas. Tuvimos que esperar a que se fueran para entrar en la casa.

—¿Dijo algo?

—Que él no tiene nada que ver contigo y que no conoce a Damien.

—Típico.

—Jasper está con él. Lo tenemos encerrado y atado en el garaje del apartamento.

—Está bien, déjame avisar a Kate de que nos vamos...

—¿Kate está aquí? Cuando entré en el bar no había nadie.

—¿Qué mierda me estás diciendo? Ella se estaba encargando de recoger y limpiar las mesas.

—No hay nadie...

Mi corazón se hundió con sus palabras. En su mirada vi una breve chispa de compasión antes de que fuera reemplazada por el miedo. Mi mente era un monólogo incontrolable, y necesitaba desahogar tantos pensamientos inquietantes.

Agarré el teléfono y lo estrellé contra la pared. Lo siguiente fue la silla, y

después la lámpara de pie.

—Para, no vas a conseguir nada destrozando todo.

—Así me siento yo ahora mismo... Destrozado. —Sacudí la cabeza, incapaz de conseguir que salieran las palabras adecuadas de mi boca.

—Créeme que estoy igual. Quiero mucho a mi hermana, pero Freya es la luz de mis ojos. No quiero pensar en lo peor —suspiró—. Mi cabeza está completamente jodida en este momento y no puedo reunir suficientes pensamientos racionales para funcionar. Necesito que lo hagas tú, porque yo soy capaz de matarlos a todos.

—Lo haré, pero no te alejes de mí y mantente en alerta. Ese pedazo de mierda pagará, pero no mataremos a nadie.

—Freya debe estar asustada... —murmuró—. Damien también la está buscando.

—Las encontraremos.

Asintió con expresión de dolor.



Tras repasar en mi mente el camino más corto hacia el rancho de los Miles, caminé hasta la parte trasera del bar. Las motos estaban allí, pero las dos tenían la ruedas rajadas.

—¡Maldito hijo de puta! —vociferó Colin—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tomaremos la camioneta.

—¿Ese viejo trasto? No llegaremos a tiempo.

—¿Quieres calmarte? Necesito pensar —gruñí.

—Hazlo, pero necesitamos ayuda. Solos no podemos hacerlo, no sabes cuántos son.

—Lo tengo cubierto, pero necesito que mantengas la calma y que no hables.

—¿A qué te refieres?

Escuché el ruido de coches acercándose y giré la cabeza. Dos todoterrenos negros estacionaron delante de nosotros y levantaron una nube de polvo en el aire. Cuando vi que las puertas se abrían, me acerqué hasta allí.

—Amigo —dijo Chase mientras palmeaba mi hombro—. Cuánto tiempo.

—Gracias por venir.

—No me viene nada mal un poco de acción. La echo de menos... —Se echó a reír.

—¿Cuántos sois? —Miré a los dos hombres que estaban al lado de Chase.

—Seis y tenemos bastante arsenal como para empezar una guerra.

—Entonces vamos con vosotros. Nos rajaron las ruedas de las motos.

—¿A quien nos enfrentamos?

—Lo conoces... —Tomé una profunda respiración—. Lo llamaban *el loco*.

—Lo recuerdo, por las mañanas salía al patio y se cortaba con el cuchillo. El pecho lo tiene lleno de cicatrices.

—No sabemos cuántos son, pero tenemos que entrar y salir con mucho cuidado. Tiene rehenes... Tres mujeres y un hombre.

—Entonces vamos. No debemos perder más tiempo.

—Dame unos minutos para hablar con mi primo.

Ellos entraron en los coches y levanté la mano en el aire. Colin se acercó a paso silencioso y sin vacilación. Levantó una ceja y preguntó:

—¿Tus amigos?

—Sí, fuimos compañeros en Afganistán —contesté en voz baja.

—¿Tienes algún plan?

—Sí y no te va a gustar.

—¿Por qué dices eso? —Su voz chirriaba debido a la confusión.

—Necesito que te quedes atrás. Somos profesionales y tú...

—Entiendo, soy un estorbo. —Dejó caer sus hombros.

—No, joder —resoplé—. Tenemos que entrar y salir de ese rancho en el más completo silencio. Tú no tienes ningún tipo de entrenamiento, y créeme que habrá una masacre. Yo no dudaré en quitar una vida, pero tú sí. Y si lo haces, te arrepentirás. Nunca te lo vas a perdonar. Solo estoy intentando protegerte. Sé muy bien de lo que estoy hablando.

—Puedo defenderme. —Cruzó los brazos, a la defensiva.

—Nadie está diciendo lo contrario.

—Me da igual, se trata de mi hermana y de Freya. —Él me miró rápidamente y agregó—: Quiero ver la cara de ese hijo de puta, quiero tener la oportunidad de sacudirlo y de romperle los huesos. Me importa una mierda si tengo que lidiar con mi conciencia.

—Está bien, pero no intentes nada arriesgado.



El camino descendía sinuoso. Me invadió una sensación de malestar. Volví la cabeza, impulsado por la inquietud, y escudriñé el sendero que habíamos dejado atrás. No alcancé a vislumbrar a demasiada distancia a causa de los árboles y los giros del camino. Había una falta de agitación en aquel lugar tan sombrío.

Comprobé mi equipo: un revólver y mi arma más preciada, una navaja. Aquel cuchillo, cuya hoja había sido mi compañero más fiel en Afganistán y en ese momento, no sería distinto.

Respiré profundamente, manteniendo la calma y la concentración. Tenía que hacerlo si quería que todo saliera bien.

# CAPÍTULO 32

## Kate

Mis ojos se abrieron en la oscuridad. Apenas podía moverme. De pronto me sentí como una adolescente otra vez, con miedo a la oscuridad y a los gritos feroces de mis padres. Era extraño como una pesadilla podía hacerse realidad. Cómo podía tomar el control de la mente e invocar los sentimientos e incluso llegar a afectar mi cuerpo.

Sentí un nudo en la garganta que no debía de estar allí, estaba muy lejos de la chica asustada que había sido y a pesar de todo, así me sentía. Mi corazón latía con fuerza en el pecho y las palmas de mis manos sudaban. Me dije una y otra vez que había sido solo un sueño, pero las emociones se habían pegado a mí como un chicle.

Roy me había metido en un pequeño cuarto sin ventanas ni respiradores, de apenas dos metros cuadrados y con un nauseabundo olor a humedad. He pasado a saber cuánto tiempo acurrucada en un rincón del suelo mirando el único objeto que había en todo el cuchitril: un mísero colchón repleto de meados.

Me imaginé que Austin y la policía me estarían buscando.

Cuando salí a tirar la basura alguien me tapó la cabeza y me golpeó tan fuerte que perdí el conocimiento. De nada sirvió mi entrenamiento policial porque todo se volvió negro en segundos y no puede defenderme.

La puerta se abrió de golpe y me hizo saltar.

—Katherine West... —La luz se encendió y Roy estaba delante de mí, con una sonrisa espeluznante en los labios—. Sabía que algo no encajaba. Eres policía, una agente infiltrada. ¿Quién lo hubiera pensado? Lástima que tengas que morir. Tan guapa...



Se agachó junto a mí y me abofeteó; tan fuerte que todo el lado de mi rostro estaba en llamas por el dolor.

—¡Maldito hijo de puta! No vas a salir con vida de esto.

—Tú tampoco, dulzura. Y tampoco Sarah y Freya.

—¡Desgraciado!

Intenté ponerme de pie, pero él me lo impidió. Colocó la palma de su mano en mi frente y me empujó hacia atrás. Mis muñecas sangraban mientras luchaba violentamente contra las cuerdas. No importaba lo mucho que me retorciera y girara. No podía escapar.

—¿Por qué estás haciendo todo esto?

Se echó un poco hacia atrás y pareció reflexionar sobre eso por un minuto.

—Austin llegó a este lugar hace cuatro años. Compró el bar y se ganó el respeto de las demás bandas de moteros. Perdí todo el territorio ganado y perdí a muchos de mis compañeros. Damien y los Free Souls, trabajan con la policía estatal. Poco a poco me quitaron todo, ahora es imposible ampliar mis miembros —bramó—. Esto es un maldito infierno para mí.

—¿Por qué no te vas de aquí?

Me esforcé en contra de mis ataduras pero no cedieron. La ira se disparó dentro de mí, ardiendo con intensidad feroz.

—¿Irme? Esta es mi casa, quien se tiene que ir es Austin y su pandilla. Cuando le quitaré todo lo que quiere, lo hará seguro. Prepárate mentalmente para morir.

Se frotó las manos y mi corazón latió a toda velocidad. Cerré los ojos ante el inevitable flujo de lágrimas y me quedé completamente inmóvil.

Me golpeó tan fuerte que mi cabeza explotó de dolor. Tenía que aguantar, pronto vendrían a rescatarme.



Algún tiempo después, quién sabe cuánto, recuperé el conocimiento o un estado similar a la consciencia. Me sacudí. La cabeza me dolía y tenía el cuello rígido hasta el punto de sentir un dolor punzante.

Abrí los ojos y miré asustada a mi alrededor.

—Por fin despiertas... —dijo Roy y se acercó—. Tengo planes contigo y no quiero perder el tiempo. Serás la primera en morir, y le enviaré una foto a tu novio.

—Roy, no lo hagas. —Mis palabras y mi voz parecían estar llevando una especie de retraso, era casi lenta, como si estuviera borracha.

Sacó un cuchillo y una pistola. Parecía un loco mientras las giraba para mirarlas con atención.

—Tendrás que elegir, dulzura. ¿La pistola o el cuchillo? Me aseguraré de no hacerte sufrir.

—Por favor... —Empecé a llorar.

—No me conmueven tus lágrimas.

Intenté moverme, pero mis miembros no respondieron, parecían rígidos y entumecidos. Mis esfuerzos se reflejaron en movimientos bruscos y pesados. Frustrada, permanecí inerte.

—No voy a elegir...

—Entonces, lo haré yo.

Mi cuerpo temblaba y mi corazón se había acelerado hasta casi vibrar; nunca había estado tan asustada en mi vida.

—Elijo el cuchillo —Aquellas palabras parecían más para él mismo que para mí.

Empecé a entrar en pánico. Levanté la vista hacia él y negué con la cabeza.

—No te acerques a mí. —Se me erizaron los vellos en los brazos. Aquello no estaba pasando.

Quería llorar por no haber visto esto venir. Me maldije a mi misma por el error que había cometido. Nunca debí salir del bar sola. Había sido una idiota.

Roy se inclinó y reunió mi pelo con sus dos manos. Con brusquedad, levantó mi cabeza hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Eres muy guapa; es una pena que tenga que matarte.

Mi corazón se retorció y mis manos agarraron una de sus muñecas en un esfuerzo de apartarla de mi pelo, pero se mantuvo firme.

—No lo hagas, por favor... Podría ayudarte.

El bastardo soltó una carcajada.

—Estás asustada, me gusta... —Me soltó—. Lo encuentro excitante.

—Eres un enfermo mental...

—Me llamaban el loco. ¿Quieres saber por qué?

—No. —Apreté los dientes.

Dejó el cuchillo y la pistola en el suelo y se quitó la camiseta. Mis ojos se abrieron de par en par y adopté una expresión de incredulidad. Mi boca quedó abierta pero sin habla, muda al ver las cicatrices tan feas que tenía en su pecho. Eran líneas finas y largas... Cientos de ellas. Ese hombre se lastimaba solo.

—Me gusta sentir el dolor porque me provoca placer. La sensación es muy intensa y muy similar a la de las drogas.

—No es sano...

—¿Has probado alguna vez la cocaína o la heroína?

—Nunca. —Mi corazón se agitó.

—No sabes lo que te pierdes. —Se agachó y agarró el cuchillo—.

¿Dónde estábamos?

Dije una oración en silencio y cerré los ojos. Me dije que debía gritar y patear, pero no serviría de nada, solo podía esperar.

—Mírame, maldita sea —dijo con brusquedad, y en contra de mi voluntad, lo hice—. Si quieres gritar, hazlo. Tus aullidos de dolor serán música para mis oídos.

Intenté contener el pánico que estaba haciéndose camino por mi garganta.

Unos ruidos lastimeros comenzaron a surgir de la nada. El silencio dio paso a un chirrido que fue incrementando su volumen, acompañado por pequeños golpes y disparos que se escuchaban con claridad.

Una humareda de polvo se levantó por debajo de la puerta, imposibilitando la visión. Era gas lacrimógeno. De inmediato tapé mi cara con la camiseta y cerré los ojos.

—Kate, ¿estás bien? Cúbrete bien y no te muevas.

Escuché la voz preocupada de Austin y gemí. Habían pasado más de veinte segundos y los síntomas empezaron a notarse. Mi piel picaba y mis ojos ardían. Sentía una fuerte opresión en el pecho y experimentaba una sensación de ahogo.

Parpadeé varias veces para alejar las lágrimas y miré a mi alrededor. El gas había comenzado a disiparse y pude ver con claridad el cuerpo de Roy tirado en el suelo. No se movía, pero respiraba con rapidez.

Me demoré unos instantes en contestar y tosí para liberar de mi garganta el gas que había ingerido.

—Sí...Estoy bien. Solo me pica un poco la piel, nada con lo que no pueda lidiar.

—¿Roy está contigo?

—Sí...

—Voy a entrar.

Justo en el momento en el que pensé que todo había terminado, una mano fría agarró con fuerza mi tobillo.

—¡Suéltame! —chillé.

Las fosas nasales de Roy se ensancharon por la ira, le costaba respirar y mantener los ojos abiertos. El dorso de su otra mano golpeó fuerte mi mejilla, haciendo que mi espalda se golpeará contra la pared. Un fuego estalló en mi rostro y en la parte posterior de mi cabeza.

La repulsión se apoderó de mí y no podía soportar mirarlo. Con mi pecho estremeciéndose, me preparé para más dolor.

La puerta salió disparada y golpeó la pared. Austin entró, seguido por Colin y varios hombres. Sus ojos me buscaron y cuando me vio, soltó una maldición. Quitó el seguro de su revólver y se agachó para coger a Roy por el cuello.

—Pedazo de mierda. Voy a reventar tu cabeza.

—Vaya... Trajiste todo un ejército por mí. Me siento halagado —murmuró con voz ronca y movió la mano con el cuchillo, intentando clavárselo a Austin.

—No voy a matarte, pero me aseguraré de hacerte sufrir. —Las palabras de Austin eran duras.

—Te encontraré, y a tu chica también.

La cara de Roy estaba morada y los ojos desorbitados. Austin tenía un brazo alrededor de su cuello y lo arrastraba hacia la puerta.

—Vamos a llevarte a otra habitación...

—¿Quieres torturarme? —Roy soltó una carcajada—. Lo disfrutaré... El dolor es mi droga.

—Déjame a mí.

Colin sacó una navaja y la colocó debajo de su cuello. Observé con horror como la hoja se movía y manchaba con sangre su piel.

—¡No! Detente —grité—. Si muere, entrarás en la cárcel.

Tomó un respiro antes de hablar. Sentí el peso de sus palabras mientras las decía. Estaban llenas de odio.

—Me importa una mierda —graznó y movió el cuchillo—. Freya es una chiquilla y mi hermana... Es la mejor persona que conozco. Nadie tiene el derecho de tocarlas... ¡Nadie!

—No lo hagas...

Los ojos de Roy se encontraron con los míos. Su expresión era de dolor, pero él bastardo sonreía.

—Kate tiene razón. No puedes matarlo. —Austin tiró de su brazo y el cuchillo se movió, rajando el cuello de Roy.

Chillé. El pulso latía en mis oídos, me sentía mal. Contuve las lágrimas y los miré horrorizada.

—Por favor... —susurré. Me quedé inmóvil en mi lugar con la garganta tan apretada que casi no podía respirar.

Colin lanzó lejos el cuerpo de Roy y luego abandonó la habitación.

Me estremecí y traté de ocultar lo aterrorizada que me sentía. Mi pulso se detuvo cuando lo vi arrastrarse por el suelo, intentando agarrar la pistola. Austin fue más rápido y colocó una bota encima de sus dedos, deteniéndolo.

Roy maldijo en voz baja y agarró la pierna de Austin con la otra mano.

—Llévao de aquí porque no puedo contenerme —vociferó Austin, luego rechinó los dientes y dio un paso hacia atrás.

Dos hombres agarraron a Roy por los hombros y lo arrastraron fuera de la habitación.

Miré a Austin tratando de borrar el horror de mi cara. Él no decía nada, pero podía intuir sus sentimientos. Se culpaba y al mismo tiempo se alegraba de verme.

—Me salvaste —susurré.

Él se arrodilló delante de mí y cortó la cuerda que había alrededor de mis muñecas. Guardó la navaja y acarició las heridas con dedos temblorosos.

—Todo esto es culpa mía. Yo lo llevé hasta ti. —Hizo una pausa, incapaz de mirarme—. Se suponía que debía protegerte. Verte así me dan ganas de matarlo.

Me acercó a sus brazos y me sostuvo cerca de él, sin moverse ni hablar. Nuestros abrazos eran así, silenciosos y cálidos. Podría quedarme así para siempre.

—¿Freya y Sarah?

—Están bien, Shade también —susurró—. Nunca estuve tan asustado. Roy es un loco.

—Lo sé, he visto sus marcas...

—No quiero perderte, Kate. No me dejes.

Tragué saliva y me quedé callada. No quería dejarlo, pero tenía que hacerlo. Al menos durante unos días para poner un poco de distancia entre nosotros y aclarar mis ideas. Lo amaba, no cabía duda. Nuestras almas se encontraron por el camino y compartían el mismo destino. Austin era lo que necesitaba mi corazón, lo que mis labios deseaban y la persona que nunca podría olvidar.

No obstante, puso mi mundo del revés y me sentía prisionera de lo que él hacía. Necesitaba mi espacio y disfrutar de mi independencia. Mis padres me habían marcado para siempre. Sabía que debía enfrentarme a esos demonios del pasado y vencerlos, pero no sabía cómo hacerlo.

No sabía cómo resolver ese dilema, por eso necesitaba estar un tiempo sola.

—Tengo que llamar a mi compañero... —Me alejé y tragué saliva—. Necesito contarle...

—¡Kate! —gritó—. Dime que no me vas a dejar.

—Austin...

—¡Maldita sea! —Se puso de pie de un salto—. Te quiero, eres mi vida... No puedes hacerlo. Te necesito, por favor.

Me sorprendí al ver la humedad en sus ojos cuando terminó de hablar.

—No... No puedo... —Exhalé una dura respiración. Di una pequeña sacudida triste con mi cabeza y dejé que cayeran las lágrimas que llenaban mis ojos.

Me miró durante unos largos minutos y se tocó la sien con un dedo.

—Eres cruel... Me estás matando por dentro —dijo con voz trémula.

Yo estaba llorando de verdad y tenía en la punta de la lengua decirle que lo amaba, que no lo dejaría nunca, pero no fui capaz.

—Lo siento... Solo necesito...

—Me largo de aquí. —Me miró, luego giró sobre sus botas y se fue.

—¡Austin! Espera... —Me levanté y mis pies cedieron. Caí de rodillas y traté de enfocar, veía borroso—. Solo unos días... Vuelve, por favor.

La oscuridad se arrastró hasta mi visión y me mareé.

—Te tengo.

Colin me levantó en sus brazos y me llevó fuera de la habitación. Me cargó hasta un todoterreno negro y me metió dentro.

—¿Se ha ido? —pregunté en voz baja mientras intentaba acomodarme en el asiento.

—¿Qué mierda le dijiste, Kate? —Me miró y frunció el ceño—. ¿Qué os pasa? No entiendo nada... Él te quiere, maldita sea. Estuvo asustado como la mierda.

—Solo necesito unos días para poner en orden en mis pensamientos. Yo también lo quiero...

—Arregla esta mierda o lo vas a perder para siempre.

—Lo intentaré, pero lo veo imposible.



—Nada es imposible si lo deseas lo suficiente —dijo y metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta—. Aquí tienes tu teléfono. Lo encontré en el bar.

—Gracias.

—No ha parado de sonar.

—Debe ser mi compañero —suspiré y miré por el cristal de la ventana—. ¿Están todos muertos?

—No, Kate. No hemos matado a nadie, solo hay heridos. No somos tan malos como lo piensas.

—Lo siento...

—Chase te llevará al hospital, luego a tu casa. Nos vemos. —Cerró la puerta del coche de golpe.

El teléfono vibró en mis manos y me sobresaltó. Atendí al segundo tono, luego lo alejé de mí oído porque Ford estaba vociferando.

—¿Dónde coño estás Kate? He llamado cientos de veces...

—Me secuestraron.

—¿Quién? ¡Habla maldita sea!

—Para de gritar, por favor —gemí—. Fue Roy, el líder de los Skulls. No me hizo nada, Austin llegó a tiempo y me salvó.

—Está bien, pero entiende que estoy preocupado. Enviaré dos patrullas. ¿Hay heridos?

—Sí... Tuvieron que hacerlo.

—Kate, sabes que no pueden tomar la justicia por su mano y salir sin cargos.

—Lo sé.

—Hace un cuarto de hora dos policías encontraron a Gabe atado a un árbol y con un sobre pegado a su pecho. Dentro había un usb con un video. Ese maldito confesó... Ahora están deteniendo a Damien. Lo tenemos y hay

suficientes pruebas para condenarlo. Le caerán por lo menos diez años.

—Freya...

—¿Quién? Kate...

—Tengo que cortar, luego te llamo.

—Espera, hay algo que necesitas saber. Van a detener a los Free Souls para interrogarlos. Ellos han usado placas policiales y equipamiento. Se han hecho pasar por oficiales —Respiró hondo—. Esto pinta muy mal.

—Gracias.

Corté la llamada y me bajé del coche. Tuve que aferrarme a la puerta para no caer al suelo, el mareo no había disminuido.

—Vuelve al coche —bramó Colin—. No estás bien.

—Freya...

—¿Qué pasa con ella? —Se impacientó.

—¿Dónde está?

—Se fue con Austin y mi hermana. La van a llevar a casa.

—No, no pueden hacerlo. Hay policías... Van a detener a Damien. Nadie tiene que saber que ella vivía allí. La pueden acusar de complicidad.

—Ella no hizo nada. —Se frotó las manos y suspiró—. ¡Mierda! Llamaré a Austin.

## CAPÍTULO 33

Me detuve frente al coche y me pasé las manos por el cuello.

—Austin, tío... Gracias. —Maddox dejó salir el aire en un siseo como si lo hubiera golpeado—. Gracias por salvar a mi hermano. Lo llevaron al hospital y parece que solo tiene unos rasguños.

—Shade es mi amigo. No tienes que darme las gracias.

—Escuché que había secuestradas tres chicas más. —Frunció el ceño con preocupación.

—Así es, están a salvo. Suerte que hemos llegado a tiempo.

—¿Qué pasará con Roy? Ese desgraciado tiene que pagar. —Su mandíbula se tensó con ira.

—Pagará, te lo aseguro.

Sin decir una palabra más, asintió, alejándose de mi campo visual. Me apoyé contra la camioneta y observé impasible como los policías corrían de un lado a otro mientras se llevaban a Roy esposado. Si no fuera porque me había detenido en el último momento ese maldito estaría muerto. Mi cabeza estaba todavía llena de rabia y jodidos pensamientos.

Abrí la puerta trasera y entré en ese viejo coche. Me quedé en silencio por un momento, antes de ver a Colin llevando a su hermana a la ambulancia.

Sarah y Freya estaban a salvo. Roy las había encerrado en el cuarto del baño. Mientras yo estaba rescatando a Kate, mi primo aprovechó para sacarlas fuera de la casa. Nadie había salido herido, salvo algunos compañeros de Shade que se interpusieron en nuestro camino.

Dejé escapar un suspiro e incliné mi cabeza hacia atrás contra el asiento. Me perseguía la mirada de Kate y no podía hacer nada para impedirlo. La extrañaba tanto que me dolía respirar.



Desprecio y odio; eso debería sentir pero solo la decepción me azotaba, tan rápido y tan poderoso, que me entraban ganas de devolver.

Mis puños estaban cerrados con tanta fuerza que la piel se veía blanca. Mi mente era un revoltijo de preguntas y maldiciones. No podía creer que le hubiera dicho que la quería y que ella ni siquiera se inmutase. Como si mi amor no fuera suficiente para que ella mirara más allá de sus propios fantasmas para arreglar las cosas conmigo.

La amaba tanto que me dolía el pecho de pensar que no la tenía. Aquello no podía estar pasando. La rabia y la desesperación me carcomían. ¿Qué sentido tenía vivir? ¿Qué razones tenía para seguir?

Sentía que no me quedaba nada.

Mi vida había estado toda al revés antes de conocerla, insípida y en una continua agonía. Ella despertó en mí sentimientos que creía no volvería a sentir. Kate llegó a tiempo para salvarme.

No quería tener que enfrentarme otra vez a ese océano que me rodeaba en la más absoluta oscuridad. Aunque sabía que era fuerte, no quería llegar a un puerto donde no estuviera ella.

Me preguntaba si a partir de ese momento mi existencia sería solo eso, un perpetuo estado de dolor ante su ausencia.

Nunca había estado tan asustado y tan fuera de control. Estuve indefenso durante unas horas ante la impotencia y la inseguridad. Roy era un maldito loco que había estado muy cerca de matarlas a las tres solo para hacerme daño.

—Austin... —murmuró Freya—. Contesta a ese maldito teléfono. No

para de vibrar y me molesta.

Lo saqué de mi bolsillo y miré la pantalla.

—Es Colin...

—Pues contesta, ¿qué esperas? —preguntó con exasperación.

—Podría ser Kate —susurré.

—Dámelo. —Lo arrancó de mis manos y contestó a la llamada—. Colin, ¿qué pasa?

Ella gruñó y luego miró con incredulidad el teléfono.

—¿Freya? —murmuré.

—Quiere hablar contigo —bramó—. Esto es increíble. He pasado un infierno durante las últimas horas y ni siquiera se ha molestado en abrazarme cuando me rescató. Y ahora no quiere escuchar mi voz. Lo odio.

—Créeme que le importas, pequeña. Tú y su hermana sois todo lo que tiene.

Ella murmuró algo que no pude oír y se reclinó en el asiento.

—¿Austin?

Tomé el móvil y lo coloqué al oído.

—Dime.

—Hay policías deteniendo a Damien. Lleva a Freya al apartamento.

—No jodas. ¿Quién te lo dijo?

—Kate...

Cerré los ojos y tragué saliva; dolía demasiado escuchar su nombre. Fingirlo era difícil porque nunca había amado a alguien tanto como a ella. Fue algo inevitable.

—Está bien.

Guardé el teléfono y tomé la mano de Freya. Ella giró la cabeza y me miró por encima de su hombro.

—Cambio de planes, pequeña. Tendrás que venir a vivir con nosotros.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—No hagas más preguntas. Es mejor que no lo sepas.

—Mi padre, ¿verdad?

—Sí. Va a estar un tiempo desaparecido.

—Me alegro. —Me dedicó una triste sonrisa—. Quiero la habitación de abajo.

—No está amueblada. Hay una arriba...

—Que está al lado a la de Colin. No la quiero... No quiero tenerlo cerca.

—Se quedó sin aliento en su indignación.

—Colin dejará el apartamento. Jasper también. Van a volver a sus casas.

—Oh... Mejor.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Tendría que convivir con ella durante un tiempo y algo me decía que no iba ser un camino de rosas.

Damien entraría en prisión y ella se quedaría prácticamente en la calle. No podía abandonarla.

Todo había terminado y era libre para seguir con mi vida. Merecía algo bueno, pero también me merecía a Kate. No iba a abandonar tan fácilmente.



Colin se había quedado para lidiar con toda la mierda que tuvimos que dejar atrás para salvar a las chicas y no había vuelto. Pasaron más de dos horas y no tenía ninguna noticia de su paradero.

Dejé la botella de cerveza encima de la mesa y me puse de pie. Estaba cansado y se me cerraban los ojos. Freya y Sarah estaban durmiendo tranquilamente en mi habitación, pero yo me había quedado en la cocina para

esperar a mi primo. Necesitaba saber que Kate estaba bien.

Vi luces azules bailando en las paredes y cerré los ojos. Me iban a detener, no cabía duda. Al menos me quedaba el consuelo de que los informes de dos policías que nos habían acompañado a las redadas, constarían como prueba. En ellos estaba detallado todo lo que habíamos hecho y que nos habían nombrado ayudantes de policía. Todo para no tener problemas de cara a la ley.

Me senté de nuevo en la silla y esperé. Esa noche iba ser muy larga.

# CAPÍTULO 34

## Al día siguiente

Me habían llevado a la comisaría y me dejaron dormir en una celda con otros detenidos. Al día siguiente me interrogaron durante cuatro horas. Los investigadores intentaron conseguir una confesión, haciéndome preguntas clave para desmontar las coartadas que tenía. De nada sirvió, porque después de tres horas, llegaron los dos policías que conocía. Entregaron los informes y los certificados que indicaban que habíamos sido nombrados como ayudantes de oficiales. Me dejaron libre, incluso me ofrecieron seguir ejerciendo ese trabajo.

No acepté y mis amigos tampoco. Fueron años duros para ellos. Yo estaba acostumbrado a la violencia y a usar métodos duros para conseguir confesiones, pero ellos no. Jasper ni siquiera sabía disparar con una pistola.

Kate se había incorporado a su trabajo pero no la vi por ningún lado. Sin embargo, tuve la extraña sensación de que me había estado observando tras el espejo de la habitación donde me interrogaron.

Los cargos de asesinato fueron descartados cuando detuvieron a Damien. Jasper hizo un buen trabajo para conseguir que Gabe hablara delante de una cámara de vídeo. También dijo que iba a Francia para buscar a la hermana de Damien. Le caerá una larga condena. Su almacén fue registrado minuciosamente y encontraron los contratos. Bloquearon sus cuentas y confiscaron todo su equipamiento.

—Deberías llamarla —dijo Jasper en tono odioso chasqueando la lengua—. Hoy es la boda de su hermana.

—No, que me llame ella.



—Por Dios hombre, hazle caso a Jasper —bramó Colin—. Nosotros nos vamos hoy y no me gustaría saber que vas a estar tan apagado.

—Estaré bien...

—No sin ella. Tenéis que hablar y aclarar las cosas. Os queréis, maldita sea —habló Jasper y se reclinó en el asiento.

—Tengo el bar y a Freya conmigo. Es suficiente para entretenerme. Esta chiquilla acabará conmigo... —Torció el gesto—. Los adolescentes son difíciles de entender y rebeldes.

—Eres perfecto para ella. Necesita disciplina —murmuró Colin—. Yo me alejaré por un tiempo. Freya necesita madurar y hacer nuevos amigos.

—Y novios —dijo Jasper riendo.

—¡Callate joder!

Colin se puso de pie de un salto y lo miró mal.

—Nadie la toca... —Apretó los puños—. Me aseguraré de que así sea.

—Esto no es sano, tío. Ni para ella ni para ti —murmuró Jasper.

—Mira quien habla. ¿Cuándo vas a reconocer que amas a mi hermana?

—¿Q... Qué? —Jasper agrandó los ojos y me miró por el rabillo del ojo.

—Yo no le dije nada. —Levanté las manos en el aire.

—Babeas cuando la ves y cuando te habla... Es evidente —le dijo mi primo.

—No es verdad.

—Tú sigue negándolo. El tren solo pasa una vez...

—¿Quieres hablar de esto? —Jasper se levantó—. Muy bien... Hablemos. Es tu hermana quien no quiere estar conmigo. Ella sabe todo lo que siento por ella, la quiero maldita sea y me duele no poder tenerla. Fui su primer novio y fui el primero que la besó...

—Cuando tenías diez años...

—Desde entonces no ha salido y no se ha besado con nadie más. Yo

tampoco...

—Tendrá sus razones. ¿No le gustaron tus besos? —Colin sonrió.

—Deja de pinchar, esto duele —graznó Jasper con los dientes apretados.

—Lo siento...

Colin se acercó a Jasper y colocó una mano en su hombro. Se quedó callado durante unos minutos, luego dijo:

—Si la amas, lucha por ella. Yo no lo voy a impedir. Quiero verla feliz y sé que sin ti no lo es. Pero prepárate para lidiar con algo difícil... Y doloroso. Yo aún estoy en ello.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto lo averiguarás. —Palmeó su hombro y abandonó la cocina.

—¿Por qué tanto misterio?

—Ni idea.

—Voy a subir arriba para terminar de hacer la maleta. ¿Estarás bien solo?

—Sí, joder. No es la primera vez que tengo que lidiar con una separación —murmuré con voz ronca.

—Esto es diferente, tío. Los dos os queréis.

—No creo que ella sienta lo mismo por mí. Fue solo atracción.

Me preguntaba porque la vida era así, tan macabra como para hacerme sentir tanto justo con la mujer por la que no debía sentir nada.

Necesitaba abrazarla y besarla un par de veces para sentirme mejor. Imaginarme con ella era ser feliz sin temor a nada.

—Y un cuerno. Ella te quiere. Llámala o vete a su casa. Habéis quedado para ir juntos a esa boda, ¿verdad?

—No creo que quiera verme. No me ha llamado. —Mi voz era débil, agotada.

—Tú tampoco lo hiciste.

Me llevé las manos a la cara y suspiré. Él tenía razón. No la había

llamado y no había hecho nada para recuperarla. Eso era porque la culpaba, pero también porque no quería lidiar con otro rechazo. Fui yo quien se había marchado de allí sin mirar atrás y sin darle la oportunidad de explicarse. Me arrepentía de haberlo hecho.

¿Qué podría hacer para remediarlo? ¿Presentarme en su casa vestido con un traje y con un ramo de rosas? ¿Llamarla para pedirle la cita que habíamos hablado de tener cuando todo se hubiese acabado? ¿Olvidarla y seguir adelante?

Demasiadas preguntas y demasiados sentimientos involucrados. No obstante, tenía que hacer algo. La espera se había alargado demasiado.



Me sentía incómodo con el traje puesto. La camisa me apretaba y la corbata me ahogaba. Toda mi piel picaba; nunca había llevado algo tan pegado a mi cuerpo. Miré el ramo de flores y suspiré. Había comprado gardenias porque me recordaban a mi madre. A ella le gustaban mucho.

Había decidido darle una oportunidad a la relación que tenía con Kate, pero no estaba preparado para otro rechazo. De hecho, no había ido a su casa para preguntarla si me quería en su vida o no. Sino para quedarme y recordarle que ella era solo mía. ¿Iba a ser fácil? No, pero no me iba a rendir.

Tuve que esperar unos segundos para que ella abriera la puerta, y cuando lo hizo mis nervios incrementaron aún más.

Cuando la vi, dejé de respirar y olvidé todo lo que quería decirle. No estaba arreglada, y su cabello se veía desordenado. Sus ojos estaban rojos porque había llorado y sus labios hinchados.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella con voz ronca.

Esa pregunta fue como un balde de agua helada. No sabía que contestarle, estaba ahí para llevarla a la boda de su hermana, pero ella no estaba vestida. Necesitaba decirle todo lo que había ensayado, pero no quería sonar imponente.

—Quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Ella asintió y la siguió al interior. Analicé el recibidor. Tenía dos sofás de cuero blanco que no debía usar demasiado porque estaban immaculados. Una pequeña mesa de cristal sobre una alfombra densa y peluda, y un pequeño mueble donde había un televisor plano y dos altavoces. En ningún lado vi fotografías o recuerdos, pero me llamó la atención uno de los cuadros. Me acerqué hasta allí y miré con atención el dibujo. Tan solo había una casa y dos figuras de niños.

—Lo hizo mi hermana —susurró ella detrás de mí—. Siempre habíamos soñado con tener una casa solo para nosotras dos, sin nuestros padres.

Me volví hacia ella y su mirada cayó en el ramo de flores.

—¿Son para mí? —Su voz gutural me estremeció—. Nunca he recibido flores.

—Sí...

Estiré el brazo y ella las cogió con cuidado. Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Gracias, son preciosas.

—Las gardenias era las flores preferidas de mi madre.

Ella alzó la mirada y una cantidad inmensurable de pensamientos y emociones se agolparon en mi mente de forma contundente.

—Nunca me hablaste de ella...

—En cierto modo, lo hice —dije y sonreí—. Mi moto se llama como ella.

—Emma...

—Sí, le puse su nombre porque fue ella quien me enseñó a montar. No mi padre...

—¿Tienes fotografías con ellos?

—Sí, tengo un álbum en la oficina del bar. ¿Por qué no estás arreglada? Me miró pensativa por un momento.

—Austin... ¿Por qué has venido?

Dejé escapar un suspiro y consideré como empezar.

—Necesitamos hablar —dije, prolongando las palabras.

—Lo sé... Pero pensé que me habías dejado. —Se mordió los labios.

—¿Yo? Fuiste tú quién me dijo que no tenías claro lo nuestro. —Me pasé la lengua por los labios—. Sé que no me quieres, pero sientes algo por mí. No puedes negarlo.

—Yo nunca he dicho que no te quiera.

Su respuesta me sorprendió.

—Pero tampoco que sí —respondí irónico.

—Te quiero, Austin... Demasiado... Pero estoy asustada. Tú no eres paciente y yo no sé cómo lidiar con todo esto. No quiero comprometerme con alguien porque no quiero vivir la vida que mis padres me obligaron a llevar.

Nos miramos fijamente. No estaba seguro del tiempo que pasé perdido en el brillo de sus ojos.

—Soy paciente, cariño. Déjame demostrártelo. No te prometo algo perfecto porque no puedo dártelo —dije, tratando de suavizar las cosas—. Soy demasiado impulsivo, a veces grito y no escucho lo que los demás dicen. Soy posesivo, pero solo contigo. Soy un desastre en la cocina, pero no en la cama.

Respiró fuerte y vi varias emociones cruzar sus ojos y su cara.

—Me gusta que no seas perfecto, por eso te quiero... —Las lágrimas

salían a mares de sus ojos—. No puedo estar enfadada contigo, no cuando vas y dices algo como eso. —Dejó pasar unos segundos—. ¿Me perdonas? Me asustan las cosas que no sé cómo manejar...

Caminé hacia ella y la tomé de las mejillas, interrumpiendo sus palabras, y la atraje hacia mí. Ella dejó caer las flores al suelo y me abrazó. Ambos suspiramos ante ese contacto, los abrazos eran nuestras muestras de cariño.

—Todos cometemos errores —susurré.

—Estás muy guapo con el traje. —Ella dio un paso atrás para mirarme—. Pero no tanto como cuando llevas puesta tu cazadora de cuero.

—Créeme que tengo ganas de arrancarlo, pero aguantaré para la boda.

—Sobre eso... Se canceló —dijo arrastrando las palabras—. Mi hermana no quiere casarse, prefiere esperar.

—¿Por eso no me llamaste hoy?

Asintió con la cabeza.

—¿Entonces puedo quitarme este disfraz? —gruñí.

—Déjame a mí.

Dio un paso hacia delante y agarró la corbata con sus manos. Tiró hacia abajo hasta que nuestras bocas casi se tocaban.

—¿Qué quieres hacer, Kate?

—Quiero amarte —respiró contra mis labios.

Sentí un rayo de esperanza ante sus palabras.

—¿Para siempre?

—Eternamente. —Sus ojos estudiaron los míos.

Su respiración se volvió superficial. Estaba esperando que la besara, y lo hice. Guíé mi boca a la suya y vi sus ojos cerrarse justo antes de que nuestros labios se encontrasen.

Presionó su cuerpo contra el mío y se movió conmigo hasta que entramos en una pequeña habitación pintada de azul.

La besé suavemente, dejándola que se adaptara a las sensaciones, le chupé el labio inferior y tiré de ella para acercarla. Necesitaba más.

Kate dejó escapar un suave gemido y comenzó a pasar las manos por mi espalda.

—Quítate la ropa —murmuró.

—Las damas primero.

Agarré el borde de su camiseta y ella negó con la cabeza.

—¿Tienes la navaja? —Sus ojos revolotearon sobre los míos.

—La llevo siempre conmigo.

Metí la mano dentro del bolsillo de la americana y se la enseñé. Ella inhaló fuertemente y me miró, esperando a ver lo que iba a hacer a continuación.

Me acerqué y agarré su camiseta. La corté con el cuchillo y sus hermosos pechos quedaron al descubierto. Mi apetito rugió ante esa visión y maldije en voz baja. Nunca había estado tan duro.

La miré lascivo, ella me robaba el aliento.

Hice lo mismo con sus pantalones, luego dejé la navaja encima del pequeño mueble blanco que había al lado de la cama. Me quité la americana y la camisa. Kate silbó y mis labios esbozaron una sonrisa. Amaba a esa mujer.

Me quité los pantalones y ella se estiró sobre la cama.

—Ven aquí, chico malo.

Me acerqué y le abrí bien las piernas.

—Eché de menos esto...

Deslicé mis manos a sus pechos, tomé un montículo perfecto de carne y acaricié su pezón endurecido con mi pulgar. Kate lanzó un suspiro suave, y sus párpados se cerraron. Le apreté el otro pecho y pellizqué su pezón entre el pulgar y el índice, frotando la punta con una presión cada vez mayor.

Me estiré sobre su cuerpo, acomodándome entre sus piernas. Mi erección

palpitaba contra su vientre y resoplé extasiado.

Capturé sus labios en un beso provocativo, mi lengua lamiendo en la comisura de su boca.

Se retorció debajo de mí, ansiando más.

Con un gemido ronco, me levanté sobre mis rodillas, elevando sus caderas con mis fuertes manos. Mis dientes rozaron un pezón y mi lengua hizo movimientos lentos sobre ese montículo aterciopelado. Deslicé una mano entre sus muslos, acariciando y frotando. Continué la tortura hasta que se retorció debajo de mis dedos.

Kate se vino desecha en un grito agudo e intenso.

Aparté el cabello de su cara y la besé duro y posesivo, dulce y tierno, y paré justo para mordisquear sus labios.

—Mi turno.

Agarré sus caderas con ambas manos y me hundí dentro de ella. Comencé a moverme y bombear en un lento movimiento rotatorio.

Sentí mis embestidas como destellos por todo el cuerpo. Comencé una secuencia de movimientos violentos, haciendo que la cama se sacudiera por completo. La besé excitado, sintiéndome demasiado estimulado.

Ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura, arqueando su espalda y permitiéndome llenarla más profundo. Le tomé las manos, las junté con las mías y las acomodé junto a su cabeza.

Mi cuerpo se tensó a medida que se acercaba al clímax. Gruñí con la cara enterrada en el largo y frondoso cabello de Kate, sacándome de mi ser.

—Encajamos perfectamente —susurré mientras la abrazaba.

Hemos permanecido así unos minutos, ninguno quería separarse.

—Había olvidado lo bien que se nos da esto —dijo con los ojos cerrados.



# EPÍLOGO

## Meses después

Dejé la caja de cartón encima de la mesa y la nota que había escrito a mano, al lado. Había encargado un regalo para Kate y le había dejado un par de instrucciones.

Después de tres meses, ella aceptó vivir conmigo y Freya en el apartamento. Estaba feliz porque no tendríamos que hacer viajes constantes de un lado a otro, y también porque Freya era difícil de controlar. Ella necesitaba una figura materna en su vida, a alguien en quien confiar todos sus secretos. Conmigo apenas hablaba.

Colin se había ido a vivir con su hermana y Jasper con su familia. Pero no dejaron de llevar las motos y las chaquetas de cuero. Free Souls seguía funcionando como una banda. A ellos se les unieron dos chicos más. Vince y Chase, dos jóvenes que salieron de la cárcel y necesitaban integrarse en la sociedad. Ellos frecuentaban mi bar, venían a menudo para algún partido de billar, o alguna borrachera de esas que borraba hasta los sentimientos.

—Esta casa necesita limpieza —dijo Kate y resopló—. Freya y tú sois unos vagos.

—Por eso te necesitamos.

Di la vuelta y cuando la vi, dejé de respirar. Kate con el uniforme policial resultaba muy excitante. La camisa azul cielo con dos botones abiertos para dejar a la vista un tentador escote y los pantalones azul marino ajustados a sus perfectas piernas, hacían que mis ojos dolieran de deseo.

No obstante, la idea de que todos sus compañeros la vieran igual, se estrelló contra toda mi voluntad duramente, e hizo que mis dientes rechinaran.

—Deberían prohibir este tipo de uniformes —dije en voz baja.

Vi que sus ojos se hacían grandes.

—Si tanto te molesta, dejaré de ponérmelo. Como detective no estoy obligada a llevar uniforme.

Nos miramos el uno al otro en silencio, hasta que dije:

—En casa puedes llevarlo puesto, cariño. Solo para mí, solo para tu chico malo.

Me acerqué hasta donde estaba ella y su boca se torció hacia arriba por un lado. La agarré por el cuello, atrayéndola hacia mis labios para sellar aquellas palabras con un beso ardiente, hambriento y sucio. La besé abriendo mucho los labios, lamiéndola toda y mordiendo los suyos para reclamar lo que era mío y marcar el territorio.

La levanté en brazos, crucé la cocina y la deposité con cuidado, como un objeto frágil, encima de la mesa.

Ella se apartó un poco y miró hacia abajo.

—¿Y esta caja?

—Es un regalo para ti.

—Oh...

Estiró las manos y desató el lazo rosa que la rodeaba, luego quitó la tapa. Sus ojos se agrandaron y chilló eufórica.

—¡Soy miembro de los Free Souls!

Se bajó de la mesa de un salto y sacó la chaqueta de cuero. Miró el dibujo de la calavera y acarició las alas. Abajo estaba puesto su nombre en letras pequeñas y doradas.

—Gracias, gracias... Soy una chica mala.

Me miró en silencio durante un momento, luego se echó a reír.

—De eso nada, cariño. Eres policía, así que solo yo puedo ser malo.

Envolví un brazo alrededor de su cuello y tiré de ella para que pudiera besar la parte superior de su cabeza. ¿Quién hubiera pensado que un par de

esposas podrían unir a dos almas atormentadas?

—Me siento muy afortunado —susurré.

## Sobre la autora



**Alina Covalschi** nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Sus géneros favorito son: el romance, paranormal y ciencia ficción. Ama leer y escribir, sobre todo libros donde los personajes pueden transmitir y hacer que el lector sienta algo.

Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar. Siempre le ha gustado crear.

*Bailando con el demonio* (2017) es su primera novela, editada en formato ebook por Selección RNR. Su segunda novela, *Soñando con el demonio* (2017) publicada igualmente por Selección RNR y *El*

*secreto* (2018). Bajo el sello Selecta de Penguin Random House, publicó *Un asesino enamorado* (2018) y *French Kiss*, que verá la luz en marzo de 2019.

Otros libros publicados: *Canta para mí*, *Austin*.

# Agradecimientos

*Esta historia es lo que es gracias a mi amiga Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho.*

*También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela .*